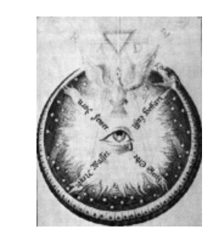


GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS & MARTINEZISTAS DE ESPAÑA
-G.E.I.M.M.E.-

Fundado el 12 de Octubre de 2.003



Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.

BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 43

21 de Septiembre de 2.014

S U M A R I O


IN EXCELSIS DEO ET IN TERRA

LA IGLESIA INTERIOR SEGÚN EL FILÓSOFO DESCONOCIDO

EDIFICACIÓN MÍSTICA DE LA IGLESIA CELESTE EN EL CORAZÓN DEL HOMBRE[1]

Jean-Marc Vivenza

I.- NATURALEZA DE LA IGLESIA INTERIOR

La paradoja, en forma de milagro positivo, es que, pese a los considerables errores acumulados y sucesivos de los ministros que han pretendido representarla, la Iglesia subsiste inalterable, santa y luminosa. Ni los defectos de los seres pecadores, ni las debilidades y ultrajes de pastores indignos que han obrado para desfigurar a la esposa mística del Cristo, han podido mancharla. Esta subsistencia es uno de los más bellos misterios de la Revelación evangélica.

Esta asamblea fue fundada por el Divino Reparador. Posee un carácter inalterable, sobrenatural, que -y este punto es esencial para Saint-Martin- en su naturaleza espiritual no está comprometida con el mundo, en su ser interior tal y como le fue dado, y que debería haber conservado en toda su pureza desde el momento de su fundación: *"Sí, está establecida esta Iglesia, pese a los daños que ha podido sufrir; sin ella no habría mediación alguna entre el amor supremo y los crímenes de la tierra; está establecida esta Iglesia y tanto las puertas del hombre como los portales del infierno no prevalecerán jamás contra ella; está establecida la Iglesia*" (*Ecce Homo,* § 8).

Esta sentencia es tan cierta que Saint-Martin, demostrando que su amor por la auténtica Iglesia es absoluta y completamente inalterable, no dudó en sostener en una frase admirable: "*cuando se considera la Iglesia en sus funciones, es bella y útil. Nunca debería salir de esos límites. Por este medio se convierte naturalmente en una de las vías del espíritu"* (*Retrato*, § 114).

No hay, por lo tanto, rechazo alguno de lo que representa la Iglesia, en su ser fundamental, en el pensamiento de Saint-Martin, sino acceso, apertura y devoción hacia una Iglesia de dimensión secreta y naturaleza celeste, la santa esposa del Cristo, la cual está unida, como cuerpo místico, con la misma Persona del divino Reparador, pero de manera íntima. Y, en Saint-Martin, por este misterio que tiene que desvelarse en el corazón del alma de deseo, existe una memoria llena de reverencia y una consciencia orante sobre lo que Jesús dijo a Pedro acerca de la Iglesia en el Evangelio: *"Replicando Jesús le dijo: Bienaventurado eres Simón, hijo de*

[1] Extracto de "*La Iglesia y el sacerdocio según Louis-Claude de Saint-Martin*", Jean-Marc Vivenza, Ed. La Pierre Philosophale, Hyères, Francia, 2014, *Segunda parte: La práctica del culto divino en el seno del Santuario del corazón*, *4*, pp. 181-227. Hemos puesto las notas al final del texto, dado la extensión de algunas de ellas, y hemos mantenido el mismo número de referencia que figura en la obra original. Aconsejamos una primera lectura sin leer las notas y ya en una segunda ir a ellas, para no perder el hilo en la comprensión del texto.

Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos" (Mateo XVI:18-19).

Jesús habla aquí de su Iglesia, por la que se entiende, sin lugar a dudas, la sociedad sobrenatural que funda hasta el final de los tiempos. La Iglesia forma el cuerpo Místico cuya cabeza es Cristo (*Efesios*, I:22-23), y es mediante ella que "*la multiforme sabiduría de Dios sea ahora manifestada a los Principados y a las Potestades en los cielos, mediante la Iglesia, conforme al previo designio eterno que realizó en Cristo Jesús, Señor nuestro*" (*Efesios*, III:10-11). De la Iglesia, como esposa del Cristo, San Pablo nos revela: "*…como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada*" (*Efesios* V:25-27). San Juan decía: "*este misterio es grande*", y seguramente, después de la Encarnación, la Pasión y la Resurrección de Jesucristo, nada es más grande que la formación de esta Iglesia, nueva Israel, morada permanente del Espíritu Santo, destinada a compartir la gloria de Cristo, estando unida con Él tan íntimamente como "*Él mismo está unido al Padre*" (*Juan* XVII:20-26). Es esta Iglesia de la que se dice, en los primeros tiempos del cristianismo: "*Las Iglesias por entonces gozaban de paz en toda Judea, Galilea y Samaria; se edificaban y progresaban en el temor del Señor y estaban llenas de la consolación del Espíritu Santo"* (*Hechos* IX:31) [112].

Sin embargo, Saint-Martin nos aclara que la Iglesia, en cuanto a lo que debería ser y hubiera debido permanecer como misterio, sufre por las abominables humillaciones de las que es víctima. Está horriblemente triste por las degradaciones que sufre a lo largo de los siglos; está profundamente herida, internamente afectada, desfigurada en su imagen verdadera por las terribles deformaciones que se vio obligada a aceptar en silencio, velando su cara ante tantas ignominiosas maldades sufridas desde hace siglos por la indiferencia general y la complicidad activa de aquellos que se auto designaron como maestros, pastores o doctores, los cuales eran sus hijos y tenían como deber velar por ella.

Sin embargo, no cabe duda de que, algún día, la Iglesia pida cuentas a los ministros infieles de los que es víctima por sus ultrajes inaceptables. Esta cuenta la pedirá ante el tribunal del Eterno: "(…) *pero es para testificar algún día contra aquellos de sus ministros que le han sido infieles, para servir de juicio y condena, cuando se queje ante el tribunal soberano de las injurias que le fueron hechas al cambiar sus hábitos de gloria por hábitos de duelo e indigencia; tal como ha defendido aquí abajo la causa del amor, el mismo amor defenderá a su vez la causa de esta Iglesia ante el juez eterno del que habrán provocado los temibles juicios, y pensad cuán terribles serán esos juicios, ya que serán juicios del amor ultrajado y herido hasta en sus misericordias. Si estos juicios por venir os asustan, si por desgracia tenéis que haceros algunos de estos reproches de los que acabáis de ver su enumeración, volver lo antes posible a los senderos de vuestro sublime ministerio, y prevenid estas terribles justicias con las que están amenazados los apóstoles de la mentira, que tan a menudo se han sentado en la cátedra de la verdad. Es a ellos a quien se dirige David, salmo 93:20: ¿Podrá asociarse a ti un tribunal inicuo, que perpetre*

desastres bajo capa de ley? Ellos acometen la vida del justo y la sangre inocente condenan. Es a ellos a quien se dirige Sofonías 3:3, hablando de los crímenes de Jerusalén: sus príncipes, en medio de ella, son leones rugientes; sus jueces son lobos nocturnos que no guardan nada para la mañana siguiente" (*Ecce Homo,* § 8).

Nada puede justificar este distanciamiento de los principios divinos que presidieron la fundación de la Iglesia. Nada puede disculpar el hecho de que la santa sociedad sagrada, unida hasta confundirse con el Divino Reparador [113], haya sido maltratada tan brutalmente, su principio fundacional traicionado, sus leyes mancilladas, su misión tan escandalosamente olvidada y desfigurada en beneficio de objetivos falaces.

Saint-Martin, al buscar hacernos entender cómo los ministros de la institución sagrada llegaron a expandir la iniquidad dentro del Santuario, declaró: "*¿cómo esos ministros tramposos llegaron a esas injusticias? He aquí cómo. Empezaron por hacer la vista gorda sobre la santidad de nuestra propia naturaleza, la cual nos llamaba a ser signos y testigos del Dios de Paz en el universo. Más aún, hicieron la vista gorda sobre este decreto que abraza toda la familia humana en el humillante carácter del Ecce Homo*. *Y desde entonces, ya no percibieron el río del amor sobre el que su ministerio los establecía para saciar la sed de las naciones. Su oscurecida inteligencia ya no reconoció las confirmaciones de las verdades que están escritas en todas las líneas de las sagradas Escrituras y al no poder explicar esas Santas Escrituras por la verdadera y única llave que les conviene, se esmeraron en explicarlas primero por la falsa llave de su ignorancia, luego por la de sus codicias, después por la de sus furores. Es entonces cuando se convirtieron en exterminadores de nuestras inteligencias según Isaías 5:20. Llamaron al mal bien y al bien mal, a las tinieblas luz, a la luz tinieblas; hicieron pasar por dulce lo que es amargo y por amargo lo que es dulce. Los mismos, quienes, según el profeta 5:18* (¡Ay, los que arrastran la culpa con coyundas de buey y el pecado como con bridas de novilla!*), se sirven de la mentira como si fueran cuerdas para arrastrar una larga sucesión de iniquidades y arrastran con ellos el pecado igual que las riendas tiran del carro. Los mismos que según 3:12 son los saqueadores que despojaron al pueblo....* (A mi pueblo le oprime un mozalbete, y mujeres le dominan. Pueblo mío, tus regidores vacilan y tus derroteros confunden), *que lo sedujeron diciéndole bienaventurado y cortan los caminos por donde debía pasar. Como dice Jeremías, en vano querrán justificar su conducta y beneficiarse de la gracia del Señor, ya que ellos mismos enseñaron a los demás el mal que hicieron y se* encontró en sus manos la sangre de las almas que asesinaron. *Es decir, atacaron la verdad hasta en su santuario, el cual es el pensamiento del hombre y el verdadero crimen del que deben responder"* (*Ecce Homo,* § 8).

a) La Iglesia interior o la comunidad de la luz.

Saint-Martin, quien se dio cuenta de que los ultrajes que había sufrido la Iglesia visible eran irreversibles y ya no permitían que el hombre pudiera reencontrar en ella los fundamentos originales de la santa institución divina constituida por el Divino Reparador, sostendrá que no percibe en las formas externas actuales las bendiciones iniciales recibidas en Jerusalén en Pentecostés; sostendrá que, ahora, la Palabra fundadora, como en el principio, sabiendo que el reino está en nosotros [114], solo puede hacerse oír y encontrar un eco en el corazón del hombre, pronunciando de nuevo la famosa frase del Señor a Pedro: "*eres Pedro y sobre esta*

piedra ....”, gracia de elección capaz de edificar la verdadera Iglesia llamada con razón “Iglesia interior”, la cual nos es confiada con el fin de hacer de ella el Templo efectivo de la Divinidad. “*Cuando el hombre ora con constancia, con fe, y busca purificarse en la sed activa de la penitencia, puede suceder que oiga en su interior lo que el reparador dijo a Cefás: eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y los portales del infierno no prevalecerán contra ella”* (*El Hombre Nuevo,* § 8).

Esta fundación de la Iglesia, hecha necesaria por la degradación manifiesta de la institución visible, se convirtió en una operación del Espíritu sobre un fundamento únicamente interior, puesto que lo externo, que ahora está mancillado, ya no puede ser el lugar de acogida de la revelación del misterio de la verdadera Iglesia: “*Esta operación del espíritu en el hombre nos enseña que es la dignidad del alma humana, ya que Dios no teme tomarla por piedra angular de su templo: nos enseña cuanto debemos alimentarnos con dulces esperanzas; ya que esta elección nos pone a cubierto de los poderes del tiempo y, aún más, de los poderes de las tinieblas y los abismos*; *por último, nos enseña lo que es la verdadera Iglesia y, por lo tanto, no hay en ningún sitio ninguna Iglesia donde no se sienta esta acción invisible*” (*El Hombre Nuevo,* § 8).

Siendo evidente que tal afirmación no deja de sorprender, ¿por qué razón esta operación del espíritu representa hoy la verdadera Iglesia?

La respuesta de Saint-Martin es esencial, ya que, esta fundación, en contra de todas las instituciones humanas, se realiza por la acción directa de la Palabra eterna en el corazón del hombre: “*pero veamos por qué razón esta operación del espíritu constituye la verdadera Iglesia. Porque es la palabra eterna la que se graba a sí misma en la piedra angular que elige, como el Reparador grabó su propia palabra Divina en el alma de San Pedro, a quien hablaba cara a cara. Sin la impresión de esta Palabra divina en nuestra alma, la Iglesia no se levanta; lo mismo que vemos que, en el orden temporal, los edificios que se proponen construir los reyes sólo empiezan a elevarse cuando, según el uso, el nombre del fundador se inscribe en la piedra que se supone él mismo ha colocado. Desde este momento, nos vemos comprometidos a velar cuidadosamente sobre la construcción espiritual que nos es confiada; cuya construcción debe ser tanto más atractiva cuanto más encontremos en nosotros mismos sus materiales y, bajo la inspección y con la ayuda de Aquel que nos ha hecho este anuncio, podemos volver a ser a la vez el arquitecto, el templo y el sacerdote por quien el fundador Divino será honrado. Debemos, como un artista meticuloso y agradecido, trazar sobre todas las partes de nuestro edificio el nombre de aquel que nos ha encomendado el trabajo, sin olvidar ni un sólo instante que el nombre sagrado, inscrito en la piedra angular, es también el que debe acompañar todos los crecimientos que la Iglesia va a experimentar en nosotros, marcar el decorado exterior e interior, regular las divisiones del templo, fijar sus horizontes y definir todos los detalles del culto que debe celebrarse dentro eternamente*” (*El Hombre Nuevo,* § 8).

Para Saint-Martin, la Iglesia de hoy en día, la única que es digna de este nombre, es evidentemente la Iglesia interior, la iglesia celeste que está llamada a existir en el seno del “*Reino de los cielos*”, hacia el cual debemos avanzar, puesto que es nuestro “*Reino, el reino del espíritu, el reino de Dios*” (*El Hombre Nuevo,* § 21). Es el reino celeste donde debe residir la

Iglesia, Reino que hay que buscar: "*buscad primero su reino y su justicia, y el resto se os dará por añadidura*" (*Mateo*, VI:33), un reino por recibir, puesto que fue dado al pequeño rebaño de las almas de deseo: "*Buscad más bien su Reino, y esas cosas se os darán por añadidura. No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino*" (*Lucas,* XII:31-32), un Reino que hay que aceptar por la fe: "*los tiempos se han cumplido y el reino de Dios está cerca. Arrepentíos y creed en la buena nueva*" (*Marcos,* I:15).

De esta forma, la Iglesia interior forma la comunidad de las almas regeneradas en Cristo, la "*comunidad de la luz*", según la expresión que Karl Von Echartshausen (1752-1803) emplea en *La Nube sobre el Santuario*: "*esta comunidad de la luz fue llamada en todos los tiempos la Iglesia invisible e interior o la comunidad más antigua* [115]; es esta Iglesia la que fue anunciada por Cristo; es esta asamblea la que está oculta y preservada en su corazón evidentemente, en la que se encuentran conservados la verdadera religión, la práctica del culto y los conocimientos misteriosos reservados a los elegidos del Eterno" [116].

b) Edificación de la Iglesia interior en el corazón del hombre.

El Divino Reparador, unido con su obra, anunciaba la próxima venida del reino y velaba sobre él, protegía el acceso y reservaba a la esposa mística que es su Iglesia - por su amor especial- sus bendiciones que le eran concedidas; pero este Reino donde reside ya y volverá a vivir eternamente su Iglesia formada por los elegidos del Señor, semejantes a "soles" [117], está esencialmente por nacer en nosotros desde que las vías externas han sido degradadas: "*el reino de los cielos y el corazón del hombre están unidos por una alianza que les hace inseparables*" (*El Hombre Nuevo,* § 47); y cuando consagramos nuestros esfuerzos a construir el templo interior, como el arquitecto trazando los planos y las formas precisas de su Iglesia, si las fuerzas vienen a faltarnos, entonces nos corresponde llamar a aquel por quien el edificio espiritual está por construir: "*En una palabra, la idea de este ser poderoso, en adelante, debe ser tan inseparable de nuestra obra como el pensamiento lo es de nuestras palabras, y de todas las obras que son su fruto. Cuando nos sentimos contrariados en nuestra empresa o nuestras fuerzas se mermen, tenemos el derecho de interpelar con sus propias palabras a aquel que nos dijo que quería edificar su iglesia en nosotros; tenemos el derecho de recordarle que su palabra no puede pasar en nosotros; como prometió (Isaías, 55:11), la palabra que sale de mi boca no volverá a mí sin frutos; sino que hará todo lo que quiero, y producirá el efecto para el cual la he enviado. Honramos a Dios al utilizar así los títulos que nos da, y lo único que nos pide es que hagamos de ellos un uso similar y la prueba de que lo honramos, al actuar así es que no tardamos en recibir el premio de nuestra confianza, y pronto renacen la paz y la luz en nuestro ser cuando hemos empleado este medio*" (*El Hombre Nuevo*, § 8).

Desde la mañana, cuando sale lentamente el sol, el alma procurará construir su Templo, edificar los recintos para la oración volviendo su espíritu hacia el cielo que es la verdadera patria, puesto que el poder de edificación que hará del alma "*una de esas doce perlas que deben algún día servir de puertas a la ciudad santa*", no es otro que la capacidad diaria para entrar en sí mismo y trabajar sin descanso y con una firme determinación en permanecer y vivir intensamente en el interior: "*hombre, levántate cada día antes del alba para acelerar tu obra. Es una vergüenza para ti que tu incienso diario arda solo después de la salida del sol. No era el*

alba de la luz la que antaño debía llamarte a la oración para que rindieras homenaje al Dios de los seres y solicitar sus misericordias, sino que es tu misma oración la que debía llamar al alba de la luz y hacer que brillara sobre tu obra, a fin de que pudieras, desde lo alto de este oriente celeste, verter sobre las naciones dormidas en su inactividad y sacarlas de sus tinieblas. Solo por esta vigilancia es por la que tu edificio crecerá y tu alma podrá llegar a ser semejante a una de las doce perlas que deben servir algún día de portales a la ciudad santa" (*El Hombre Nuevo*, § 8).

El alma, de esencia divina, ha sido emanada precisamente para obrar espiritualmente, y es importante no dejarla congelarse por la inacción, no esterilizar en ella, por la pereza y el sueño inútil, el trabajo que debe realizar; este trabajo, siendo su vida, su respiración y su felicidad, puesto que todo en ella, absolutamente todo, debe contribuir a la construcción de la Ciudad santa que no es otra que la Jerusalén Celeste, donde estaremos reunidos por la eternidad al final de los tiempos: "*puesto que el alma del hombre fue creada para servir a la vez de receptáculo e intermediario de la luz; y del mismo modo que los vasos transparentes y llenos de agua límpida nos transmiten la dulce y viva emanación de esos numerosos rayos reagrupados y preparados en su seno, del mismo modo nuestra alma debe abrazar los rayos del infinito que salen del centro de la ciudad santa, y unirlos a nuestras propias facultades que son finitas, a fin de que, al vivificarnos nosotros mismos por esta divina alianza y hechos resplandecientes por la claridad de sus rayos, podamos sacar esta luz de nosotros, concentrada, más templada y más apropiada a las necesidades de los pueblos que cuando actúa en su libre dispersión y en su vasta inmensidad; y tal será el empleo y el destino de los portales de la futura Jerusalén*" (*El Hombre Nuevo,* § 8).

No se trata por lo tanto de desanimarse, malgastar el tiempo en vanos ejercicios externos totalmente carentes de interés, desviarse del camino recto y puro, puesto que el Divino Reparador provee sin cesar los dones necesarios en nosotros, incluso, insensiblemente, alimenta permanentemente en nuestro corazón las esencias necesarias para la vida del espíritu; aunque tendríamos que estar atentos a ello, sabiendo que lo esencial de la obra está hecho por el Creador, quien está esperando nuestra regeneración: "*no te relajes, hombre de deseo, porque el mismo Dios de los seres no desdeña venir a establecer una alianza con tu alma, ni desdeña venir a realizar con ella esta divina y espiritual generación en la cual te aporta los principios de vida y quiere encargarte del cuidado de darles forma. Si quisieras observarte atentamente, notarías que todos esos principios divinos de la esencia eterna deliberan y actúan poderosamente en ti, cada uno según su virtud y su carácter; te darías cuenta de que te puedes unir a esas supremas potencias, hacerte uno con ellas, transformarte en la naturaleza activa de su agente y ver que todas tus facultades crecen y se avivan por divinas multiplicaciones; sentirías que esas divinas multiplicaciones se mantienen y se expanden diariamente en ti, porque la impresión que los principios de vida habrían transmitido a tu ser los atraerían cada vez más hasta que, finalmente, no harían otra cosa que atraerse ellos mismos en ti, ya que te habrían asimilado a ellos. Podrías entonces hacerte una idea de esas alegrías futuras cuyas premisas habrías probado ya; tendrías deliciosos presentimientos de que, gracias a los misericordiosos favores de aquel que te ha creado y quiere regenerarte, tu entrada en la vida está garantizada por él, y puedes decir con una santa seguridad inspirada por él: "Mi alma no me fue entregada en vano; se dignó hacer que renazca para aplicarla a la obra activa que me correspondía por mi sublime emanación, y me promete además hacerme recoger los frutos del campo que él mismo quiso cultivar por mis*

manos. ¡Que este Dios de todo poder y todo consuelo sea por siempre honrado por los hombres, como debería ser, y como lo sería si fuera mejor conocido" (*El Hombre Nuevo,* § 8).

II.- ALUMBRAMIENTO DE LA IGLESIA INTERIOR

El trabajo que debemos realizar no es en absoluto inaccesible, complejo, imposible a la vista humana; dejando de lado las vías externas y sus ejercicios infructuosos, dejando de perder considerablemente el precioso tiempo, el cual nos es contado, en empresas carentes de sentido, simplemente nos basta con volvernos hacia lo interno, tomar muy en serio la misión que nos es confiada, acallando la agitación periférica de la que el tumulto es una fuente continua de desviaciones variadas, y desde nuestro desierto donde sentimos las amarguras del "*espíritu de dolor"* o mejor dicho *"el dolor del espíritu*", confiados en los relatos de aquellos que ya han recorrido el camino nupcial hacia el invisible, tendremos en cada momento esta firme convicción ante los ojos del alma: el Divino Reparador, y ésta es la verdad del trabajo que realiza en nosotros, quiere fundar en nuestra alma, más exactamente, su Iglesia, y nos envía para ello a su ángel anunciador y a su Espíritu conceptor, a fin de alumbrarnos por su Santa Presencia: "*Ya podemos apercibir los beneficios que se nos han prometido si seguimos manteniendo en nosotros el espíritu de dolor o más bien el dolor del espíritu, es decir, esta penetrante amargura oculta a la medicina espiritual por donde debe empezar toda nuestra obra; puesto que no olvidemos que todavía estamos en el desierto y no divisamos la Tierra prometida salvo en los relatos e imágenes que nos ofrecen los fieles enviados que lo han recorrido; y si resulta ser un consuelo para nosotros tener que esperar una herencia tan magnífica, no perdamos de vista el único camino que puede llevarnos a ella. Digámonos sin cesar los unos a los otros: la medicina espiritual quiere devolvernos la salud y la vida; el Dios universal quiere pasar por completo por nuestro ser con el fin de llegar hasta el amigo que lo acompaña; quiere pasar por allí con sufrimiento, antes de pasar en su gloria. Quiere romper las ataduras que nos encadenan en la caverna de los leones y animales feroces y venenosos. Quiere regenerar nuestra palabra por la impresión de su propia palabra y quiere fundar su Iglesia sobre nuestra alma, a fin de que los portales del infierno nunca prevalezcan contra ella. Quiere unirse con nosotros para realizar con nosotros una generación espiritual cuyos frutos sean tan numerosos como las estrellas del firmamento, y puedan, como ellas, hacer que brille su luz en el universo. Y todos esos beneficios que nos quiere proporcionar, los quiere realizar en nosotros por la anunciación de su ángel y por la santa concepción de su espíritu, ya que éste es la culminación de todos sus deseos y todas sus manifestaciones: loémoslo en la magnificencia de sus maravillas y en la abundancia de sus tesoros; pero entreguemos nuestros pensamientos al camino y sigamos nuestra senda, a fin de que esas santas meditaciones nos sirvan para suavizar las fatigas del viaje, y no para detenernos"* (*El Hombre Nuevo,* § 8).

No nos engañemos, la obra que está por cumplir no consiste en imaginar que vamos, por nuestras propias fuerzas, por nuestra voluntad y por nuestra decisión subjetiva, a edificar solos la Iglesia invisible; si nos es anunciada por el ángel del Señor, si debe alumbrar en nosotros, esto significa que nos basta únicamente con responder, como María, cuando recibamos la anunciación: "*¡Hágase tu voluntad!"* (*Lucas,* I:38) [118].

La acción activa es, de esta forma, una acción de gracia, una acción de gracia del pensamiento de Dios que posee el ser, el movimiento, el poder y la gloria. Es decir, que no debemos "*pensar*" por nosotros mismos [119], nos hace falta, al contrario, "*dejarnos pensar*", instruir y fecundar por Dios: "*De esta sublime verdad se deduce una verdad no menos sublime, a saber, que no estamos en nuestra ley si pensamos por nosotros mismos, ya que para llenar el espíritu de nuestra verdadera naturaleza sólo debemos pensar a través de Dios, sin lo cual ya no podremos decir que somos el pensamiento del Dios de los seres, sino que nos declaramos el fruto de nuestro pensamiento; nos anunciamos como si no tuviéramos otra fuente que nosotros mismos, y como si hubiéramos sido nuestro propio principio, de modo que desfigurando nuestra naturaleza destruimos al único del que la recibimos; lo cual es una ciega impiedad que quiere iluminar sobre el camino que han recorrido todas las prevaricaciones"* (*El Hombre Nuevo,* § 3).

a) La espera de la Gracia o la vía del puro abandono.

"No estamos en nuestra ley si pensamos por nosotros mismos", este punto en el que insiste Saint-Martin es extremadamente importante, puesto que aunque se pueda sentir la necesidad del nacimiento en nosotros, no significa que pueda ocurrir el alumbramiento sobrenatural del Santo Templo de manera natural sólo por pensarlo, como consecuencia de reflexiones mentales o del esfuerzo personal; aquí querer no es poder, especialmente en las regiones espirituales, y nada sería tan erróneo como esperar un resultado de la voluntad discursiva y prolija, o considerar eficaces, edificantes y creadoras las consideraciones racionales del intelecto, por el inmenso río de agua fangosa e infectada que nos constituye [120].

Tratándose de la fundación y el alumbramiento de la Iglesia interior, estamos aquí en el campo de la gracia pura, y en este campo conviene, sobre todo, dejarse actuar, permanecer a la espera de la iniciativa de la Divinidad, "*esperar la gracia*", o "*esperar a Dios*" [121] según la expresión de algunas personas espirituales [122]. Esta espera, siendo precisamente en lo que consiste nuestra obra, es la parte de la labor que nos está reservada. De esta manera debemos aprender a practicar el "*santo abandono*" por el cual nos dejamos "laborar" interiormente por el obrero divino, hasta que, desde el mismo corazón del abismo del no conocimiento, desde lo más profundo de la nada, del centro de esta verdadera nada, surja, cuando llegue el momento, y solamente en ese momento, elegido no por nosotros sino por el Cielo, el edificio de luz transformadora [123]. Debemos convencernos de que intentar conquistar la trascendencia por las habilidades humanas es apartarnos fatalmente de la gracia, puesto que la unión misteriosa es un don, no el fruto de vanos procedimientos. Es una iluminación inmediata, directa y trascendente. La orgullosa pretensión humana, por este mismo hecho, debe imperativamente renunciar a sus artificios por los cuales intenta alanzar a Dios, si desea realmente probar los frutos de la unión [124]: "*Es con la voz del Señor que [el alma] visitará los campos de la nada, de las tinieblas y de la mentira, y después de destruir los falsos gérmenes de la palabra, hará revivir los cánticos que debía cantar toda la creación"* (*El Hombre de Deseo,* § 82).

Estamos pues, con lo que nos instruye Saint-Martin, en una auténtica y muy concreta "*vía del abandono*", en relación vertical directa, sin ninguna especie de mediación con lo Invisible [125]: "*estoy plenamente de acuerdo con usted sobre las disposiciones esenciales para avanzar en la vía, y como dice usted muy bien, éstas consisten en una aniquilación profunda ante el Ser*

de los seres, para quedarse sólo con su voluntad, entregándose a él en un abandono sin límites y una confianza también sin límites; añadiré, suprimiendo en nosotros cualquier movimiento bueno del hombre y reduciéndonos (permíteme la comparación) al estado de un cañón que está esperando que le prendan fuego a la mecha" (*Saint-Martin, carta a Kirchberger, 12 de julio de 1792*) [126].

Además, Saint-Martin afirma que este abandono, que consiste en la entrega plena del corazón en manos de Dios esperando la acción divina para que venga a edificar su Templo, es la marca efectiva, la señal fehaciente de la verdadera fe, pero de una fe que avanza en la noche [127], de una marcha oscura, puesto que el tiempo de espera, si para algunas almas elegidas (evidentemente no en función de sus méritos, puesto que cada criatura es una auténtica nada ontológica de depravación, sino por razones sutiles que escapan a la razón humana), puede ser breve, incluso súbita e instantánea como una iluminación fulminante, es, en cambio, para otras almas, en razón de las necesidades conocidas únicamente por lo Invisible, a veces relativamente largo y puede extenderse durante muchos años: "*es entonces cuando sentirás lo que es la verdadera fe, que no es otra cosa que ver a Dios como propietario de la casa que le concedes por el pacto que él y tú hacéis; por consiguiente debes dejarle plena y entera libertad de usar a su voluntad todo lo que compone esta casa; por último, que esta verdadera fe consiste en que no haya un solo lugar de ti mismo que reservas y donde conservas la más pequeña propiedad, ya que el mismo Dios, su voluntad, su operación, su espíritu que deben ocupar y llenar todos esos lugares que te constituyen, ya no pueden ser tuyos, porque se han convertido en su propiedad"* [128]. De esta forma, nos demos cuenta de ello o no, por nuestra unión con el Divino Reparador somos puestos constantemente bajo la mirada silenciosa y atenta del Altísimo [129]. Y en el fondo de nosotros mismos, en el santo Abismo donde habita el Eterno, la gracia actúa, obra sin ruido, sin que lo sepamos, realiza su misión, ya que nuestro deseo de Dios ha desatascado las vías del alma de deseo [130], sin que tan siquiera seamos conscientes de ello: "*sentiría al mismo tiempo todo el premio de esta revelación del Reparador, es decir, de la obra que vino a realizar para la liberación de nuestra palabra, ya que solo es por esta revelación del Reparador y por las virtudes de su obra por los que podemos esperar todos lograr nuestra revelación particular, o el nacimiento del hombre nuevo..."* (*El Hombre Nuevo,* § 21).

Nicolas-Antoine Kirchberger, en una correspondencia ya citada y evocada, que se extendió durante varios años con Saint-Martin, de 1792 a 1797, y en la cual fueron abordadas las preguntas centrales que tocan la vía espiritual que corresponde a cada uno resolver y después realizar en este mundo, resumió magníficamente la situación del alma puesta bajo los efectos de la acción reparadora: "*no depende del querer ni del corazón de la criatura conocer las profundidades de la Divinidad. El alma ignora el centro de Dios y cómo la sustancia divina es alumbrada. La manera como Dios quiere revelarse al hombre depende de la voluntad divina; y si Dios se manifiesta ¿en qué medida el alma contribuye a ello? Sólo tiene el deseo de ser regenerada; dirige su atención hacia Dios, en quien vive, y con quien la luz divina se vuelve resplandeciente, luz que cambia el primer principio severo, el origen del movimiento del alma en la alegría triunfante"* [131].

No se trata, por lo tanto, de obstaculizar la acción divina por procedimientos materiales de los que se espera ingenuamente conseguir resultados, imaginándose más sabio o más eficaz

espiritualmente que el Espíritu de Dios. La gracia ni es un encargo, ni una exigencia tampoco. De ningún modo puede ser encerrada en un sistema, sometida a procesos, sojuzgada a prácticas de ninguna especie - incluidas las sacramentales - puesto que en ella todo es absolutamente contrario a esta idea humana, tan alejada de su naturaleza, de que uno puede conseguir los dones del Cielo por la voluntad, por métodos, recursos, recetas o prácticas; ya no puede ser cuestión, en este campo, de quedarse con una "*iniciación por las formas*" (*Retrato,* § 307).

Es por ello que la infinita gracia concedida por Dios nos es completamente incomprensible, nos supera y se mofa de las estratagemas de la naturaleza humana. Es un enigma y lo seguirá siendo por siempre, porque hace entrar al hombre en la intimidad del Dios infinito en el seno del cual todo es un don gratuito, pura caridad y Sabiduría que nos cambia por completo. Hay, pues, un misterio profundo e inasequible en el don de la gracia, un don bajo la forma de tesoro divino: "*Alma del hombre, no le corresponde en absoluto al hombre retratar las delicias que te pueden abrazar cuando después de establecer por la gracia superior una medida justa, fuerte, duradera y resistente a toda prueba en tu ser exterior, que es como la frontera del estado, sientas que descienden en ti las aguas divinas, esas delicias divinas, esas luces divinas, esas virtudes divinas que te dan a la vez la vida y el sentimiento de la vida que te aportan, y la santa confianza de que estás participando de su inmortalidad*" (*El Hombre Nuevo,* § 33).

Además, en esta gracia nadie puede pretender controlar la ley. Escapa a todos los intentos de dominación y sometimiento. Es libre y se entrega, como Dios, cuando "*se une con el fondo del alma*" [132] en la caridad total; y es en este punto en el que insiste San Agustín: en el estado de la naturaleza caída e impura en la que está puesta la descendencia de Adán, no se puede conseguir nada por méritos imaginarios. La situación actual de la criatura es la de un cadáver, está inmersa en una decadencia, en un estado de completa corrupción [133], y es por ello que la primacía de la caridad distingue enteramente el Evangelio de la antigua Ley.

Saint-Martin, habiendo entendido que el estado terrible de descomposición en el que se encuentra la criatura desde la Caída [134] insistirá, en forma de oración, sobre la necesidad imperativa para el hombre de liberar su voluntad personal a fin de que pueda ejercer plenamente la acción de la gracia divina, en un tono extremadamente desgarrador: "*quita mi voluntad, Señor, quítame mi voluntad; puesto que si en un solo instante puedo suspender mi voluntad ante ti, los torrentes de tu vida y de tu luz entrarán en mí con ímpetu, como si ya no tuvieran obstáculo alguno que les parara. Ven a ayudarme a romper mis funestas barreras que me separan de ti; ármate contra mí, a fin de que en mí nada resista a tu poder, y triunfes en mí sobre todos tus enemigos y todos los míos, triunfando sobre mi voluntad. ¡Oh, principio eterno de toda alegría y toda verdad¡, ¿cuándo estaré renovado hasta el punto de no apercibirme a mí mismo sino en el permanente amor de tu voluntad exclusiva y vivificante? ¿Cuándo las privaciones de todo tipo me parecerán un beneficio y una ventaja, en el sentido de que me preservan de todas las esclavitudes y me dejan más medios para unirme a la libertad de tu espíritu y de tu sabiduría? (...). Apresúrate, Dios de consuelo, Dios poderoso; apresúrate para hacer descender en mi corazón uno de esos puros movimientos divinos para establecer en mí el reino de tu eternidad, y para resistir constante y universalmente a todas las voluntades ajenas que vengan a unirse para combatir en mi alma, en mi espíritu y en mi cuerpo. Es entonces, cuando me abandone a mi Dios en la dulce efusión de mi fe, que haré públicas sus maravillas. Los hombres*

no somos dignos de tus maravillas, ni de contemplar la dulzura de tu sabiduría y la profundidad de tus consejos. Pero, ¿acaso soy digno yo mismo de pronunciar nombres tan bellos, vil insecto como soy, cuando solo merezco las venganzas de la justicia y la ira? Señor, Señor, ¡haz que descanse en mí la estrella de Jacob, y la santa luz se establecerá en mi pensamiento como tu voluntad pura en mi corazón! (Plegaria nº 5).

Y para aquellos que se imaginaban lejos de la meta, atormentados por el aspecto, a sus ojos inasequible, del encuentro de unión con la divinidad por la gracia a la que nos invita el Filósofo Desconocido, unión vital para el alma de deseo y de la que desarrolla las etapas, las modalidades y los frutos esenciales y espiritualmente fundamentales a través de largos progresos en sus distintas obras, los siguientes sabios consejos, prodigados por Saint-Martin precisamente en respuesta a la inquietud de un hombre que se consideraba alejado y se juzgaba incapaz, según él, de alcanzar las regiones superiores del Invisible, son para conservar preciosamente: "*Sus disposiciones morales me parecen perfectamente buenas. Sin embargo, no se atormente usted si piensa que está alejado de la meta que he presentado en mis libros. No tengo miedo de mostrar esta meta en toda su extensión, hasta donde me lo permitan mis medios, porque sé que los hombres me rebatirán siempre, bien por sus falsas instrucciones, bien por su negligencia. Pero el hombre de verdad, humilde discípulo de Cristo, se conforma con imitar a su divino maestro en la práctica de todas las virtudes evangélicas y en la sumisión y resignación en medio de las tribulaciones de esta vida; sobre todo, en la confianza y el amor de esta fuente divina de la que hemos caído y hacia la cual debemos volver a subir. Solo se ocupa de estar preparado, dejando a su soberano el cuidado de llamarlo cuando le plaza y para lo que le plazca. Para con este soberano, sólo somos responsables de lo que nos encarga. Ahora bien, manda a todos la piedad, la fe, la caridad: he aquí a lo que estamos todos comprometidos. Si algún día juzga necesario contar con nosotros entre sus servidores, estaremos obligados a conformarnos entonces con todo lo que exija de nosotros; hasta entonces, sólo responderemos de los deberes generales que obligan a todos los hombres y en especial al hombre de deseo…*" [135].

Si hiciera falta una confirmación de esta posible regeneración realizada desde este momento, no en un estado que sucederá después de la muerte, sino en cada hora de nuestra vida presente, los escritos de Saint-Martin a Kirchberger son un testimonio elocuente: "*Seguid la comparación de San Pablo, 1ª a los Corintios, cap 15, sobre la vegetación espiritual y corporal, y veréis claramente la verdad de esta palabra del Salvador: "Nadie puede ver el reino de Dios a no ser que nazca de nuevo*". *Ev. de Juan, III:3. Añadid sólo que este renacimiento del que habla el Salvador puede hacerse en vida, donde San Pablo hablaba sólo de la resurrección final. En esta obra es en la que debemos trabajar todos, y es laboriosa. También está llena de consuelos por los auxilios que recibimos cuando nos decidimos valientemente a realizarla. Independientemente del gran jardinero que siembra en nosotros, hay otros que la riegan, que talan el árbol y facilitan su crecimiento, siempre bajo la atenta vigilancia de esta divina sabiduría, la cual sólo tiende a adornar sus jardines, como todos los demás labradores, pero que sólo puede adornarlos con nosotros porque somos sus bellas flores. Entiendo que es en la naturaleza de esos jardineros en la que se centra su pregunta y su duda de saberlos discernir; pero no olvidemos la dulce vía de las progresiones. Empecemos por sacar provecho de los pequeños movimientos de virtud, de fe, de oraciones y de acciones que se nos dan; éstos nos atraerán otros que llevarán también su luz*

consigo, y así sucesivamente hasta completar la medida especial de cada persona, y veremos que la única razón por la que los hombres tienen obstáculos e inquietudes es que se saltan siempre las épocas de su vegetación; mientras que si se ocuparan muy prudente y decididamente de la época y del grado en que se encuentran, el camino les parecería natural, fácil, y verían por sí mismo nacer la repuesta a sus preguntas" (*Saint-Martin, carta a Kirchberger,* 8 de junio de 1792).

b) El divino nacimiento obtenido únicamente por el efecto de la gracia.

El nacimiento se realiza de manera comparable a la creación de una realidad celeste, en cuanto Dios emite el pensamiento: "*De esta sublime verdad que el hombre es un pensamiento del Dios de los seres, se deduce una amplia luz sobre nuestra ley y nuestro destino; a saber, que la causa final de nuestra existencia no puede estar concentrada en nosotros, sino que se relaciona con la fuente que nos engendra como pensamiento, que nos separa de ella para que obremos fuera aquello que su unidad indivisa no le permite realizar por sí misma; pero, de lo que debe ser el término y la finalidad, como todos estamos aquí abajo, el objetivo y el término de nuestros pensamientos que alumbramos, los cuales son tanto órganos como instrumentos que empleamos para cooperar con la realización de nuestros planos cuyo objeto somos nosotros perpetuamente; es por ello que este pensamiento del Dios de los seres, este "nosotros", debe ser la vía por donde debe pasar la Divinidad por completo, igual que nos introducimos diariamente en nuestros pensamientos para llevarlos a alcanzar la meta y el fin del que son la expresión y para que lo que está vacío en nosotros quede lleno en nosotros, puesto que tal es el deseo secreto y general del hombre y, por consiguiente, tal es el de la Divinidad de la que el hombre es la imagen"* (*El Hombre Nuevo,* § 3).

Los pensamientos de Dios son pensamientos creativos, pensamientos de alumbramiento, pensamientos fecundos, y esto sin olvidar que Dios "piensa" alumbrando su imagen, y que el reflejo, el receptáculo de la imagen de Dios, es el hombre, un hombre que ve multiplicarse en él las santificaciones, las ordenaciones y las consagraciones cuando el pensamiento de Dios es plenamente recibido en su espíritu: " *Esta operación se realiza mediante leyes de multiplicación espiritual por parte de la Divinidad en el hombre, cuando le abre su vida por completo: entonces Dios desarrolla en nosotros todos los productos espirituales y divinos en relación con sus planes, como vemos que, por lo que está relacionado con los nuestros, llevamos constantemente nuestras fuerzas y potencias en nuestro pensamiento ya producido para que pueda alcanzar su perfecta realización. Pero con la diferencia de que los planes divinos que nos unen a la misma unidad nos abren sus fuentes inagotables cuando quieren asociarnos a ellos; y como son vivos por sí mismos, obran en nosotros una sucesión de actos vivos que son como multiplicaciones de luces, multiplicaciones de virtudes, multiplicaciones de alegría que van creciendo siempre; es más que una lluvia de oro que cae sobre nosotros; es más que una lluvia de fuego, es una lluvia de espíritus, de todo rango y todas las propiedades; puesto que es una verdad ya conocida que Dios nunca piensa sin alumbrar su imagen; ahora bien, sólo hay un espíritu que pueda ser la imagen de Dios; es por aquí como recibimos en nosotros las multiplicaciones de santificación, multiplicaciones de ordenaciones, multiplicaciones de consagraciones, y podemos expandirlas a nuestra vez, de manera activa, sobre los objetos que están fuera de nosotros y sobre las personas que se nos acercan"* (*El Hombre Nuevo,* § 3).

Cada ser, cada alma es revelada por la presencia de la imagen divina de la que es portadora, una imagen que manifiesta la unión del alma con Dios, pero no sólo ésta, sino también la acción de la gracia que nos convierte en hijos de Dios por el efecto de una adopción sobrenatural [136], puesto que la acción de la gracia concede auxilios importantes al alma permitiéndonos eliminar todas las incertidumbres, puesto que estamos guiados por la voluntad de la Divinidad: "*Hombre que, como pensamiento del Dios de los seres, se ha observado hasta el punto de que ha sometido sus propias facultades a la dirección y a la fuente de todos los pensamientos, ya no tiene dudas en su conducta temporal, si la debilidad lo sigue arrastrando todavía a situaciones ajenas a su verdadero objetivo debe esperar los auxilios más eficaces, ya que, al tratar de seguirlo y alcanzarlo, sigue la voluntad Divina, la cual es la misma que lo empuja e invita a que se dedique a ello con ardor*" (*El Hombre Nuevo,* § 4). La anunciación del ángel, seguida por la concepción del Espíritu Santo, suceden cuando el hombre, que debe "*servir de órgano y de canal para toda la Divinidad, si quiere que su ángel disfrute de la paz y las felicidades Divinas*", sabe que su vida no tiene sentido sino cuando la perspectiva de la regeneración se convierte en su único objetivo, su única estrella de luz, a fin de que sean trazados en él "los planos del templo": "*La sabiduría no nos descubre este gran combate hasta el último momento, para que, estando preparados de antemano por las dulzuras que se nos han prometido por el Dios benefactor, y por los medios que nos han ofrecido por el Dios que sufre, podamos lanzarnos valientemente al campo de batalla y congratularnos con la victoria; pues con esta victoria es con lo único con que se trazan en nosotros los planos del templo y las diferentes moradas que tiene, entre las que se encuentra una por donde el Santo de los Santos se comunica con nosotros, como se comunicaba antaño con el Sumo Sacerdote en el templo de Jerusalén; sólo entonces es cuando se confirma en nosotros la anunciación y la parte del ángel, y la concepción por la operación del Espíritu santo, de la que podemos esperar un feliz alumbramiento Divino si cumplimos con todas los requisitos de los que ya hemos hablado sobre este asunto, los cuales nos son impuestos a la vez por la sabiduría y por la necesidad de nuestra propia regeneración*" (*El Hombre Nuevo,* § 7).

III.- LA NATURALEZA CELESTIAL DE LA IGLESIA

La Iglesia, desde el punto de vista sobrenatural, no es pues una institución mundana y temporal, un sistema religioso. Representa la "unidad", la unión íntima de todos aquellos que han establecido una unión directa con lo invisible, la comunión de aquellos que han realizado la unión entre Dios y su alma, conforme a la petición del Reparador: "*Qué todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado*" (Juan, XVII:21). Éste es además el sentido de esta observación de Saint-Martin, a veces incomprendida y de la que pocos perciben que se refiere a la vida de la familia divina, e incluso toca directamente la pregunta de la asamblea celeste formada por los elegidos del Eterno: "*La unidad no se encuentra en las asociaciones, sino que se encuentra únicamente en nuestra unión individual con Dios. Sólo después de que se haya realizado ésta, es cuando nos encontramos como hermanos (los) unos en (los) otros*" (*Retrato,* § 1137).

La historia de la Iglesia visible, según Saint-Martin, no es otra cosa que la historia, no de la Institución fundada en Pentecostés, sino de la corrupción del hombre, que sabe que la Iglesia,

desde los primeros siglos, se convirtió en un sistema que abandonó lo que Dios había establecido por el hecho de que cuanto más los hombres construían marcos estructurales coercitivos para el espíritu, más se intentaba encerrar las verdades evangélicas en definiciones dogmáticas, más se corrompía la idea de lo que es la verdadera Iglesia, y finalmente se iba perdiendo poco a poco, inexorablemente [137].

Es por ello que la Iglesia real está en permanente alumbramiento, y su difícil condición es subsistir milagrosamente en medio de la corrupción y de las falsas representaciones de su ser, en virtud del Espíritu de vida que la anima. Y este alumbramiento, que cuenta con un proceso de generación según lo interno, que pasa por la unión del alma con Dios, es "*la iniciación central*" a la que deben consagrarse enteramente las almas de deseo: ***"(…) es por allí, sobre todo, por donde debe caminar la ley de nuestra iniciación central divina, por la cual, presentándose a Dios tan pura como sea posible, al alma que nos ha dado, que es su imagen, debemos atraer el modelo a nosotros y formar de esa manera la más sublime unión que jamás haya podido hacer ninguna teúrgia, como tampoco ninguna ceremonia misteriosa que cargan las demás iniciaciones"*** (*Saint-Martin, carta a Kirchberger,* 19 de junio de 1797).

Saint-Martin se benefició del poderoso presentimiento visionario de lo que es la Iglesia celeste: "*veré a la Iglesia de los santos formada por los hijos de la sapiencia. La veré fija e inmutable en medio de sus innumerables revoluciones*", llegó a decir, y esta dimensión celeste permite a la Iglesia del Cielo, contrariamente a la de la tierra [138], atravesar las incertidumbres de la Historia conservando intacta e inalterada su esencia. Se mantiene "*fija e inmutable",* ahora intacta en su naturaleza: "*Me dejaré llevar sobre las alas del espíritu, y me hará recorrer todos los senderos de la verdad; veré con qué sabiduría Dios ha dispuesto los planos de los mundos, y con qué inteligencia se ocupa del progreso de los seres. Es él quien alegra nuestra mirada con los frutos de sus obras y con la magnificencia de sus obras. Es él quien coloca a los ángeles para velar por los pueblos; y cuando se cumplen los tiempos de estos ángeles, los pueblos que vigilaban caen en la decadencia. Es él quien deja a veces a los pueblos enfrentados con el ángel de las tinieblas, y por eso mismo vuelca sus consejos para mantenerlos en el temor y la justicia. Los pueblos triunfan, los pueblos se vanaglorian, los pueblos sucumben; y es él el que los mueve a su voluntad, porque todo en el universo está en sus manos, en un globo que gira en el sentido que le place. Veré la iglesia de los santos formada por los hijos de la sapiencia. La veré fija e inmutable en medio de sus innumerables revoluciones. Camina en medio de los pueblos, sigue el curso de su ambiente. Sin embargo no conoce ni sus variaciones ni sus caídas. Viaja con ellos, pero sin coaccionar su libertad; es este don sagrado el que Dios había concedido al hombre como un poder posible, pero no como un poder determinado, porque sólo debe existir el Poder de Dios. ¡Este es el don sagrado del que el hombre ha extraído todos los males, cuando podía hacer que produzca todos los frutos de la vida y de la luz!"* (*El Hombre de Deseo,* § 236).

El templo de Dios está formado por las almas en las que mora el Espíritu de Dios (*Iª Corintios* III:16)*,* lo cual demuestra que la Iglesia, *"en este mundo*", pero no "*del mundo*", es concretamente el "habitáculo" del Espíritu de Dios. "*Así que ya no sois extranjeros ni advene-dizos, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien*

trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu" (*Efesios,* II:19-22).

No existe jefe en esta Iglesia, sino el Divino Reparador en el Cielo, quien es la "*Cabeza de la Iglesia o de la Asamblea*", quien es su cuerpo: "*que desplegó en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación y de todo cuanto tiene nombre no sólo en este mundo sino también en el venidero. Bajo sus pies sometió todas las cosas y le constituyó Cabeza suprema de la iglesia, que es su Cuerpo, la plenitud del que lo llena todo en todo"* (*Efesios* I:20-23). El Cristo, desde el Cielo donde permanece, es la cabeza de la Iglesia: "*Él es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación: porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia. Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia: Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la Plenitud, y reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos"* (*Colosenses* I:15-20).

IV.- LA IGLESIA CELESTE: UN MISTERIO OCULTO EN LA ETERNIDAD

En el Evangelio, el Divino Reparador reveló su intención de fundar una "*Asamblea*", esta "*Asamblea*" o Iglesia no aparecerá visiblemente hasta que Cristo resucitara de entre los muertos y fuera glorificado a la derecha de Dios. El Apóstol Pablo subraya que la Iglesia no fue revelada antes de los tiempos para las generaciones anteriores; la Iglesia estaba "*oculta en Dios*": "*A aquel que puede consolidaros conforme al Evangelio mío y la predicación de Jesucristo: revelación de un Misterio mantenido en secreto durante siglos eternos, pero manifestado al presente, por las Escrituras que lo predicen, por disposición del Dios eterno, dado a conocer a todos los gentiles para obediencia de la fe, a Dios, el único sabio, por Jesucristo, ¡a él la gloria por los siglos de los siglos! Amén"* (*Romanos* XVI:25-27). La Iglesia "*oculta en Dios*", es también designada como un "*misterio oculto en toda la eternidad*": "*si es que conocéis la misión de la gracia que Dios me concedió en orden a vosotros: cómo me fue comunicado por una revelación el conocimiento del Misterio, tal como brevemente acabo de exponeros. Según esto, leyéndolo podéis entender mi conocimiento del Misterio de Cristo; Misterio que en generaciones pasadas no fue dado a conocer a los hombres, como ha sido ahora revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles sois coherederos, miembros del mismo Cuerpo y partícipes de la misma Promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio, del cual he llegado a ser ministro, conforme al don de la gracia de Dios a mí concedida por la fuerza de su poder. A mí, el menor de todos los santos, me fue concedida esta gracia: la de anunciar a los gentiles la inescrutable riqueza de Cristo, y esclarecer cómo se ha dispensado el Misterio escondido desde siglos en Dios, Creador de todas las cosas, para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora manifestada a los Principados y a las Potestades en los cielos, mediante la Iglesia, conforme al previo designio eterno que realizó en Cristo Jesús, Señor nuestro, quien, mediante la fe en él, nos da valor para llegarnos confiadamente a Dios"* (*Efesios,* III:3-12).

Después de estar oculto desde el comienzo de las generaciones, "*el misterio oculto desde siempre y a todas las generaciones es ahora desvelado a sus santos*". Sale a la luz pues y es proclamado, viendo acercarse a él a muchas almas [139]: "*Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia, de la cual he llegado a ser ministro, conforme a la misión que Dios me concedió en orden a vosotros para dar cumplimiento a la Palabra de Dios, al Misterio escondido desde siglos y generaciones, y manifestado ahora a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo entre vosotros, la esperanza de la gloria"* (*Colosenses* I:24-27).

Pero, del mismo modo que la misión confiada a los discípulos de los primeros siglos fue anunciar la Iglesia, revelar el misterio que estaba oculto en Dios, disimulado desde el comienzo de las generaciones, ahora se trata, para el hombre nuevo, desde una perspectiva hecha interna, únicamente interior y especial, de descender en su interior y expandir la verdad de la Asamblea e irradiar esta realidad: "*Este es el momento en que el hombre nuevo, igual que los discípulos del Reparador, va a ir a predicar a los pueblos y ciudades de Israel qué es el hombre. Éste es el momento en que, en nombre del espíritu, podrá seguir la huella de los doce discípulos, desarrollando en sí los dones que destacaron en los doce enviados por el Reparador. Ofrecerá en sí mismo un reflejo de esta decisión, en razón del poder secreto y de la operación continua, aunque invisible, de una antigua ley que estableció primitivamente doce canales para comunicar la luz, el orden y la medida entre las naciones; esta ley a la que fueron fieles todos los dispensadores de las leyes divinas, y que fue observada en todos los tiempos, incluso por los simples sectarios de las ciencias elementales que han consagrado doce signos en las regiones del firmamento material. (…) El Espíritu que envía así al hombre nuevo en su propia tierra le avisará que le envía como un cordero en medio de lobos, y le recomendará que sea prudente como la serpiente, y cándido como la paloma. Le avisará de todas las resistencias que encontrará por parte de los hombres, es decir, de las naciones impías e incrédulas que habitan en el reino de este hombre nuevo"* (*El Hombre Nuevo,* § 40).

a) El corazón del hombre es la piedra angular de la Iglesia interior.

Históricamente se nos presenta la Asamblea en los "*Hechos de los Apóstoles*", después en las "*Epístolas de Pablo"*. Pero éste se dirige a la Asamblea en siete lugares distintos, a saber: *Romanos, Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses y Tesalonicenses*; por último en el "*Libro del Apocalipsis"*, siete asambleas distintas son evocadas, que no corresponden a una organización humana sino a una institución divina que forman el conjunto de las siete como un único candelabro para el Altísimo. Estas siete asambleas representan igualmente las siete fuentes activas de vida, las siete potencias sacramentales [140] sobre las cuales es edificado el edificio sacerdotal en el hombre, y que dan testimonio de la sabiduría de Dios [141]. Son las siete columnas producidas por la piedra angular donde se establece la Iglesia interior: "*la razón por la que el hombre nuevo, al unirse con la fuente de vida, es depositario de tesoros tan grandes y pueda manifestar en sí mismo tan grandes y saludables multiplicaciones es que esta fuente de vida le hace descubrir, en el fondo de su ser, siete fuentes activas que, al poner en común sus diversas fuerzas, desarrollan unas con otras sus propiedades particulares de una manera que ya no se puede interrumpir, y que hace que estas fuentes sean inagotables, ya que*

es la fuente de la vida la que las anima y las mantiene. Son como tantas bases sacramentales que llevamos todos con nosotros, y sobre las que debe construirse el edificio sacerdotal al que el hombre estuvo destinado por su naturaleza primera, según los planes de su origen. Éstas son las siete columnas levantadas por esta piedra innata en nosotros, y sobre la cual el Reparador dijo que quería construir su Iglesia" (*El Hombre Nuevo,* § 46).

Es pues en el corazón del hombre donde debe existir y vivir en adelante la Asamblea de Dios, una Asamblea que no se corresponde con ninguna organización humana, ni con ningún sistema religioso procedente de sistemas religiosos de las instituciones formadas y moldeadas por los hombres desde el advenimiento del cristianismo. Es una Iglesia edificada por el Espíritu, que tiene por único Soberano al divino Reparador, una Iglesia constituida para adorar al Eterno y estar en comunión con Él; y esta secreta Asamblea de Dios, esta Iglesia interior permanece en el corazón del hombre de deseo: "*El mundo no la conoce*" (*Juan* XIV:17). Saint-Martin declara "*Mi reino no es de este mundo. Esta verdad evangélica, a mi parecer no se refiere sólo a las únicas codicias humanas, por las que me he preocupado más bien poco, sino también a las codicias espirituales inferiores donde he visto a gente precipitarse como si fuera un torrente y estaban muy por debajo del puesto que me atraía. Incluso me atrevo a creer que este puesto era el verdadero significado del pasaje evangélico arriba citado, ya que veo sin cesar que San Pablo y todos los profetas no le dan otra explicación. ¿Cómo hubiera podido pararme en todas las revoluciones espirituales que he visto pasar en mis tiempos, que me hablaban, como todo ser espiritual, de aquel cuyo reino no es de este mundo, pero no me llevaban a este reino, y también efectivamente se contentaban casi siempre con su representación; diciendo que este reino no era de este mundo, se establecían en este mundo por todas las especulaciones estrechas, por sus fenómenos inferiores, plegando sin cesar el espíritu de las Escrituras sobre los eventos temporales, mientras que él [el reino], como los cedros del Líbano, solo tiende a levantar la cabeza hasta el cielo de los cielos"* (*Retrato,* § 29, *"Mi reino no es de este mundo"*).

De esta manera, esta Iglesia interior no tiene a ningún Pontífice, a ningún Sumo Sacerdote nombrado por una asociación religiosa mundana, a ningún Soberano humano. Su único Maestro está en el Cielo. Es él quien ha depositado en el alma la piedra angular esencial sobre la que están construidas todas las diferentes partes invisibles del Templo de Dios, Templo donde es honrado el santo Nombre del Eterno: "*no busquemos otro jefe. ¿Acaso no fue él quien llamó al alma del hombre y le dijo: sobre esta piedra construiré mi iglesia? Sin embargo, nuestra alma abraza y penetra todo nuestro ser, como el Espíritu del Señor abraza y penetra todo el universo; así cada porción de nosotros, cada una de nuestras facultades, cada uno de nuestros pensamientos, cada uno de nuestros movimientos puede pues transformarse en tantas iglesias donde el Nombre del Señor sea perpetuamente honrado; es por ello que el nombre del Señor será alabado de Oriente a Occidente, de Norte a Sur, y en toda la superficie de la tierra"* (*El Hombre Nuevo,* § 12).

b) Las cuatro "operaciones" fundadoras del Templo interior.

La alabanza al Nombre del Señor en las distintas iglesias procedentes de la única Iglesia interior, es una función sagrada reservada al ministerio del alma que debe santificar las cuatro regiones del Templo interior y forma parte del sacerdocio místico [142]. Pero en lo que hay que

insistir en este momento, y en lo que insiste mucho Saint-Martin, es en que nuestro nacimiento procede de la Divinidad y la forma de nuestra Iglesia del espíritu. Estos alumbramientos no están exentos de inevitables sufrimientos, pero conducen a alegrías superiores absolutamente incomparables, ya que conducen al "*Centro único y universal*": "*Pero, digámoslo una vez más, es en las más huecas profundidades del alma humana donde el arquitecto debe venir a colocar los cimientos de la Iglesia; y es necesario que lo cimente con la carne, la sangre y la vida de nuestro verbo y de todo nuestro ser. He aquí el trabajo más duro de la regeneración; es el que se lleva sobre esta íntima sustancia de nosotros mismos. En medio de los suplicios que nuestro cuerpo puede sufrir, en nuestra alma podemos sufrir suplicios más grandes aún. Porque si estuviésemos decididos a hacer que penetrase nuestro espíritu vivo en todas las subdivisiones y zonas de nuestro ser, para llevarles la vida y el renacimiento, no tendríamos en cuenta para nada los males ordinarios a los que nos exponen nuestra naturaleza y nuestra vida temporal y no habría ya ningún dolor que pudiese compararse con el nuestro; pero, al mismo tiempo ¿dónde estarían las alegrías que podrían finalmente compararse con las nuestras? Conoceríamos con ello, en poco tiempo, toda nuestra historia. Nos enteraríamos de que nacemos en la Divinidad, que tomamos forma en el espíritu, que rectificamos la apariencia y que separamos la iniquidad y estas cuatro grandes operaciones se realizan por la impresión de la fuerza, del amor y de la santidad sobre nuestro cuerpo, nuestro corazón y nuestra frente, todo ello bajo el aspecto del gran nombre central que planea por encima de nosotros, para vivificarnos, como vivifica a todos los seres cuyo centro único y universal es él por siempre"* (*El Hombre Nuevo,* § 12).

V.- LA IGLESIA SEGÚN EL ESPÍRITU

El alma regenerada, resucitada por el Nombre Sagrado en el seno de la que la Iglesia invisible ha sido edificada, va a establecer su morada permanente en el *Este Divino*, es decir, el corazón del templo, lugar reservado para la estancia de la Santa Presencia: "*¿Cuál es este alma que parece tan contenta y llena de alegría? Es un alma que Dios acaba de visitar y a la que acaba de dejar las pruebas preciosas de su amor y de su riqueza. ¿Ves cómo rebosa de delicias y abundancia? Es porque se ha mantenido con ella fiel a la promesa que ha hecho de atender a quienes lo invocasen. Además, después de recibir estas riquezas, el alma va a imponer la justicia entre sus prevaricadores, va a restablecer el orden y la medida sobre la tierra, va a afiliarse a todas las sociedades espirituales que la reconozcan como uno de sus miembros, va a morar para siempre en el Este Divino, su primera patria, porque el Señor ha pronunciado sobre ella la palabra creadora que ha desarrollado a la vez todas las propiedades, todos los dones, todos los atributos de los que ella es el ensamblaje y el agente. Ha pasado por encima de ella su ojo vivificante y ella se ha visto regenerada en todo su ser, lo mismo que toda la naturaleza se regenera ante las miradas vivificantes del sol"* (*El Hombre Nuevo,* § 14). Este alma, que ha sido visitada por Dios, puede entonces decir con alegría*: "Dios vive en mí, Dios va a vivir en mi penitencia, Dios va a vivir en mi humildad, va a vivir en mi valor, va a vivir en mi caridad, va a vivir en mi inteligencia, va a vivir en mi amor, va a vivir en todas mis virtudes, porque ha prometido que sería uno con nosotros tantas veces como lo invoquemos en el nombre del que él nos ha enviado para que nos sirva de señal y testimonio entre él y nosotros. Esta señal o este testimonio es eterno como el que nos lo ha enviado. Asimilémonos a esta señal y a este testimonio y participaremos de su divina y santa seguridad y estaremos como él tan llenos de vida que*

quedarán lejos de nosotros la segunda y la primera muerte y nos serán completamente ajenas" (*El Hombre Nuevo,* § 14).

Conviene pues únicamente, para que pueda vivir e irradiar la Iglesia interior en nuestro interior, desobstruir las vías del espíritu para dejar completamente sitio a su acción, permitir al poder del Verbo cumplir con su obra y expandir su luz benéfica: "*Es el interior o el centro el que es el principio de todo (…). Si nuestro corazón está en Dios, si es divinizado realmente por el amor, la fe y el ardor de la oración, ninguna ilusión nos sorprenderá. Si Dios está con nosotros, ¿quién estará en contra de nosotros? (…) ya no hay iniciación sino la de Dios y de su Verbo eterno que está en nosotros, y que debe manifestarlo todo en nosotros y por nosotros, según su voluntad"* (*Saint-Martin, Carta a Kirchberger,* 6 de marzo de 1793).

a) Dejar sitio al Espíritu para iluminar el corazón del hombre

De esta forma se impone como única regla central para esta Iglesia situada en el corazón del hombre esta expresión tan estrechamente ligada a la vía propuesta por el Filósofo Desconocido: "*dejad sitio al Espíritu*".

Dejar sitio al Espíritu para permitirle que ilumine las profundidades del hombre, iluminar su edificio, expandir las santas bendiciones en el Templo interior para que, apoyándose en las siete columnas religadas con el Cielo, esté capacitado para hacer circular en nosotros toda la savia espiritual trascendente, y nutrir el conjunto de nuestros altares particulares sobre los que brillan las leyes de la Divinidad: "*Dejad sitio al Espíritu*". "*Mira cómo se apresura por pasar entre la multitud; es que tiene que realizar una obra tan importante, y tiene tanto esmero en no perder ni un solo instante. Además, tiene una distancia tan grande por recorrer que teme no llegar hasta el final antes de que el tiempo que le es dado para esta obra expire. Debe ir al lugar de su morada hasta en las profundidades del hombre. Sólo acude a este lugar para depositar la palabra santa, desde donde el hombre verá crecer en él a la vez las siete virtudes, que serán las siete columnas de este edificio fundado sobre una roca viva, y que debe convertirse en la Iglesia eterna de nuestro Dios. ¿Cómo podría derribarse esta Iglesia? Sus siete columnas descansan en la santidad, y se elevan hasta en la morada del Altísimo; allí, sacan continuamente la savia divina, la vuelven a traer hasta los santos cimientos del templo. ¿Cómo esta Iglesia podría ser derrumbada? Sus siete columnas están íntimamente ligadas a la base y a su cumbre, todo a la vez. La base, las columnas, la cumbre del edificio, todo es uno: es imposible que se mueva todo el conjunto y que alguna fuerza pueda separar jamás la mínima parte"* (*El Hombre Nuevo,* § 19).

El Espíritu trae las palabras vivas, generando la vida que dará una duración eterna al Templo, lo cual significa claramente que la construcción no está sometida a una limitación temporal, aunque las esencias que definen la arquitectura interior y la "*simiente reproductora*" [143] estén colocadas sobre una base humana, pero religadas a la Divinidad, haciendo casi imperceptible el "*círculo del tiempo*": "*Dejad sitio al Espíritu; viene a traer a la base del templo todos los medios para elevar su edificio, y mantenerlo intacto a pesar de los celos de los Samaritanos, hará que el templo se atraiga el respeto y la admiración de todos los pueblos. ¿Cómo esta admiración podría ocurrir, cómo este edificio podría ser tan majestuoso, si el mismo eterno arquitecto no hubiese proporcionado los planos y trazado las distintas partes, y si no lo*

engendrara continuamente desde su propia fuente? Es por ello que su espíritu viene a aportar hasta nuestro centro más interior las palabras vivas que se activan mutuamente por sus diversas potencias y propiedades, y hacen salir de sí mismas esta luz, y esta vida que aseguran una eterna duración a este Templo que han construido con sus propias manos" (*El Hombre Nuevo,* § 19).

b) La consagración del Templo.

De esta manera, cuando el plan ha sido trazado y las proporciones definidas, hay que pasar de la arquitectura a la consagración del templo, meditando estas palabras divinas: "*Soy el hijo del Señor*", palabras restauradoras de los tres dones santos primitivos: "*la consagración del cuerpo, la distribución de lo incorporal y la exclamación*", pero que igualmente darán acceso al cuarto don: *la superioridad*, una superioridad que toca al eminente valor del templo interior con respecto a todos los edificios visibles construidos por las instituciones religiosas; todo ello desarrollándose en el silencio y el retiro [144].

"Decid dentro de vosotros mismos: 'soy el hijo del Señor'". Decidlo hasta que esta palabra salga del fondo de vuestro ser: y sentiréis las tinieblas desvanecerse a vuestro alrededor. No preguntéis cuales eran esos inmensos poderes de los que todas las tradiciones anuncian que el hombre es depositario: había nacido para manifestar el nombre del Señor, porque era el hijo del Señor. ¿Por qué ha perdido este sublime puesto? Es porque no ha dicho en su corazón: soy el hijo del Señor. Es porque ha dejado de fijar esta fuente de movimiento. Sécate las lágrimas, desgraciado mortal, elimina tus temores. Un hombre ha venido desde arriba; ha venido a decir por ti: soy el hijo del Señor. Por esta palabra sus adversarios fueron vencidos, tembló el abismo, el Oriente terrestre retomó su lugar para servir de escalera y guía a la posteridad humana. Repite esta palabra con él, repite tras él; pero repítela sin parar, porque es posible que se te presente sin parar nuevas enfermedades que curar y nuevos peligros que repeler. ¿No tenías tres dones primitivos: la conservación de lo corporal, la distribución de lo incorporal y la exclamación? Aquel que dijo por ti: soy el hijo del Señor, ha venido a traerte los tres para llevarte al cuarto, que es la superioridad. ¿Cuándo me será permitido pararme? La menor de mis negligencias ¿no debe ser contada como un homicidio? No es en vano que me es dado decir hoy, todavía mejor que en el origen: soy el hijo del Señor. Y no estaré en absoluto preparado si en cada instante de mi existencia no estoy ocupado en meditar y pronunciar esta sublime palabra" (*El Hombre de Deseo,* § 233).

c) La recepción al rango sacerdotal.

La palabra sagrada proferida, la palabra sublime reveladora de nuestra verdadera naturaleza, de nuestro estado divino, habiendo sido pronunciada ya en el templo por Aquel que vino "*de lo alto*" a decir en nuestro lugar la palabra determinante, es desde entonces cuando el Reparador va a concedernos "un rango entre sus sacerdotes" y va a declararnos solemnemente de la "*raza sacerdotal*". Pero, ¿qué nos quedará por hacer después, después de beneficiarnos, en la noche del espíritu, mientras el Templo es edificado y consagrado, y eso a pesar de nuestra inmensa miseria y terrible indignidad, de estas recepciones que nos instituyen como "*sacerdotes*" de la "*raza sacerdotal"*?

Pues bien, Saint-Martin nos lo explica claramente, y nos indica bajo la forma de precepto: "*Revístete con el efod [túnica sacerdotal hebrea] y la tiara. Comparece ante la Asamblea lleno de la majestad del Señor"* (*El Hombre de Deseo,* § 245). Revestirse con el efod y la tiara, he aquí algo completamente impresionante, pero ¿qué representan exactamente esos adornos? ¿Qué significa esta sorprendente recomendación que nos hace el Filósofo Desconocido?

Este precepto consiste simplemente, en el seno de nuestro Templo particular, en envolvernos con la túnica de los sacerdotes del Templo de Jerusalén, porque el efod es la vestimenta que adorna el pecho del Sumo Sacerdote: *"piedras de ónice y piedras de engaste para el efod y el pectoral"* (Éxodo XXV:7); *"Harás las vestiduras siguientes: un pectoral, un efod, un manto, una túnica bordada, una tiara y una faja. Harán, pues, a tu hermano Aarón y a sus hijos, vestiduras sagradas para que ejerzan mi sacerdocio*" (Éxodo XXVIII:4); *"Bordarán el efod de oro, púrpura violeta y escarlata, carmesí y lino fino torzal"* (Éxodo, XXVIII:6). Igual que al ponerse la tiara, o sea, lo que lleva el Soberano Sacrificador, la tiara tenía la característica de una lámina de oro atada por un cordón delante, y en ella estaban grabadas las palabras: "*Santidad al Eterno*". "*Harás, además, una lámina de oro puro y en ella grabarás como se graban los sellos: 'Consagrado a Yahveh'. La sujetarás con un cordón de púrpura violeta, de modo que esté fija sobre la tiara; estará en la parte delantera de la tiara. Quedará sobre la frente de Aarón; pues Aarón cargará con las faltas cometidas por los israelitas en las cosas sagradas; es decir, al ofrecer toda clase de santas ofrendas. La tendrá siempre sobre su frente, para que hallen favor delante de Yahveh. Tejerás la túnica con lino fino; harás también la tiara de lino fino, y la faja con brocado"* (Éxodo, XXVIII:36-39).

He aquí lo que escribe Saint-Martin al respecto: *"¡Qué se dilate tu corazón! Buscas a Dios, Él te busca todavía más, y siempre fue el primero en buscarte. Rézale. Ten fe en el éxito de tu oración. Aunque fueras débil para orar malamente, ¿acaso no tendrías al amor rogando por ti? Se te darán a conocer todos los beneficios del amor. El hombre ingrato los olvida; el hombre decepcionado los desdeña; pasan de largo y los dejan tras de sí. Tú has recibido un rayo de este fuego que se va a expandir y te traerá nuevos rasgos de este amor y un nuevo calor cuatro o diez veces más activo. Hombre, levántate. Te llama, te otorga rango entre sus sacerdotes; te declara de la raza sacerdotal. Revístete con el efod y la tiara. Comparece ante la Asamblea, lleno de la majestad del Señor. Se enterarán todos que eres el ministro de su santidad, y que la voluntad del Señor es que su santidad recobre la plenitud de su dominio. Toca todos los instrumentos de música; están preparados para devolverte los sonidos. A todo lo que te acerques en la naturaleza se animará en tu mano y manifestará la gloria del señor. Son las lágrimas las que les devolverán las palabras. Has usurpado su poder y lo has ocultado en ti como un bien robado. Hace falta que salga de ti por la vía del dolor, ya que ha entrado por la vía de la injusticia. El universo por completo reclama ante ti su deuda, no te demores más tiempo en devolverle su retribución. Ahoga a todos los prevaricadores en el diluvio de las lágrimas; sólo sobre este mar es donde hoy puede navegar el Arca Santa. Sólo por esta senda es donde se conservará la familia del justo, y que la ley de la verdad vendrá a reanimar toda la tierra"* (*El Hombre de Deseo,* § 245).

Queda por saber qué hacer con este sacerdocio, conocer los principios, instruirse de la práctica del culto divino del que es detentor, estar capacitado para comprender los misterios,

instruirse de la forma como se puede ejercer este ministerio provisto de la majestad del Señor, de modo que se realicen los ritos de este sacerdocio según lo interno, con la evidencia de una naturaleza tan diferente, tan alejada y radicalmente diferente de la que el conjunto de las instituciones religiosas profesan en el cristianismo - todas las denominaciones eclesiales -, iglesias, capillas o sistemas constituidos y organizados que poseen unas clases sacerdotales ostensibles confundidas. Y este conocimiento representa precisamente la ciencia espiritual verdadera de la Iglesia interior a fin de que se desarrolle sobre el altar situado en el Santuario del corazón la divina liturgia "*en espíritu y en verdad*", sabiendo según la indicación evangélica: "*Pero llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren"* (Juan IV:23).

N O T A S

[112]. La iglesia, como dirá Bossuet en una fórmula mágica, no es otra cosa que "*Jesucristo expandido y comunicado*" (Bossuet, carta IV. "*Sobre el misterio de la unidad de la Iglesia y las maravillas que encierra*"; in O.C., t. XI, 1836). San Agustín resumió previamente esta idea tan importante de la unidad entre Cristo y la Iglesia: "*la Iglesia al completo, difundida por todas partes, es el cuerpo del que Cristo es la cabeza: los fieles son no sólo los vivos ahora, sino también los que estuvieron antes que nosotros y los que vendrán después hasta el final del mundo, los que forman juntos su cuerpo. Él es la cabeza, aquel que subió al cielo"* (Ref Enorr. in P LXII; nº 2).

Tocando un sublime misterio, la Iglesia es Cristo, no por la imagen, sino por la naturaleza común, por identidad del ser cuya propiedad es la atribución, en buena lógica metafísica escolástica: "*el ser atribuido según la sustancia significa lo que es*" (Sto. Tomás, De Potentia, q. 7a. 5 arg). Ahora bien, la esencia divina, por el mismo hecho de que se identifica con la actualidad desplegándose en su existencia para la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo, "*es el Ser mismo subsistiendo y se ofrece a nosotros y nos proporciona la razón de su infinidad perfeccionándose"* (Ref. *24 tesis tomistas, tesis XXIII,* 1971). San Ireneo (siglo II), obispo de Lyon, tendrá esas sobrecogedoras palabras: "*Allí donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios; y donde está el espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda la gracia*" (*Adversus haereses,* libro III, cap. 24, n I). Además, he aquí lo que Cathérine de Sienne (1347-1380), en una carta al bienaventurado Raymond de Capoue (+ 1399), escrita el 16 de febrero de 1380, pocos días antes de morir, pedía a Dios en una bella oración: "*Oh Dios eterno, recibe el sacrificio de mi vida por el cuerpo místico de la santa Iglesia. Sólo puedo darte lo que Tú mismo me diste. Toma mi corazón y exprímelo sobre la cara de la Esposa*". R.P. Humbert Clérissac, o.p. (1864-1915), en *El Misterio de la Iglesia (1918)*, obra que esclarece con una extraordinaria profundidad la naturaleza misteriosa y mística de la Iglesia, explica que: "*la vida de la Iglesia es la misma vida de Cristo; la vida del alma es la gracia santificante. El avituallamiento de esas dos ciudades se hace desde dentro y desde arriba. Vayamos pues a la Iglesia por razones eternas y divinas. Conozcamos y amemos la Iglesia en la idea en que Dios mismo la quiso, Dios la conoce, Dios la ama. Esa idea sólo pertenece a Dios; no es una deducción de nuestra razón, ni un postulado de nuestra naturaleza; es sobrenatural. Y aunque podamos probar su belleza y riqueza, no la penetraremos hasta el fondo, porque encierra un misterio. No hay que buscar nada menos en el misterio de la Iglesia. Es un misterio ejemplar y tipo; es un misterio operante. La idea en la que Dios ve y ama la Iglesia, es su Hijo - "In Ipso benedicentur omnes gentes*" [*En él serán bendecidas todas las naciones*]. Esta bendición va más allá de Abraham y Adán. La mirada eterna que fija la compasión del padre en el Hijo ve en él al jefe de un inmenso cuerpo y descansa también en la Iglesia que es ese cuerpo. Este lugar, la Iglesia, lo tiene en el pensamiento divino, primero porque participa más íntima y ampliamente con la

Creación natural, a la perfección del Hijo en quien Dios se contempla. El Hijo es el pensamiento y la razón viviente de Dios, donde resplandece no precisamente la multitud dispersa de los ejemplares de seres, sino su orden, es decir, sus perfecciones y sus fines, todos armonizados según un deseo único: "In Ipso constant". ¿*Y qué es lo que representa más que la Iglesia la perfección de este orden? El Hijo respira el amor que hace la unidad de las divinas Personas*, "VERBUM SPIRANS AMOREM" ["*el verbo de donde procede el Amor*"]: *y ¿qué es lo que más representa amor y más unidad que la Iglesia? Se arraiga pues, por así decirlo, en las grandes profundidades del ser divino. Antes de nacer del costado perforado del Señor en la Cruz, estaba eternamente concebida en el Verbo. El mismo interés de la Revelación que Dios quería hacernos de Su Verdad por su Verbo llamaba a la Iglesia y la ponía en primera línea en el plan divino. Todo el misterio de la Iglesia gime en la ecuación y convertibilidad de estos dos términos: el Cristo y la Iglesia. Este principio esclarece todos los axiomas teológicos relacionados con la Iglesia. Por ejemplo: fuera de la Iglesia, no hay salvación - realmente no significa otra cosa que fuera de Cristo, no hay salvación. (..). La Iglesia es Jesucristo, pero Jesucristo expandido y comunicado. He aquí la unidad viva e intangible del Cuerpo místico de Cristo. He aquí la importancia capital de la Iglesia: ma jus omnibus. Está unida con el Hijo con el mismo lazo que une al Hijo con el Padre, está tanto en la mano del Padre como en la mano del Hijo, su esposo. He aquí el misterio de Cristo en la iglesia y de la Iglesia en Cristo*" (R.P. Humbert Clérissac*, "El Misterio de la Iglesia",* editorial Georges Crès, 1918, p 15).

[113]. Santo Tomás de Aquino escribió: "*Toda la Iglesia es un único cuerpo místico... y Cristo es la Cabeza. Ahora bien, en la cabeza podemos considerar tres cosas: el lugar que ocupa, su perfección y su influencia; su lugar: es la parte más eminente del hombre...; su perfección: encierra todos los sentidos internos y externos...; su influencia: de ella proceden la fuerza y el movimiento de los demás miembros y el gobierno de su actividad. Esta triple preeminencia pertenece a Cristo de manera espiritual. Primero, por su cercanía a Dios, recibió una gracia que prima sobre la de cualquier otra criatura... puesto que todas las demás han recibido el don de la gracia como consecuencia de la gracia de Cristo, según el Apóstol a los Romanos (VIII:29). A aquellos que conoció previamente, Dios les ha predestinado a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que sea el primer nacido entre muchos hermanos. En segundo lugar, Cristo es superior en perfección, porque posee la plenitud de todas las gracias según lo que dice san Juan (Jn I:14): 'lleno de gracia y de verdad'. En tercer lugar, tiene el poder de influir y producir la gracia en todos los miembros de la Iglesia, según esta palabra de San Juan (Jn I:16): 'Todos hemos recibido de su plenitud'. Por lo tanto, es con razón que Cristo es llamado la Cabeza de la Iglesia"* (Somme théologique, III, q.8.a.1).

[114]. *"Un día, los Fariseos le preguntaron cuándo llegaría el reino de Dios. Jesús les respondió: El reino de Dios viene sin dejarse sentir. Y no dirán: 'vedlo aquí o allá', porque el Reino de Dios ya está entre vosotros"* (*Lucas,* XVII:20-21).

[115]. K. Von Eckarthausen, *La Nube sobre el Santuario o algo de lo que duda la Filosofía orgullosa de nuestro siglo*, 1802.

[116]. Nadie mejor que Eckartshausen pudo describir la verdadera naturaleza de la Iglesia celeste que denomina "*la iglesia interior*", compuesta por los elegidos del Señor, que nació inmediatamente tras la Caída y es depositaria de los misterios de la Revelación, celebrados "*en espíritu y en verdad*": "*Es necesario, queridos hermanos míos en el Señor, daros una idea pura de la Iglesia interior, de esta Comunidad luminosa de Dios que está dispersa en el mundo; pero que es gobernada por una verdad y*

está unida por un espíritu. Esta comunidad de la luz existe desde el primer día de la creación del mundo y durará hasta el último día de los tiempos. Es la sociedad de los elegidos que conocen la luz en las tinieblas, y la separan de lo que tiene en propiedad. Esta comunidad de la luz posee una Escuela en la que el mismo Espíritu de Sabiduría instruye a aquellos que tienen sed de luz; y todos los misterios de Dios y de la naturaleza están conservados en esta escuela por los hijos de la luz. El perfecto conocimiento de Dios, de la naturaleza y de la humanidad son los objetos de las enseñanzas de esta escuela. Es de ella de donde proceden todas las verdades en el mundo; ha sido la escuela de los profetas y de todos aquellos que buscan la sabiduría; y sólo en esta comunidad se encuentran la verdad y la explicación de los misterios. Es la comunidad más interior y posee miembros de diversos mundos; éstas son las ideas que se deben tener de ella. Desde siempre, lo exterior tenía por base un interior del que el exterior sólo era la expresión y el plan. Así es como, desde siempre, ha habido una asamblea interior, la sociedad de los elegidos, la sociedad de aquellos que tenían más capacidad por la luz y que la buscan; y esta sociedad es llamada el santuario interior o la Iglesia interior. Todo lo que la Iglesia exterior tiene en símbolos, ceremonias y ritos, es la letra cuyo espíritu y verdad están en la Iglesia interior. Así, la Iglesia interior es una sociedad cuyos miembros están dispersos por el mundo entero, pero que un espíritu de amor y verdad les une en el interior, y que desde siempre fue ocupada en construir el gran templo para la regeneración de la humanidad, porque el reino de Dios será manifestado. Esta sociedad reside en la comunión de aquellos que tienen más receptividad por la luz, o los elegidos. Estos elegidos están unidos por el espíritu y la verdad y su jefe es la misma Luz del Mundo: Jesucristo, el ungido de la luz, el mediador único de la especie humana, el Camino, la Verdad y la Vida; la luz primitiva, la sabiduría, el único médium por el cual los hombres pueden volver a Dios. La Iglesia interior nació justo después de la Caída del hombre, y recibió de Dios inmediatamente la revelación de los medios por los que la especie humana caída será reintegrada en su dignidad y liberada de su miseria. Recibió el depósito primitivo de todas las revelaciones y misterios; recibió la llave de la verdadera ciencia, tanto divina como natural. Pero, cuando los hombres se multiplicaron, la fragilidad del hombre y su debilidad hicieron necesaria una sociedad exterior que mantuvo oculta a la sociedad interior, y cubrió el espíritu y la verdad con la letra. Puesto que la colectividad, la multitud, el pueblo, no eran capaces de comprender los grandes misterios internos, y el peligro hubiera sido demasiado grande para confiar lo más santo a los ineptos, se envolvió las verdades interiores en ceremonias externas y sensibles para que el hombre, mediante lo sensible y exterior que es el símbolo de lo interior, fuera poco a poco haciéndose capaz de acercarse más a las verdades internas del espíritu. Sin embargo, lo interior siempre fue confiado a aquel que, en su tiempo, tenía más receptividad por la luz, y éste únicamente era poseedor del depósito primitivo como sumo sacerdote en el santuario. Cuando se hizo necesario que las verdades internas fueran envueltas en ceremonias exteriores y simbólicas, por las debilidades de los hombres que no eran capaces de soportar ver la luz, el culto exterior nació; pero seguía siendo el tipo y el símbolo de lo interior, es decir, el símbolo del verdadero homenaje rendido a Dios, en espíritu y en verdad" (K.von Eckartshausen, *La Nube sobre el santuario*, op. cit., "Segunda carta").

[117]. Una indicación del Evangelio es interesante, tratándose del estado celeste luminoso de los elegidos que formarán parte de la Iglesia del Cielo, con un aspecto luminoso comparable al sol del que se habrán revestido: "*Los justos resplandecerán como el sol en el Reino de su Padre"* (*Mateo* XIII:43). Ahora bien, en el momento de la Transfiguración, el Apóstol Mateo nos dice: "*el rostro de Cristo resplandece como el sol*" (*Mateo,* XVII:2).

[118]. El Padre Jean-Pierre de Caussade (1675-1751), cuya obra "*El Abandono a la Providencia divina",* publicada con su nombre por el Padre Henri Ramière en 1861, al que la posteridad confirió una celebridad muy merecida, es un conjunto de cartas procedentes de un medio cercano a Madame Guyon. El Padre de Caussade es también el autor de un *Tratado sobre la Oración del corazón,* que es un

verdadero concentrado de la enseñanza de la oración interior, así como de las *Cartas Espirituales,* en las cuales insiste en la importancia de lo que llama "el sacramento del momento presente": "*Oh, pan de los ángeles, maná celestial, perla evangélica*, sacramento del momento presente, e*ntregas de Dios bajo apariencias tan viles como el establo, el belén, el heno, la paja*. *Pero, ¿a quién las otorgas*? '*Esurientes repies bonis...'*". Considerando que "*el profundo deseo de recogimiento es ya un recogimiento",* la convicción de Caussade, cuyo carácter fundamental entenderemos evidentemente para el tema que nos ocupa, está relacionada con esta certeza que fundamenta toda la espiritualidad de la oración del corazón liberada de los métodos y de los marcos religiosos: "*Dios sigue hablando todavía hoy, como hablaba a nuestros padres, cuando no tenían ni director, ni método".* El texto continúa así, en unos tonos que no hubiese rechazado Saint-Martin, mostrando además en qué el pensamiento del Filósofo Desconocido se inserta perfectamente dentro de la corriente mística especulativa, que no duda en adoptar fórmulas y posturas extra-sacramentales audaces: "*La acción divina inunda el universo, penetra en todas las criaturas, sobrevive a ellas; por todas partes donde están, allí está ella; las adelanta; las acompaña, las sigue. Sólo hace falta dejarse llevar por sus ondas. Complaciera a Dios que los reyes y sus ministros, los príncipes de la Iglesia y del mundo, los sacerdotes, los burgueses, etc.., en una palabra todos los hombres, conocieran cuán fácil les sería llegar a una eminente santidad… He aquí una espiritualidad que santificó a los Patriarcas y a los Profetas antes de que hubiese tantas formas y tantos maestros... Si fuera posible, los sacerdotes solo serían necesarios para los sacramentos; pasaríamos de ellos por todo lo demás que encontraríamos en su mano en cada momento; las almas sencillas, que no se relajan en consultar sobre los medios para ir a Dios, estarían liberadas de las pesadas y peligrosas cargas que les imponen sin necesidad algunos de ellos que se complacen en dominarlos"* (J.P. de Caussade, *Tratado sobre la Oración del corazón. Instrucciones espirituales,* col. Christus, 49, 1981, pp 25-27). La gran idea de este texto es que "*Dios habla todavía hoy como hablaba con nuestros padres, cuando no había ni Directores, ni métodos",* pero viene seguida por un ejemplo esencial con respecto a lo que nos enseña Saint-Martin a propósito del nacimiento en nosotros de la Iglesia interior por la gracia, y del estado de perfecto abandono en el cual debe encontrarse el alma, el cual se produce por la aceptación en nuestro interior de la voluntad divina: "*tales eran los resortes ocultos de María, la más sencilla y más entregada de las criaturas*. La respuesta que dio al ángel, cuando se contentó con decirle: "*Fiat mihi secundum. Verbum tuum*", *resumía toda la teología mística de sus antepasados. Todo se resumía en eso, como ahora al más puro y más sencillo abandono del alma a la voluntad de Dios, bajo cualquier forma que se presente. Esta alta y bella disposición que acallaba todo en el fondo del alma de María, estalla admirablemente en esta palabra muy simple*: *Fiat mihi*. *Observad que concuerda perfectamente con la que nuestro Señor quiere que tengamos en la boca y en el corazón sin cesar: Fiat voluntas tua*. *Es cierto que lo que se exigía de María en este famoso momento era muy glorioso para ella; pero todo el estado de gloria no hubiese tenido ningún efecto sobre ella si la voluntad de Dios, la única capaz de tocarla, no hubiese fijado la mirada en ella*" (Ibíd., p. 25 y siguientes).

Caussade, en sus *Instrucciones,* no parará de volver una y otra vez sobre el estado de puro abandono, en conformidad con la actitud de María durante la Anunciación, demostrando así que todos los temores en este asunto no tienen fundamento. Dios dirigiéndose a nosotros y esperando de nosotros, como respuesta, nuestra sencillez y sinceridad, aceptando en cada momento "*el estado presente*": "*para los miedos del pasado, es la más visible y quizás más peligrosa de nuestras tentaciones. Os ordeno que rechacéis todos los retornos diabólicos… Pensad sólo en el momento presente para encerraros en la única voluntad de Dios; dejad todo lo demás a su Providencia y a su misericordia". "La práctica de aceptar en cada momento el estado presente en que Dios nos pone, ella sola puede mantenernos en la paz del corazón… Además, esta práctica es muy sencilla, y es necesario que nos atengamos y apeguemos a ella, con una resignación total a todo lo que Dios quiera, incluso respecto a ello. Pensemos solo en aprovechar el momento presente, según el mandamiento de Dios, dejemos el pasado a su misericordia, el porvenir a su providencia". "Actuad constantemente con esta simple sencillez, con buena fe y rectitud*

de corazón, sin mirar atrás, ni de lado, sino siempre de frente, en el único tiempo y momento presente, y os responderá a todo" (Ibíd., p. 31; 136; 257; 313).

Como complemento a estas líneas sobre la espiritualidad del "puro abandono" preconizada por el Padre de Caussade, espiritualidad con evidente tono saint-martiniano, no nos resistimos a citar una anécdota contada en las *Instrucciones*, extraída del ejemplo dado por Santa Teresa de Ávila (1515-1582) en *Mi Vida (XXX),* de Doña Guillomar de Olloa, *"Esta viuda que empleaba muchas horas en recitar unos Paters cuyos intervalos eran verdaderas contemplaciones sin que se diera cuenta*". El recuerdo de este ejemplo trae un eco de una precisión por parte de Caussade - a raíz de su afirmación de que la oración "menos perfecta" es la oración vocal recitada de forma mecánica durante las ceremonias o liturgias en las que el alma está ausente - demostrando que la práctica de la oración interior es más simple de lo que podemos imaginar, al no necesitar los conocimientos reservados a los sabios de la espiritualidad, y es accesible, incluso es más fácil de practicar "para las almas sencillas": "*podemos ver en ello también personas sencillas, que solo saben muy pocas oraciones vocales, incapaces además de cualquier otra instrucción, sino recitarlas lentamente, interrumpiéndolas en intervalos por la presencia de Dios, permaneciendo horas enteras en sus iglesias sin problema, sin malestar… Preguntadlas luego lo que han dicho a Dios. Os contestarán, con las lágrimas en los ojos, que no saben orar, que nunca han podido aprender a hacerlo. ¡Grandioso Dios! ¿Qué hacen pues tanto tiempo? Para mí, estoy convencido y me atrevo a decirlo, que hacen esta oración de fe, de simple presencia de Dios, esta oración de corazón y de sencillez que muchos de nuestros sabios no pueden siquiera entender y nunca comprenderán"* (Op. cit, p. 287).

[119]. El alumbramiento de Dios en el alma, que ocurre en el recogimiento pasivo, es del dominio del "no pensamiento"; no se consigue *"por el trabajo del entendimiento, esforzándose en pensar en Dios dentro de uno mismo, ni por el de la imaginación representándole en uno mismo"* (Santa Teresa de Ávila, *Castillo del alma*, 4ª Mor., Cap. 3); sino por la acción directa de la gracia divina. Es por ello que Santa Teresa la llama "oración sobrenatural": "*La oración de la que hablo es un recogimiento interior que se nota en el alma, y en la cual se diría que lleva en sí otros sentidos, análogos a los exteriores. Parece que quiera separarse de la agitación de los sentidos exteriores; incluso a veces los arrastra tras sí. Siente la necesidad de cerrar los ojos del cuerpo, hacer oídos sordos, la vista gorda, y dedicarse únicamente a lo que lo ocupa por completo; quiero decir, a esta conversación a solas con Dios. En este estado, los sentidos y los poderes no están bloqueados. Siguen siendo libres, pero para aplicarse a Dios"* (Obras, T. II). San Pablo lo recordaba ya con fuerza: "*El Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad, porque ni siquiera sabemos qué nos conviene pedir, pero el Espíritu mismo intercede con insistencia por nosotros, con gemidos inefables": '*quid oremus sicut oportet, nescimus, sed ipse spiritus postulat pro nobis jemitibus inenarrabilibus' (*Romanos*, VIII:26). En cuanto a Saint-Martin, en unas magníficas palabras a las que hay que estar atento, nos indica precisamente cómo debemos proceder para orar: "*¡Bienaventurado aquel que se llene de valentía y confianza, y sus males e iniquidades pasadas no le retrasen en su obra! Me preguntáis cuál es la manera de orar. ¿Acaso un enfermo pregunta de qué manera debe expresar sus males? Siempre manda al mal que se aleje de él, como si estuviera regenerado en sus poderes. Invoca siempre el bien, como si los favores supremos no te hubiesen abandonado. Ya no mires si eres impuro o si eres débil. No mires atrás, y no te prescribas otros planes que el de la perseverancia. Puedes, por tu tenacidad, recobrar lo que la bondad divina te había concedido por tu naturaleza. Di pues sin cesar: mando a la iniquidad que huya lejos de mí; mando a todos los auxilios naturales y espirituales que se reagrupen alrededor mío. Suplico a todos los elegidos puros que me lleven y me protejan. Me prosterno delante del único que puede restablecer todas mis relaciones. Cada una de sus palabras alumbra un universo; cada una de sus palabras puede colocar legiones de seres vivos alrededor mío, porque no habla en absoluto sin alumbrar la vida y expandirla en las almas que la buscan. Por desgracia, no podemos ungir el Señor con nuestra oración, como esta santa*

mujer que lo ungió con sus perfumes antes de su sepultura. Pero podemos hacer de modo que la estancia en la tumba le sea menos amarga" (*El Hombre de deseo,* § 87).

[120]. *"¡Pero cuántos signos alterados, engañosos y abominables se han apoderado del hombre! ¡Cuántas fuerzas falsas piensan en él, piensan por él y le hacen pensar, a su pesar! ¡Cuántas fuerzas falsas actúan en él, actúan por él y le hacen actuar, a su pesar! Sin embargo, éste es el ser por el que debía pasar toda la Divinidad, del que debía ser, al mismo tiempo, el pensamiento, la palabra y la obra; éste es el ser que es la piedra angular sobre la cual el Señor ha dicho que quería edificar su iglesia; éste es el ser que, a imitación del Reparador, del que es hermano, podía decir:* yo soy la luz del mundo *(Juan 8:12). En vez de cumplir un destino tan noble, su espíritu, su corazón y su alma, todo su ser es continuamente el órgano y el esclavo de los signos extraños que dirigen todos los movimientos. Es como esos reyes que tienen todas sus facultades concentradas y doblegadas y ya solo sirven de juguete perpetuo a las opiniones de sus apasionados ministros"* (*El Hombre Nuevo,* § 54).

[121]. Madame Guyon (1648-1717), que cogió esta sentencia de Santa Teresa de Ávila, tenía su expresión viva en gran favor: "*No hacer nada y dejar hacer".* Saint-Martin, por su parte - quien tuvo esta reflexión: "*es necesario que se haga su voluntad, y no la mía*" *(El Libro rojo), "Carnet de un joven élu cohen",* § 8 - *nos insta a nadar "continuamente en la oración como en un vasto océano", del que no se puede conocer "ni el fondo, ni los límites, en el que la inmensidad de las aguas… proporciona en cada instante un camino libre y sin inquietudes", y es entonces cuando, sin agitación estéril, sin esfuerzo tan inútil como vano, sin que siquiera nos preocupemos, "el Señor se apoderó del alma humana", "me uniré a Dios por la oración como la raíz de los árboles se une a la tierra. Anastomosaré mis venas con las venas de esta tierra viva, y viviré de ahora en adelante por la misma vida que ella. Nada continuamente en la oración como en un vasto océano, cuyo fondo ni bordes encuentras, y donde la inmensidad de las aguas te proporciona en cada instante un camino libre y sin inquietudes. Pronto el Señor se apoderó del alma humana. Entró en ella como un maestro poderoso en sus posesiones. Pronto saldrá de este país de esclavitud y de esta casa de servidumbre, donde sólo oye hablar lenguas extranjeras, y donde olvida su lengua materna; de esta tierra, donde incluso los venenos le son necesarios para arrancarlo de sus dolores; de esta tierra, donde vive tanto con el desorden, que sólo en el desorden puede encontrar su relación y su análogo"* (*El Hombre de deseo,* § 251). A propósito de Madame Guyon, Saint-Martin declaraba a Kirchberger no haberla leído: *"Creo, como usted, señor, que la Sabiduría divina se sirve de agentes y de virtudes para hacer oír su verbo en su interior; debemos recibir por lo tanto con cuidado todo lo que se dice en nosotros. Madame Guyon, de la que me habla usted, escribió bien esto, según dicen, puesto que no la he leído"* (Saint-Martin, *Carta a Kirchberger,* 12 de julio de 1792). A lo que contestó Kirchberger, demostrando una gran cercanía entre el pensamiento de Saint-Martin y el de Madame Guyon: "*Le he hablado de las obras de Madame Guyon, sin las cuales creo que no me hubiese sido posible comprender varios pasajes de "De los Errores y de la Verdad", y del "Cuadro natural". Es más destacable en cuanto que usted no la ha leído. Es más, hay una conformidad perfecta entre la explicación importante del Cuadro de Elías, pág. 7 y 8, tomo II del "Cuadro natural", y varios pasajes de Madame Guyon. He aquí cómo se explica el Cuadro natural: 'Cuando Elías estaba sobre la montaña, reconoció que el Dios del hombre no se encontraba ni en un viento violento, ni en el temblor de tierra, ni en el fuego grosero y devastador, sino en un viento suave y ligero que anunciaba la calma y la paz de las que la Sabiduría llena todos los lugares a los que se acerca; y, en efecto, es una señal de las más seguras para distinguir la verdad de la mentira'. Ahora bien, esto es el resumen de todo lo que madame Guyon dice de la instrucción de Elías. La misma conformidad existe en otros puntos esenciales entre madame Guyon y Jakob Böhme. La semejanza me llamó tanto más la atención en cuanto que moralmente estoy seguro de que madame Guyon nunca supo ni una palabra de alemán, y que es imposible que nuestro*

amigo Böhme haya podido leer a madame Guyon, ya que ella nació unos veinte años después de nuestro filósofo teutónico. Hay personas para las que la lectura de las obras teosóficos sería un alimento demasiado fuerte, a las que se podría, si se presentara la ocasión, comunicar las obras de madame Guyon para hacer que amen el espíritu del cristianismo…" (Kirchberger*, Carta a Saint-Martin,* 25 de julio de 1792). La reflexión de Saint-Martin un mes más tarde, a raíz de esta carta de Kirchberger es edificante*: "No se sorprenda en absoluto, señor, por las similitudes que percibe entre mis ideas y las de madame G. [Guyon], igual que entre las suyas y las de nuestro amigo B. [Böhme]. La verdad es sólo una, su lengua sólo una, y todos los que andan en esta carrera dicen todos lo mismo sin conocerse y sin verse, aunque unos dicen mucho más o menos cosas que los demás, según más o menos el camino que hayan recorrido. Tome por ejemplo nuestras Escrituras; uno ve por todas partes la misma idea y la misma doctrina a pesar de la diversidad del tiempo y de los lugares donde vivieron los escritores sagrados"* (Saint-Martin*, Carta a Kirchberger,* 25 de agosto de 1792).

[122]. El tema de la "espera de Dios", que fue desarrollado principalmente en el siglo XVII por Alexander Paker (1628-1689), miembro de la "Sociedad de los amigos" - movimiento fundado por George Fox (1624-1691), quien hizo de ello el mismo objeto de su práctica espiritual fundada en la atención a la "Luz Interior", y fue bautizado por sus detractores como "el temblor" durante las reuniones de espera silenciosa de Dios, de ahí el nombre de Quarkers (tembladores) -, quien declaró : "espera a Dios, como si nadie más estuviera presente sino el Señor", se encuentra en numerosos lugares de la Escritura, en particular en Isaías: *"mientras que a los que esperan en Yahveh él les renovará el vigor, subirán con alas como de águilas, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse"* (Isaías XL:31). Encontramos igualmente este tema, cercano al de la "esperanza" en el Eterno y de su "escucha" en otros pasajes distintos: "*Vino Yahveh, se paró y llamó como las veces anteriores «¡Samuel, Samuel!» Respondió Samuel: «¡Habla, que tu siervo escucha! »"* (I Samuel, III:10). *"No hay confusión para el que espera en ti, confusión sólo para el que traiciona sin motivo"* (Salmos XXV:3). *"Calle toda carne delante del SEÑOR, porque Él se ha levantado de su santa morada"* (Zacarías II:13). Referente a "*la escucha interior*", señalemos este magnífico extracto del Maestro Eckhart (1260-1329): "*Quien ha de escuchar la eterna Sabiduría del Padre, tiene que hallarse adentro y estar en su casa y ser una sola cosa, luego podrá escuchar la eterna Sabiduría del Padre. Son tres las cosas que nos impiden escuchar la palabra eterna. La primera la corporalidad, la segunda la multiplicidad, la tercera la temporalidad. Si el hombre hubiera avanzado más allá de estas tres cosas, viviría en la eternidad y viviría en el espíritu, y viviría en la unidad y en el desierto, y allí escucharía la palabra eterna. […] Lo mismo que escucha, es lo mismo que es escuchado en la Palabra eterna. Todo cuanto enseña el Padre eterno, es su esencia y su naturaleza y su entera divinidad; esto nos lo revela todo a la vez en su Hijo unigénito y nos enseña que somos el mismo hijo"* (Maestro Eckhart*, Tratados y Sermones,* Traducción, introducción, notas e índice de Alain de Libera, GF-Flammarion, 3ª edicición, 1995, Sermón nº 12, pp. 295-296).

[123]. Ver sobre este tema esencial del alumbramiento interior: J.M. Vivenza: "*La oración del corazón según Louis-Claude de Saint-Martin",* Cap. V: *"El sublime abandono",* Arma Artis, 2007.

[124]. *"Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido*" (I Corintios, XIII:12).

[125]. La gracia es esencialmente gratuita, y no tenemos en absoluto derecho a ella, por nuestro estado corrompido: como dice San Agustín, "*somos mendigos con respecto a Dios, y debemos implorar de su*

misericordia lo que no podemos conseguir en justicia". Además, es así como oraba Abraham, quien, en presencia de Dios, se miraba únicamente como miserable polvo y ceniza: "*Loquar ad Dominum deum, cum sim pulvis y cinis*" (Génesis XVIII:27)*;* de igual manera rezaba Daniel, cuando imploraba la liberación del pueblo judío, basándose, no evidentemente sobre los méritos, sino sobre la abundancia de la misericordia divina: "*Neque enim in justificationibus nostris prosternimus preces ante faciem tuam, sed in miserationibus tuis multis"* (Daniel IX:18); por último así es como rezaba el publicano que fue colmado: "*Deus, propitius esto mihi peccatori"* (Lucas XVIII:13).

[126]. Sobre el abandono del alma a Dios, Kirchberger responderá a Saint-Martin: "*nuestro espíritu adquiere sus propias medidas, a mi parecer, cuando ya no vivimos nuestra propia vida sino que el verbo Vive en nosotros en toda su plenitud, absorbe todas nuestras facultades, nuestro espíritu se pierde, por así decirlo, en el suyo. Es este el grado más elevado que el hombre puede alcanzar al que podemos llamar consumación en unidad. Entonces, ya no somos los que actuamos, sino que es el Creador quien actúa por nosotros, quien manda a los elementos. Que este estado apostólico sea aún posible en nuestro tiempo, eso no lo dudo un solo instante; no sólo la razón sino también la experiencia nos lo demuestran"* (Kirchberger*, Carta a Saint-Martin,* 25 de julio de 1792).

[127]. San Juan de la Cruz (1542-1591), el doctor de la "noche oscura", explica con precisión el camino que debe emprender el alma en la noche del espíritu con el fin de ser transformada en Dios:

"*Digo pues que el alma, para haberse de guiar por la fe a este estado, no sólo ha de quedar a oscuras según aquella parte que tiene respecto a las criaturas y a lo temporal, que es la sensitiva e inferior de que hemos ya tratado, sino que también se ha de cegar y oscurecer según la parte que tiene respecto a Dios y a lo espiritual, que es la parte racional y superior, de que ahora vamos tratando. Porque, para venir un alma a llegar a la transformación sobrenatural, claro está que ha de oscurecerse y transponerse a todo lo que contiene su natural, que es sensitivo y racional; porque sobrenatural quiere decir que sube sobre lo natural; luego lo natural abajo queda.*

Porque, como quiera que esta transformación y unión es cosa que no puede caer en sentido y habilidad humana, ha de vaciarse de todo lo que puede caer en ella perfecta y voluntariamente, ahora sea de arriba, ahora de abajo, según el afecto, digo, y voluntad, en cuanto a lo que es de su parte; porque a Dios, ¿quién le quitará que él no haga lo que quisiere en el alma resignada, aniquilada y desnuda? Pero de todo se ha de vaciar como sea cosa que puede caer en su capacidad, de manera que, aunque más cosas sobrenaturales vaya teniendo, siempre se ha de quedar como desnuda de ellas y a oscuras, así como el ciego, arrimándose a cosas de las que entiende, gusta, siente e imagina. Porque todo aquello es tiniebla, que la hará errar; y la fe es sobre todo aquel entender y gustar y sentir e imaginar. Y si en esto no se ciega, quedándose a oscuras totalmente, no viene a lo que es más, que es lo que enseña la fe" (S. Juan de la Cruz*, Subida del Monte Carmelo*, Lib II, cap IV).

[128]. Louis-Claude de Saint-Martin, *La Oración*, in *Obras Póstumas*, reedición Collection Martiniste, *El Templo del Corazón*, Difusión rosacruz, 2001, p. 63.

[129]. *"Él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia*" (Colosenses I:17). *"Más todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu"* (IIª Corintios III:18); *"*Imagen*"*, es decir*: "La imagen del Dios invisible"* (*imago Dei invisibilis-* εικων του Θεου του ορατου) (Colosenses I:15); *"la figura de su sustancia (figura sustaciae ejus –*

χαρακτηρ τησ υποστασεωσ) – i.e. *de la sustancia de Dios Padre)* (Hebreos I:3). La idea de la identidad entre imagen y sustancia se desarrolló notablemente con el Maestro Eckhart, en *La mística renana "El intelecto del alma es lo más elevado que el alma tiene. Cuando se fija en Dios, es guiado por el Espíritu Santo por la Imagen (a) y se une a ella. Y con la Imagen y el Espíritu Santo, es guiado e introducido en el Fondo (El Seno del Padre)"* (Maestro Eckhart, in *La mística renana, Seuil, 1994,* pp. 268-269). Del mismo modo en San Juan de la Cruz "*El Espíritu Santo, por su forma de aspirar según esta aspiración divina, eleva muy alto al alma y la informa a fin de que aspire a Dios la misma aspiración del amor que el Padre aspira al Hijo y el Hijo al Padre, que es el mismo Santo Espíritu, el cual aspira en ella la susodicha transformación"* (Cántico espiritual, str, XXXIX, v. I). "*Está dando a Dios al mismo Dios en Dios*" (Llama de Amor viva, str. II, v 6).

[130]. *"Sin nuestros deseos no podemos conseguir nada; pero nuestros deseos deben centrarse exclusivamente en nuestra unión con Dios, y en el cumplimiento de su voluntad. Luego, cuando crea conveniente servirse de nosotros o concedernos algún favor, no está limitado en cuanto a los medios. De esta forma, sólo debemos preocuparnos por esos medios"* (Saint-Martin*, Carta a Kirchberger,* 28 de noviembre de 1795).

[131]. *N. A. Kirchberger de Liebisdorf, carta a Louis-Claude de Saint-Martin, nº 114, 1797, in Correspondencia inédita de Louis-Claude de Saint-Martin, el Filósofo Desconocido, y Kirchberger, barón de Liebistorf, Miembro del Consejo Soberano de la República de Berna, del 22 de mayo de 1792 al 7 de noviembre de 1797,* según la edición de L. Schauer y A. Chuquet, París, E. Dentu, 1862. Es en el palacio de la duquesa de Bourbon donde Saint-Martin conoció al Barón de Kirchberger de Liebisdorf (1739-1798), miembro del Consejo soberano de Berna, con una mente curiosa e iluminada, llena de teosofía y doctrinas del iluminismo, además admirador sincero de los escritos del Filósofo Desconocido. Entablaron inmediatamente una amistad y tuvieron desde entonces una importante correspondencia, de la que la primera carta de Kirchberger, fechada el 28 de mayo de 1792, nos da un testimonio significativo: "*Creo que he adivinado lo que usted entiende por* 'Causa activa e inteligente', y entendido el sentido de la palabra 'Virtudes'*. La primera es la verdad por excelencia, pero es el conocimiento físico, conocimiento que no está sujeto a ninguna ilusión, lo cual me parece el gran nudo de la obra 'De los Errores y de la Verdad'. (…) ¿Cómo llegar con certeza a este conocimiento físico de la Causa activa e inteligente?"*

[132]. Blaise Pascal*, Pensamientos,* frag. [690], 1670.

[133]. *Cornelio Jansen (1585-1638), Jansenius, consideraba justamente a San Agustín como "el que más ha penetrado en los repliegues más ocultos del corazón del hombre, y en los movimientos más secretos y más imperceptibles de las pasiones"* (Cornelius Jansenius*, Discurso de la reforma del hombre interior,* 1642). De la idea de la corrupción radical del hombre, Juan Calvino (1509-1564) hizo de ella uno de los temas importantes de su teología: *"la dominación del pecado es completa hasta tal punto que los hombres son empujados a cometer el mal (…). Desde que el pecado ha ocasionado su caída, el hombre es corrompido en su naturaleza y sometido al pecado. La distancia entre Dios y el hombre es infinita mientras la criatura está radicalmente corrompida desde el pecado original: la imagen de Dios es destruida en ella. El hombre vive bajo el reino de la ley de Dios, signo de una decadencia de la que no puede salir por sí mismo. Sólo le queda alabar a Dios y arrepentirse, es decir, el reconocimiento de su nada y dependencia de Dios. Somos pobres pecadores, concebidos y nacidos en la iniquidad y la*

corrupción, proclives al mal, incapaces de todo bien, y en nuestra depravación, transgredimos los santos mandamientos de Dios sin cesar y sin fin” (Institución de la religión cristiana, Ginebra, 1541).

Anotemos que, del mismo modo, Pascal, gran lector de San Agustín, también estaba convencido del estado de corrupción ontológica de la criatura, y afirmaba: “*El corazón del hombre está vació y lleno de basura”* (*Pensamientos,* frag. [171]), *o más aún: “nada le es tan insoportable al hombre que estar en pleno reposo […] Siente entonces su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacío. Incontinente, sacará del fondo de su alma el aburrimiento, la negrura, la tristeza, el pesar, el despecho, la desesperación”* (*Ibíd.,* frag. [515]). Pero Saint-Martin, quien con evidencia se inscribe en la perspectiva de esta corriente agustiniana, tampoco se queda corto sobre la cuestión de la miseria del hombre y las lágrimas de sus oraciones. Entre muchos otros escritos comparables, merece figurar en la antología de las más desgarradoras imploraciones que los seres espirituales dirigen a Dios: “*Señor, ¡cómo puedo atreverme a contemplarme un solo instante sin estremecerme de horror por mi miseria! Habito en medio de mis propias iniquidades que son fruto de mis abusos de todo género, y que se han convertido en mi vestimenta; abuso de todas mis leyes, abuso de mi alma, abuso de mi espíritu, abusé y abuso diariamente de todas las gracias que tu amor no cesa diariamente de verter sobre tu ingrata e infiel criatura. Es a ti a quien todo le debo ofrecer y sacrificar, y nada debo ofrecer al tiempo que está ante tus ojos, como los ídolos, sin vida ni inteligencia, y sin embargo no ceso de ofrecerlo todo al tiempo, y nada a ti; y por ello me precipito por anticipado en el horrible abismo de la confusión que sólo se ocupa del culto de los ídolos, donde tu nombre no se conoce. Hago como los insensatos y los ignorantes del siglo que emplean todos sus esfuerzos para aniquilar las temibles decisiones de la justicia, y hacer de manera que esta tierra de prueba que habitamos no sea a sus ojos una tierra de angustia, trabajo y dolor. Dios de paz, Dios de verdad, si la confesión de mis culpas no es suficiente para que me las perdones, acuérdate de aquel que ha querido cargar con ellas y lavarlas en la sangre de su cuerpo, de su espíritu y de su amor; él las ha disipado y borrado, desde que se ha dignado acercar su palabra. Como el fuego consume todas las substancias materiales e impuras, y como este fuego, que es su imagen, vuelve hacia ti con su inalterable pureza, sin conservar ninguna huella de las manchas de la tierra. Es solamente en él y por él que puede hacerse la obra de mi purificación y renacimiento; es por él que tú quieres operar nuestra curación y salvación, para que empleando los ojos de su amor que todo lo purifica, no veas en el hombre nada de informe, y sólo veas esta chispa divina que a ti se asemeja y que tu santo ardor atrae perpetuamente a ella como una propiedad de tu divino origen. No, Señor, tú sólo puedes contemplar lo que es verdadero y puro como tú; el mal es inaccesible a tu vista suprema. He ahí por qué el hombre malvado es como el ser del que tú no te acuerdas, y tus ojos no saben ver, puesto que ya no tiene relación contigo; y sin embargo es ahí en este abismo de horror donde no temo tener mi morada. No hay otra alternativa posible para el hombre; si no está perpetuamente sumergido en el abismo de tu misericordia, está en el abismo del pecado y la miseria que lo inunda; pero también, apenas aparta su corazón y su mirada de este abismo de iniquidad, vuelve a encontrar este océano de misericordia en el que haces nacer a todas tus criaturas. Es por lo que me prosternaré ante ti en mi vergüenza y en el sentimiento de mi oprobio; el fuego de mi dolor desecará en mí el abismo de mi iniquidad, y entonces ya sólo existirá para mí el reino eterno de tu misericordi*a” (Plegaria nº 4).

[134]. *“Está claro que desde la caída no tenemos nada, y por lo tanto es necesario que todo nos sea dado; después, hemos abusado de todo y seguimos abusando todos los días, creyéndonos grandes doctores, sobre todo, en nuestras tenebrosas academias; porque nuestra cualidad eminente es la de abusadores; y desde Adán, no hemos hecho otra cosa”* (Saint-Martin, *Carta de Kirchberger*, el 11 de julio de 1796).

[135]. Saint-Martin*, carta a Louis-Gabriel Lanjuinais,* 11 de septiembre de 1803*,* in *La Initiation, octubre-diciembre de 1961, p. 173.*

[136]. Según Santo Tomás, *"Dios naturalmente está en las criaturas de tres maneras diferentes: por su poder, en el sentido de que todas las criaturas están sometidas a su reino; por su presencia, en el sentido de que lo ve todo, hasta en los pensamientos más secretos de nuestra alma, "omnia nuda et aperta sunt oculis ejus"; por su esencia, ya que actúa por todas partes y por todas partes es la plenitud del ser y la causa primera de todo lo real en las criaturas, les comunica sin cesar no sólo el movimiento y la vida, sino también el mismo ser"* (Act. XVII, 28). Pero su presencia en nosotros por la gracia es de un orden muy superior y más íntimo. No es sólo la presencia del Creador y del Conservador la que sostiene los seres que ha creado, sino que es la presencia de la Muy Santa y Muy adorable Trinidad tal y como nos la revela la fe: el padre desciende en nosotros y sigue engendrando su Verbo, con él recibimos al Hijo, perfectamente igual que el Padre, su imagen viva y sustancial, que no cesa de amar infinitamente a su Padre, como es amado a su vez; de este mutuo amor nace el Espíritu Santo, persona igual al Padre y al Hijo, unión mutua entre ambos, y sin embargo distinto tanto del uno como del otro. ¡Cuántas maravillas se renuevan en un alma en estado de gracia! Lo que caracteriza esta presencia es que Dios está no sólo en nosotros, sino que se da a nosotros para que podamos gozar de él. Según el lenguaje de los Libros santos podemos decir que, por la gracia, Dios se da a nosotros como padre, como amigo, como colaborador, como santificador, y así es verdaderamente el mismo principio de nuestra vida interior, su causa eficiente y ejemplar. En el orden de la naturaleza, Dios está en nosotros como el creador y soberano maestro, y solo somos sus servidores, su propiedad, su cosa. Pero, en el orden de la gracia, se entrega a nosotros como Padre, y nosotros somos sus hijos adoptivos; maravilloso privilegio que es la base de nuestra vida sobrenatural. Es lo que repite constantemente San Pablo y San Juan*: "Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus Abba (Pater). Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei*" (Rom, VII, 15-16). Dios nos adopta como sus hijos, y eso de manera mucho más perfecta que los hombres lo hacen con la adopción legal. Sin duda pueden transmitir a sus hijos adoptivos su nombre y sus bienes, pero no así su sangre y su vida. *"La adopción legal, dijo con razón el cardenal Mercier (la Vida interior, ed. 1909, p. 405), es una ficción. El niño adoptado es considerado por sus padres adoptivos como si fuera su hijo y recibe de ellos la herencia a la que hubiera tenido derecho el fruto de su unión; la sociedad reconoce esta ficción y sanciona sus efectos; sin embargo, el objeto de la ficción no se transforma en realidad… La gracia de la adopción divina no es una ficción… es una realidad. Dios concede a los que tienen fe en su Verbo la filiación divina, dijo San Juan: "Dedit eis potestatem filios Dei fieri, qui credunt in nomine ejus" (Joan, I, 12). Esta filiación no es nominativa, es efectiva:* "*Ut filii Dei nominemur et simus*". *Entramos en posesión de la naturaleza divina*, "divinae cosortes naturae" (Tanquerey, *Compendiun de teología ascética y mística*, Libro I, I, 1º, 92-93 A).

[137]. Si pudiéramos dudar aún, a pesar de las vigorosas quejas expuestas ya (ref. infra: 3*. Razones de la distancia de Saint-Martin con la Iglesia visible y su sacerdocio*, Cap IV. "El sacerdocio humano ha mancillado la vía de la gracia"), de la aplastante responsabilidad de los falsos maestros - a los que pertenecen, y en buen lugar, los sacerdotes - en el extravío general y alejamiento de las almas del "punto central" dispensador de luz al precipitar a las multitudes en las tinieblas de la confusión, esas líneas no menos intransigentes de Saint-Martin, anunciando un arrepentimiento que colocará a los clérigos bajo un poder donde sentirán dolorosamente la vergüenza y la desesperación, serían de la naturaleza de recordarnos las severas *advertencias dadas* ya: "*¡Hay de vosotros, instructores humanos, ¡cuánto os arrepentiréis algún día de haber engañado a las almas llevándolas por vías inseguras, imaginarias e ilusorias que les habrán proporcionado una calma engañosa, proporcionándoles alegrías*

externas y comunicándoles las sombras de verdades que les habrán impedido trabajar por la renovación del centro de su ser! Todas vuestras asociaciones emblemáticas no les habrán comunicado en absoluto la vida, puesto que ellas mismas no la tienen. Vuestras asociaciones prácticas les habrán sido todavía más funestas, si no es el espíritu el que les haya convocado, reunido, constituido y santificado con sus lágrimas y las oraciones de su dolor; ¿y dónde están estas asociaciones que nos serían saludables? Sí, instructores ciegos, ignorantes o que presumís demasiado de sus fuerzas y de sus luces, os arrepentiréis algún día de haber abusado de las almas. No era suficiente que, como efecto del crimen primitivo, estuviesen bajo el dominio del septenario temporal que las distrae y las desvía continuamente de la sencillez de su trayectoria, sino que además las habréis atraído hacia el exterior por todas vuestras imágenes y símbolos, y hasta es posible que acabéis separándolas completamente, alejándolas completamente de este punto central e invisible que es el único lugar de encuentro que tenemos aquí abajo en nuestras tinieblas. Porque el alma mal dirigida encuentra aún más obstáculos, y se aísla más de este septenario temporal: es lo que hace que por nuestra fuerza y por nuestra impaciente potencia, hagamos nosotros mismos nuestra existencia cien veces más desgraciada que la de las bestias. Entonces vosotros mismos permaneceréis bajo el dominio de este septenario temporal, hasta que las almas que hayáis extraviado puedan recobrar su propio centro particular, a fin de que luego puedan recobrar su centro general: y os estremeceréis de vergüenza y de desesperación, mientras que, si hubieseis tenido más confianza en el espíritu, hubieseis reconocido que no necesitaba de vuestros medios ficticios y desviados para expandirse; y que si hubieseis ido de buena fe, hubieseis dicho que hacía falta comenzar por buscar vosotros mismos tener el espíritu, antes de intentar guiar a los demás a un espíritu que vosotros mismos no teníais" (*El Hombre Nuevo*, § 7).

[138]. La segunda epístola de Pablo a Timoteo anunciaba la ruina de la Iglesia terrestre: "*Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades; apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas"* (2ª Timoteo IV:3-4). Es esta ruina, caracterizada por el rechazo de la *santa doctrina*, de la que se hace eco Saint-Martin: "*Pastores de las almas, que habéis extraviado a vuestras ovejas en vez de llevarlas a los pastos; pastores de las almas, que las habéis hecho devorar por el león feroz, o las habéis transformado vosotros mismos en lobos carnívoros; sabios de la tierra, que habéis sido demasiado sensibles a la atracción de la falsa luz; ricos del mundo que habéis desviado la mirada del pobre y os habéis estremecido tanto por miedo a pareceros a él; porque no sabéis dar la limosna sin orgullo, no sabríais recibirla sin humillación: venid aquí a aprender vuestro destino; porque los gérmenes corrompidos que habéis sembrado en vosotros han penetrado hasta la tierra virgen; ésta es la razón por la que sus frutos son tan amargos.*

El anciano es poseído por el espíritu y llevado a los lugares subterráneos. Una sala inmensa se ofrece a su vista; está magníficamente adornada. Unos ministros de la iglesia, grandes personalidades, un grupo importante de hombres y mujeres están sentados alrededor y están vestidos con ropa cubierta de oro y piedras preciosas.

- ¿Qué estáis haciendo así colocados e inmóviles…? No responderán nunca.

- ¿Qué estáis haciendo así colocados e inmóviles…? Menean la cabeza con un aspecto triste y no responden.

- ¿Qué estáis haciendo así colocados e inmóviles…? No contestan; pero con un movimiento común, todos abren su ropa y dejan ver sus cuerpos roídos por los gusanos y las úlceras.

El horror de este espectáculo asusta al viejo; el olor infecto de sus llagas lo sofoca; el espíritu lo deja bañado por las lágrimas y le ordena que advierta a aquellos de sus hermanos que están todavía en la casa de su Padre" (*El Hombre de Deseo*, § 83).

[139]. *"Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, compartían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar"* (Hechos II:46-47).

[140]. *"El hombre es depositario de siete potencias sacramentales que son los canales de la vida del espíritu"* (*El Hombre Nuevo,* § 57).

[141]. *"Los principados y las potencias que están en los cielos conocen por la Iglesia la Sabiduría de Dios"* (*El Hombre de Deseo,* § 43).

[142]. *"Esas serán las funciones del recién nacido, al que el espíritu acaba de alumbrar; porque su ministerio se expandirá en el cuaternario; así como el hombre tendrá que dedicarse a las funciones Divinas en el ángulo de Oriente, a las funciones espirituales en el ángulo del Norte, a las funciones del orden mixto en el ángulo de Occidente, y a las funciones de la justicia, del combate y del juicio en el ángulo del Sur. Después, volverá sobre sus pasos para purificar y santificar nuevamente las regiones y dar a conocer sus triunfos y volver a rendir homenaje al universal triunfador, sin el cual no habría ningún conquistador"* (*El Hombre Nuevo,* § 12).

[143]. *"Como base del edificio, contémplate pues con exultación y alegría; esmérate sin parar en penetrarte con el óleo de alegría que las siete columnas no dejan de hacer llegar hasta ti; todos los frutos que producirás expandirán la vida, la fuerza, la santidad. Es necesario que produzcas todos estos frutos sin parar, porque las siete columnas te traen sin parar la savia reproductiva, y sin parar el supremo autor de los seres distribuye esta savia siempre nueva a estas siete columnas encargadas de transmitírtela. No es para el cultivo terrestre donde el círculo de los tiempos debe girar muchas veces sobre las semillas de la tierra, antes de que pueda recompensar los cuidados del labrador; hace falta que este círculo de los tiempos se haga imperceptible para ti y que en todo momento demuestres tu fertilidad, porque en todo momento tu región está amenazada por la penuria"* (*El Hombre Nuevo,* § 19).

[144]. *"Son estos tiempos silenciosos y gobernados por la prudencia y el retiro los que predisponen al hombre a cumplir con su misión algún día con éxito, para la gloria de su señor, para el beneficio de sus propios hermanos y para el avance del Reino del Señor, llenándose de esta manera cada día con las fuerzas necesarias para ir a atacar a los enemigos de la verdad y hundirlos en sus tenebrosos precipicios. De esta forma, San Lucas nos enseña que el Reparador, esperando la hora de la consumación, se pasaba los días en oración y en los desiertos; también Moisés, a quien debemos ver como uno de los precursores del Divino Reparador, se pasaba los días en los desiertos de Madián hasta el momento en que recibió el mandato del Señor para ir a liberar a sus hermanos y pedir al Faraón que dejara ir al pueblo de Dios en libertad, con el fin de que pudiera ofrecer sus sacrificios al Eterno"* (*El Hombre Nuevo,* § 19).

LAS ESCRITURAS MÁGICAS
Entre el Ángel y el Hombre

Por Gilles Le Pape[2]

EL PAISAJE ANGÉLICO

La vocación primera de las escrituras mágicas es la de establecer o desarrollar una unión con el mundo de lo alto. En lo que concierne a su más noble aspecto, pero también el más sofisticado, aquél que ocupa a magos[3] como Martinez de Pasqually, esas escrituras se reducen a la teúrgia.

Ahora bien, la teúrgia es una llamada a la intercesión de las entidades angélicas, y San Bernardo ya justifica el ritual del mago, precisando a propósito de los ángeles que son “nuestros servidores y no nuestros Maestros”[4]. También dice, detallando el rol de los ángeles, que “sus alegrías son subir y descender, suben para ellos y descienden por nosotros”. No obstante, la historia de los ángeles y de los demonios, que en otro tiempo, constituyeron un capítulo importante en el relato de la Creación, se encuentra, por así decir, borrada hoy en día de la comunicación de la Iglesia. Ángeles y demonios están obligados, substraídos al hilo de las revisiones de los rituales y catecismos, a ese punto en que en lo cotidiano tienden a hacerse muy discretos. Tanto es así, que la misma lista de los coros angélicos, después del Vaticano II, tiende a eliminarse para ser reemplazada por el principio de la plegaria eucarística, por ejemplo, por lacónicas fórmulas como: “*las potencias de lo alto*” o “*los espíritus bienhechores*”. Los ángeles desaparecen algunas ves por completo de los rituales, como es el caso del prefacio en la dedicatoria (consagración[5]). Parece por tanto oportuno recordar que la palabra ángel (en hebreo malâkh, en griego *Angelos* o en latín *Angelus*), tiene su origen en el griego *aggelos*, mensajero; y se refiere a la noción aún más precisa de mensajero de Dios, explicando por sí misma su sentido y misión, como la de un comunicante entre dos mundos. La palabra “demon” se entiende aquí, en el sentido corriente del término y no en el sentido griego de *daimon*, tal y como es utilizada en la traducción de los Setenta, donde éste no es ningún malhechor en

---

[2] Extracto de su obra “Las escrituras mágicas – *Las fuentes del Registro de los 2.400 nombres de ángeles y arcángeles de Martines de Pasqually*”, Ediciones Archè, 2006. Esta obra es una tesis doctoral presentada por el autor, por sugerencia de Antoine Favre, en la Escuela Práctica de Altos Estudios de París (Sección de Ciencias Religiosas). El contenido traducido aquí incluye la casi totalidad de la 1ª Parte (pp. 33-70).

[3] El autor utiliza indistintamente el término mago y teúrgo, estableciendo una identidad con la que no estamos de acuerdo. Como bien aclara Jean-Marc Vivenza (en su obra *Los Élus Cohen y el RER*), en lo que respecta al “*culto primitivo que transmitió Martines de Pasqually, este no es de naturaleza “mágica”, es esencialmente, por los cuatro tiempos que lo constituyen, ahora que desde el crimen de Adán nos encontramos absolutamente todos marcados por la falta y el pecado, un culto de expiación, de purificación, de reconciliación y de santificación*” […] “*…digámoslo vehementemente, si bien los ritos, instrucciones y catecismos de la Orden de los Élus Cohen contienen efectivamente elementos recogidos de cierta corriente en el interior de la cual Cornelius Agrippa ocupa un lugar para nada desdeñable, sin embargo de ninguna manera el objetivo, y decimos claramente el “objetivo” de las operaciones enseñadas por Martines, es decir, el objetivo pretendido y entrevisto por los Réaux-Croix, no es del dominio de la magia, ni angélica, ni divina. Las operaciones en la cúspide de la Orden, y es importantísimo insistir en ello, debido a que el asunto es central, están subordinadas a la manifestación de “la Chose”, que no es más que la Santa Presencia de Jesús Cristo*”. (N. del T.).

[4] Página 173, comentando a Juan 1: 51, en *Sermones sobre el Salmo XC* (1681); también página 165.

[5] Cf. “La Liturgia Eucarística” Desclée / Mame, París, 1984, p. 82.

absoluto, a imagen del demonio de Sócrates, una especie de fuente de inspiración que mora en aquél que es "poseído". Su función de mensajero se refiere por lo tanto a su ministerio. El ángel tiene por misión llevar y revelar las órdenes de Dios a los hombres: "Porque todos los ángeles son espíritus al servicio de Dios, enviados en ayuda de quienes han de recibir en herencia la salvación" (Pablo, hebreos 1:14). El cristianismo es en efecto la única religión determinada por un Dios oculto[6] cuya existencia se le formula al hombre como una pregunta, y no como una evidencia. En tanto que oculto, Dios no se desplaza, pero utiliza mensajeros con el fin de comunicarse con su creación. Esta forma de proceder implica, por tanto, para toda teofanía, una angelofanía (Génesis 28:12), como lo muestra tan brillantemente Henry Corbin en su "*Necesidad de la Angelología*"[7], uniendo de forma indisociable angeología y profetología. Corbin demuestra claramente, en algunas páginas realmente solemnes, que "el monoteísmo es imposible sin la angelología". Mediador por definición, el ángel es por tanto necesario, siendo el objeto mismo del mesocosmos.

Mediador, mensajero o intermediario, esa forma tautológica siempre expresa la misma necesidad de un modo de transmisión de la información entre las dos partes, en donde el ángel es la herramienta única e indeformable de nuestros intercambios. Aún más, la multitud de ángeles representa una multitud de espejos que reflejan y concentran a su alrededor las virtudes de Dios, especialmente en el brillante espíritu del Renacimiento.

Su naturaleza resulta más delicada de definir, presentándose generalmente como de una substancia espiritual, inteligente, la primera en dignidad entre las criaturas. Esta puede ser en una amplia aproximación la definición de la naturaleza angélica. Pero los Padres de la Iglesia estuvieron divididos, pues no es una cuestión de fe que los Ángeles sean espíritus puros, de hecho ningún Concilio general lo ha determinado *exprofeso*, al igual que tampoco es una cuestión de fe que los ángeles hayan sido creados en un estado de gracia. Ciertos teólogos enseñan que han sido creados en una especie de Justicia natural siendo a continuación elevados al estado de gracia, aunque esta opinión es muy contestada. Este dominio resulta tan impreciso que ningún Concilio ha definido la existencia de los Ángeles Guardianes, aunque esta tradición sea universal y "*negarla es, si no una herejía, un error*", como lo precisa el reputado *Diccionario de Teología Dogmática*[8].

Tertuliano, Orígenes o Clemente de Alejandría les reconocen un cuerpo muy sutil, mientras que Basilio, Atanasio, Cirilo, Gregorio de Niza o Juan Crisóstomo los ven como siendo seres puramente espirituales. Las Escrituras atestiguan que el ángel está corporizado[9] y esto se haya muy asentado en los textos apócrifos, especialmente en el *Libro de Henoch*. No obstante, se puede pensar que si son espíritus, no son puros espíritus, porque siguiendo la opinión de Orígenes sólo Dios lo es, sólo Dios es incorporal. Se encuentran por tanto implicados en la materia, bien por naturaleza u ocasionalmente, ya que a menudo aparecen de hecho en las operaciones realizadas por el mago. Siguiendo este razonamiento, no existe ningún alma creada que esté totalmente desprovista de un cuerpo, y esta importante idea en el universo del mago

[6] Entre otros, Éxodo 33:20: "Tú no puedes ver mi cara, pues el hombre no podría verme y vivir".
[7] En *El ángel y el hombre*, pp. 21-25.
[8] T. 1 (en el nombre: Ángel) BnF: A[2] Migne[34] (Usuels). Ver también nota al pie de página sobre el Ángel Guardián *infra*: Statut Conciliaire et Gen. 48:16; Mat. 18:10; Ac. 12:15.
[9] Cf. Lc. 2:9-10; Ac. 7:30.

será perpetuada por el franciscano Buenaventura y los filósofos de la Naturaleza: Dios aparte, no hay forma de puro espíritu[10].

El sistema angélico de los apócrifos es, de hecho, muy antropomórfico, representando los ángeles las virtudes de Dios. Se recuerda que ciertos ángeles han caído, diablos o demonios, y que este dogma se encuentra fundamentado en la epístola de Judas (versículo 6) y en la segunda epístola de Pedro (2:4)[11]. No obstante, los demonios son parte integrante de la creación, y si combaten el orden establecido por Dios, aún siguen estando comprendidos en dicho orden, asimilados a esa misma creación. Así que en los infiernos permanecen entidades angélicas queridas por Dios en este todo indisociable que es la creación.

El papa Inocencio III precisa en el IVº Concilio de Letrán de 1215 que los ángeles han sido creados de la nada. Pero si han salido de la nada ¿a cuándo se remonta dicha creación? Esta cuestión ha dividido mucho a los Padres de la Iglesia, pero sí están todos de acuerdo en que fue antes que la del hombre, y a más tardar, en el cuarto día de la creación. ¿Son tan numerosos como para poder responder a la llamada del teúrgo? Miríadas, nos dice la Biblia[12], o el *Libro de Henoch* (cap. 1,9), porque el número de ángeles es igual al número de hombres. "*Una multitud infinita*", estima también el *Catecismo del Concilio de Trento* (p. 30). Ciertos cabalistas estiman que son 72, correspondientes a los 72 nombres de Dios, proporcionados por los 72 primeros sabios y fundadores de las naciones en la escalera de Jacob (Zohar)[13], y todos tienen un nombre de cuatro letras. Pero la respuesta se encuentra, probablemente, en las relaciones misteriosas entre ese número, sea cual fuere, y las cosas con las que se desea comparar. Estos sobrepasan "*el orden restringido de nuestros sistemas de numeración material*", como lo explica Denys. Aquí, igual que para el recuento de las entidades angélicas en cada grupo jerárquico, los nombres escogidos solo son raramente fruto del azar, interesando con frecuencia a la aritmosofía, la ciencia mística de los números. En cuanto a los magos, los cifran en función del método de cálculo y de las referencias. Poco más de 2400 ángeles se toman en consideración en el famoso *Registro* de Martines Pasqually, lo cual no significa por otro lado que representen la totalidad de los servidores de Dios.

En lo que respecta a su estatuto conciliar, es importante expresar una ambigüedad sobre el estatuto del ángel. Como ya hemos visto, el Ángel Guardián, por ejemplo, está fuera del dogma, pero "*si consultáis la Fe, os convencerá de la presencia ordinaria de Ángeles Guardianes*"[14], al mismo tiempo, la naturaleza del ángel puede prestarse a discusión. Sin embargo, la existencia del ángel es dogmática. Nos pone en contacto con el *universo de las cosas invisibles*, afirmado

---

[10] Jámblico combate una idea semejante, corriente en su época "*De los Dioses a los cuerpos hechos de éter, de los demonios a los cuerpos hechos de aire, de las almas a los cuerpos terrestres*", en "*Los misterios de Egipto*", I, 8,10-15; p. 51.

[11] "(...) Les guarda eternamente encadenados en las tinieblas hasta el juicio del gran día" (Judas). "Porque Dios no ha perdonado a los ángeles culpables, sino que les arrojó al infierno dejándolos en tinieblas, guardándoles y reservándoles para el juicio" (Pedro).

[12] Apocalipsis 5:11; Deut. 32:8. En lugar de "*hijos de Israel*" (T.O.B.), los manuscritos griegos, los de Qûmram cuya versión es probablemente original, en acuerdo con los LXX, las notas de la Biblia Campron (1938) lo traducen por "*hijos de Dios*", es decir, ángeles. Igualmente, según Migne (Op. Cit.): "Constituit terminos populorum juxta numerun angelorum Dei" (p. 8). Ver finalmente TOB, Mt. 26-53.

[13] Ver "La Ciencia cabalística" de Lenain, p. 25; y Andreas Luppius en "*Arbatel de Magia veterum*" (1575).

[14] "San Bernardo, "*Sermones sobre el Salmo XC*" (1681), p. 186. Las "*Conferencias del Ángel Guardián*" emergerán bajo el pulgar Real y Papal (Art. 2, p. 17; p. 283 ss). Cf. "*El Ángel conductor*" (1757) del R.P.J. Goret.

por el Credo de Nicea, siendo reafirmado esto por el papa Pablo VIº, indicando lo bien fundamentado que estaba en su Profesión de Fe Católica del 30 de junio de 1968[15]: "*Creemos en un solo Dios* (...) *de las cosas invisibles, como los puros espíritus que se llaman ángeles...*". Idénticamente la existencia de ángeles se encuentra definida como dogma de fe por el cuarto Concilio de Letrán[16], donde igualmente se encuentran presentados los demonios: *"…Padre tres en uno, creador de las cosas espirituales y corporales e incluso de los mismos demonios, que creados buenos se han hecho malvados"*[17].

La visión moderna de la Iglesia realmente no ha cambiado mucho, expresada por Monseñor Echegaray en su boletín diocesano que explica[18] que: "*Una Iglesia que no realice la experiencia espiritual de los ángeles no será la Iglesia de Dios*", aunque el tema se encuentra hoy en día un poco olvidado.

En el curso de la historia, el concepto angélico va a forjarse tomando forma y refinando sus características en el seno de la Iglesia. Las principales especificaciones del ángel serán definidas a través de las siguientes etapas:

- El VIº Concilio Ecuménico (Constantinopla III, 680) afirma la inmortalidad de los ángeles (por S. Sophrone).
- El Vº Sínodo Romano (745) condena a Adalbert y a sus plegarias a nombres de ángeles desconocidos; aun así contamos con más de 2400 nombres en el "Registro" de Martines de Pasqually.
- El IIº Concilio de Nicea (787) trata de la incorporeidad de los ángeles. Explicación de los cuerpos sutiles, aéreos e ígneos, según los Padres.
- El Concilio de Aix de Chapelle (789), prohíbe fabricar nombres de ángeles distintos a Miguel, Gabriel y Rafael, ya que estos nombres están revelados en los Libros santos. Este Concilio, sin embargo, no explica a Tobías 12:15[19]: "Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles, que se encuentran ante la gloria del Señor..." En la teología judía se encuentra así: Ouriel o Phanouel, Ragouel, Saraqiel, Rameiel. Satanael, ángel superior, se convertirá en Satán (derivado de Sabatanael). Los teólogos rusos modernos añaden a los tres arcángeles a Uriel, Salatiel (III Esdr. IV:1; V:16), Iegudiel, Barachiel y Jeremiel[20].
- IVº Concilio de Letrán (1215) y el Concilio Vaticano (1869) interiorizan la creación de los ángeles como seres espirituales al comienzo de los tiempos.
- Finalmente, diversos Concilios (Fermo y Concilios maronitas de Monte Líbano,

[15] Artículo del hermano Jean Briand en: *¿Quién es como Dios? ¡Mi Dios y mi todo!*
[16] Primer Canon, 1215.
[17] Cf. *Diccionario de los Concilios* en la *Enciclopedia Teológica*, Volumen 13, MnF: A[2] Migne 14 (Usuels). Desgraciadamente ninguna de las actas de las tres sesiones desarrolladas los 11, 20 y 30 de noviembre se han conservado. Cf. Francis Dvornik, en "*Historia de los Concilios*", pag. 67.
[18] *La Iglesia de hoy en día en Marsella*, del 1 de octubre de 1978.
[19] Siempre según la TOB (Traducción Ecuménica de la Biblia). Según otras versiones, como por ejemplo la Biblia de Jerusalén, leer Tobías 12:15 (que es el hijo del primer Tobías).
[20] Cf. *Theologia Dogmatica Christianorum Orientalium ab Ecclesia Catholica Dissidentium* (París: Letouzey, 1926-1935 5 Vol.), vol. II, p. 563. Los siete que se nombran en I Henoch 20,1-8: Rafael, Ouriel, Michael, Saraqiel, Gabriel, Raguël y Remeiel (¿Jeremiel?); cf. *El Libro de Henoch*, trad.François Martin cap. XX, pp. 54-55. Los jefes de fila se encuentran en el cap. VI,7.

Concilio de Trento entre 1545 y 1563, etc.) trabajan sobre el ángel Guardián y el culto, siendo su número afirmado con seguridad en los Concilios del siglo IVº: "*Han asegurado que había un gran número de Ángeles y Demonios*"[21].

A pesar de las dudas, incluso en lo tocante a la naturaleza y a los nombres y números de las entidades angélicas, el sistema jerárquico que rige esta esfera está uniformemente aceptado. Finalizado a comienzos del siglo VIº, establece sus raíces muy pronto en la historia, porque para cada una de las religiones monoteístas el concepto cultural de las "manifestaciones de Dios" o de los Dioses se ha formado del politeísmo. Los Caldeos, por ejemplo, conocían astros buenos y malos, división de los dos principios que como pensaba Dupuis en su "*Origen de todos los cultos*" (Tomo 2, p.107 ss., p. 253), dará nacimiento a la distinción entre ángeles buenos y malos para judíos y cristianos. Al hilo de su discurso, algo entrecortado y muy republicano, ve en la universalidad que supone el sistema angélico un hecho remarcable en la historia de las religiones[22].

Se puede considerar de esta forma sin tener que disminuir la historia, que la angelología judía de antes del Exilio fue un medio realmente elegante para pasar del politeísmo al monoteísmo, angelizando antiguos dioses paganos. En la Biblia, el ángel tiene evidencia sin personalidad real, presentándose más bien como un doble temporal y parcial de Dios, un mensajero neutro, portavoz de su Creador. En el Zohar, los ángeles son una simple proyección, un doble del Ain-Sof; son arrojados al tercer mundo, el mundo del yezirah[23]: "*Es por esto que las almas de los justos se elevan más alto que los espíritus celestes*", pero son inferiores al Justo, y ese esquema no obstaculiza en nada el trato teúrgico.

Para un buen número de Padres de la Iglesia parece natural (San Pablo, Basilio, Juan Crisóstomo, Teodoro, Hilario, Jerónimo, Cesáreo, Gregorio de Niza, Gregorio de Naziancio o Casio) que una jerarquía regule el conjunto del mundo de los ángeles, y según un sentimiento común se es capaz de establecer una jerarquía general, dividida en tres niveles, en los que cada uno se subdivide a su vez en tres órdenes o Coros.

Primero: Serafines, Querubines y Tronos.
Segundo: Dominaciones, Virtudes y Potestades.
Tercero: Principados, Arcángeles y Ángeles.

Este sistema[24] se encuentra muy extendido y la versión más completa y más mística fue la elaborada por Dionisio Areopagita (Pseudo Dionisio) en sus "*Jerarquías celestes*", a finales del siglo Vº. Aquí será ampliamente desarrollado y comentado, como lo hizo Ulrich de Estrasburgo en la Edad Media, por ejemplo. Se notan algunas variaciones en los nombres, según la voluntad de los autores, o de los textos bíblicos contenidos[25]. Podemos sin embargo añadir al padre

[21] Cf. *Nueva Biblioteca*… de Ellies du Pin, tomo 2, p. 949. Para el Concilio de Trento, "*Catecismo del Concilio de Trento*" (1678), p. 569, principales obras consultadas de los "Anónimos".
[22] Ibíd. pp. 223-300. De referencia, para las divinidades caldeas o sirias, el volumen 5.
[23] Karppe: *Origen del Zohar*, p. 445, y *Zohar* III, 68b. Traducción de Jean de Pauly.
[24] Por ejemplo: Alletz, *Diccionario Teológico* (1767). Igualmente, de acuerdo con buen número de magos, Heywood (1635): "Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Virtudes, Potestades, Principados, Arcángeles y Ángeles".
[25] Como en Col. 1:16; Ef. 1:21.

Georges Morand[26] que, a propósito de la reflexión humana de los teólogos acerca de dichos términos y sus orígenes, explica que descienden de tradiciones paganas en lo referente a los Querubines y Serafines, de especulaciones filosóficas en lo que concierne a las Potestades, Tronos y Dominaciones y de misiones dadas por dios en la historia de la Salvación para lo que concierne a los Ángeles y Arcángeles.

Los gnósticos construyeron muy rápido un sistema decreciente que va desde los eones (por ejemplo Cristo) hasta los demiurgos. Este sistema organizado influirá en un buen número de escritos apócrifos, donde las virtudes de Dios son, para la jerarquía gnóstica, intermediarios entre el Dios manifestado y el Dios revelado. La época patrística conocerá los comienzos de las ideas gnósticas, de las que San Agustín llega a comentar que le parece evidente que tiene que existir una jerarquía, pero que él no sabría explicar ninguna división. Aprehender esta organización celeste y su historia es muy importante porque todos los grimorios y manuales de magia utilizan dicha jerarquía dando, a veces, una señalada descripción de los órdenes en el ritual teúrgico del siglo XVIIº de Abramelín el Mago[27], del que Mathers hizo una traducción en 1898. De todas formas, no es posible generalizar lo buen fundamentado del conjunto de los rituales que han llegado hasta nosotros. Numerosos de ellos están cubiertos de un secretismo dudoso, pero el sistema jerárquico se reviste habitualmente de una cierta importancia en la operación mágica. La magia natural y los signos que estudiamos se inscriben pues, siempre, en el universo ordenado del cristianismo, en esa mecánica tan bien tratada en la Edad Media donde nada se opera sin la intervención de Dios, del diablo, o de uno de sus representantes. Los textos demonológicos no son ninguna excepción.

La desviación que representa la hechicería, así como la magia negra, no escapa a dicho ordenamiento, a menos que actúe por la ilusión del orden querido por Satán, reglamentando así los problemas de conciencia de sus adeptos mediante un trámite casuístico conforme a las reglas y a la razón del cristianismo. La importancia de estas glosas han hecho necesaria la exposición de algunos puntos, pero otras fuentes pueden también encontrar su lugar. Así, los ángeles pasan por entre los rabinos por haber transmitido la Cábala al hombre[28]. La Cábala, vista como la teosofía de la religión judía, según la opinión del especialista Gershom G. Scholem, le proporciona a esa transmisión un sabor muy particular.

Comunicar con el ángel le reconoce una naturaleza divina, ¿implica ello tener que rendirle un culto particular? Según muchos de los rituales, la teúrgia, bajo muchos aspectos, puede sin duda ser contemplada como uno de esos cultos. Católicos y protestantes divergen de manera importante sobre el hecho de si está permitido rendir a los ángeles un culto religioso, o de invocarles y provocar su intercesión. El protestantismo rechaza sin apelación esta aproximación. El primer argumento, sin duda, de los protestantes, reside en Colosenses 2:18: "*No dejéis que os condenen esos que se hacen pasar por muy humildes y que adoran a los ángeles, que pretenden tener visiones y que se hinchan de orgullo por sus pensamientos mundanos*". La asimilación de las palabras "culto divino" y "culto religioso" es sin duda una de

[26] *Sal de él, Satán*, p. 168.
[27] Mathers "*The Book of the sacred magic of Abra-Melin the Mage*", pp. 105-122 (rito practicado en la Golden Dawn); o aún en Girolamo Cardano, "*La sutilidad y sutiles invenciones*" (1556), pp. 382b a 383b.
[28] Dion Fortune, *Cábala mística*, p. 23.

las claves de la diferencia entre católicos y protestantes. Desde cierto punto de vista, un culto rendido a los ángeles ¿puede ser considerado por naturaleza como rendido a Dios?[29] Desde el punto de vista católico, confesión muy probable de Pasqually, la cuestión merece ser considerada, ya que el ángel no sólo es el emisario de Dios, sino aún más, parte de él mismo. Al margen de este debate entre iglesias muy próximas la una a la otra, notamos que ese análisis es evidentemente incompatible con el concepto gnóstico que hace a los dioses autónomos e independientes.

El Antiguo Testamento ofrece numerosos ejemplos en donde el hombre comercia con el ángel[30] y donde la asimilación Dios-ángel es patente[31]. Si las justificaciones de tales manifestaciones y del culto eventualmente ligado, cambian con el tiempo, el cambio que representa la raíz permanece, modificando tan sólo su vocabulario. Si Dios ha querido que se "*rindan honores a los Reyes por los cuales gobierna este mundo, ¿por qué no debiera de estar permitido honrar a los ángeles?*", se interroga el Concilio de Trento[32].

Ya se trate del ángel mismo, de los nombres y virtudes que le son atribuidos o del sistema jerárquico al que se refiere, la magia de los signos se inserta pronto en el pensamiento de la Iglesia. A comienzos del siglo XVII, la misma actitud de la Inquisición fue bastante moderada sobre temas tan delicados como éstos. Cuando Caesar Carena de Cremona, inquisidor de su persona, publicó su tratado[33] donde le expone al lector la cuestión de saber qué tipo de magias son heréticas, explica como respuesta que el uso de nombres, caracteres y signos no familiares, comprendiendo el acompañamiento de invocaciones, no lo son forzosamente. Por último, que el uso de los caracteres mágicos puede estar comprendido fuera de formas constituidas como son los ángeles, los demonios y sus jerarquías u organizaciones. Esa magia evoluciona en un cuadro espiritual dividido por todos y reposa sobre una visión antropomórfica del mundo celeste.

Cuando el discurso se aleja de esta especie de antropomorfismo, bascula generalmente en la metáfora evocando las fuerzas que emanan de los planetas, los lazos o el método analógico que unifican los dos mundos, según la forma de pensar de Paracelso, y el propósito unifica la noción de magia natural. Esto sin cambiar nada a su paso, pues estos mundos son parientes ontológicos, con Dios por origen, y poseen probablemente el mismo destino. Por lo que estos mundos, sea cual fuera su visión, se corresponden y estos juegos de espejos encuentran idénticamente su camino en uno y otro caso.

[29] Cf. Lucas 10:16; Mateo 10:40…
[30] Por ejemplo en Génesis 22:9-19; 48:16.
[31] Éxodo 3:5; Jueces 13:21-22; Daniel 10:5-12; Tobías 12:12-15, Apocalipsis 8:3-4, etc. Esto indica que la primera plegaria que utiliza Dios y/o sus mensajeros para hacer perdonar sus distancias ha cambiado mucho. La plegaria cristiana muta esa idea, y la oración se hace necesaria en sí misma, vital en cualquier tipo de acción.
[32] Cf. *Catecismo del Concilio de Trento*, 1678, anónimo, p. 415.
[33] *Cargo de la Santa Inquisición*, Cremona 1641, pero también Lyon 1649, Cremona 1655, Boloña 1668 y Lyon 1669, cf. Lynn Thorndike Vol. VIII, p. 550.

NECESIDAD DEL CONTACTO: LA PALABRA, EL NOMBRE Y EL VERBO

La exposición que precede sobre el estatuto, la naturaleza y el ministerio del ángel, así como de las incertidumbres que los acompañan, nos muestran la importancia del mundo de los intermediarios en el sistema religioso evocado. Además, una función esencial de ese mundo angélico es la de la mediación, una vez lógicamente que el hombre es naturalmente tentado a comunicarse con las entidades celestes.

Si se considera el conjunto de testimonios, sea cual fuere la naturaleza de los documentos tomados en cuenta, los textos redactados en "escrituras mágicas" destinados al contacto con los ángeles son bastante raros. Por otro lado, la casi totalidad de dichos documentos comportan una multitud de nombres atribuidos a nuestros interlocutores del más allá. La razón es que tanto en teúrgia como en necromancia, llamar a los ángeles o a otras entidades bienhechoras en otros sistemas, pasa inevitablemente por el conocimiento de la identidad de aquéllos. Es por tanto seguro que la primera cosa a conocer, si se quiere tener éxito, es el nombre de los ángeles con los que se solicita el contacto. Nombrar una cosa es una manera de dominarla, revistiendo en ese caso una significación poco alejada de "dominar". Así Adán nombra a los animales para dominarlos (Gen. 2:18-20), como Jesús domina a los espíritus impuros llamándoles por su nombre[34]. Claude Duret, por ejemplo, está de acuerdo con A. Kircher para explicar que el nombre de los animales, escogidos en hebreo por Adán, la lengua madre, refleja las características y propiedades naturales de cada uno. Resulta que esos nombres, que cristalizan la esencia misma de lo que nombran, tienen un poder mágico en sí mismos. Nombrar es también, según el teósofo y discípulo de Jacob Böhme, Franz von Baader (1765-1841), conocer. Es decir, "nacer con", fusionar. Esta etimología original y también teosófica[35], es una bella imagen representativa del espíritu creativo y poético que anima a nuestros filósofos[36].

De manera general, por tanto, el *nomen* es suficiente para someter en magia y el poder de los nombres y las palabras es un dato común a toda forma de magia o de religión, ya sea monoteísta o politeísta[37]. También el del exorcista procede del mismo lugar. El demonio, tras el discernimiento en el curso de la plegaria, debe ser imperativamente identificado para ser expulsado. A este propósito es interesante citar el "*Ritual del Gran Exorcismo*"[38]: "*Yo te ordeno a ti, seas quien seas, espíritu impuro, y a todos tus asociados que han tomado asiento en este servidor de Dios (...), dime tu nombre...*" Obliga al espíritu a decir su nombre para expulsarlo y lo interpela directamente, lo que es inherente al exorcismo en el sentido estricto del término[39]. El nombre parece entonces ligado al cuerpo, como está unida el alma. Pero el exorcismo, esa operación que procede al mandato sobre ángeles caídos mediante el ejercicio de un ritual,

---

[34] "*Mi nombre es Legión*". Marcos 5:9.
[35] Comparar génesis (nacimiento) con gnosis: conocimiento. Etimología conocida y propuesta también por Paul Claudel.
[36] No podemos sino aconsejar el estudio de Antoine Faivre "*Filosofía de la Naturaleza*", p. 76 ss.
[37] Un ejemplo entre las primeras dinastías egipcias se encuentra en el papiro de Ani. *The Book of the Dead*, Wallis Burges, pp. 31 y 32 y apéndice p. 198, o en el *Roman de Setnau*, traducido del papiro "*Demoniaco*" por Brugsch. También en Notas en "*Carta sobre los Prodigios*" de Roger Bacon, pp. 16 y 17.
[38] Ritual Romano de Pío XII, que resulta esencialmente del de Pablo Vº de 1614, cap. II, norma 2.
[39] Cf. *Documentación católica* nº 1681 (Sagrada Congregación para la Doctrina de la fe cristiana y demonología), del 16/2/86 y nº 1912 del 3/8/75; padre G. Morand, *Sal de él, Satán*, p. 132 ss.

¿acaso no es otra cosa que un acto típicamente mágico?

El nombre, precisa el *Catecismo católico*, es el icono de la persona[40]. El Verbo, de la misma forma, arrojando la energía que vehicula de forma intrínseca, así como la misma fuerza de las cosas que designa, lleva en él los conceptos y pensamientos del orante. Siempre están unidos los elementos que constituyen el universo, así como siempre están presentes las correspondencias. El mago que pronuncia su invocación, "*pone en obra las fuerzas correspondientes de la naturaleza, atrayendo cosas las unas hacia las otras por amor, contrayéndolas y uniéndolas en una cadena de efecto a causa*". Las palabras "*tienen la fuerza que les da la virtud de aquél que las ha ordenado en frases y que las pronuncia*"[41]. H. C. Agrippa recuerda que los sabios caldeos consideraban al Verbo como "*la causa de las causas*", ya que es el origen de toda cosa; el agente intelectivo sólo es la segunda.

Los nombres de los ángeles, que no son obligatoriamente escritos en hebreo, tienen algunas propiedades comunes y terminan generalmente por dos nombres divinos: EL (y sus variantes como AEL o IEL) o IAH, simbolizando uno de los atributos de Dios[42].

La mística judía nos ofrece de igual forma, a través de la aventura de los cuatro Rabinos, una imagen del nombre[43]: Cuando quieren empujar los ángeles, Rabí 'Aquibba', el Santo Bendecido, les dice: *"¡Dejad a ese anciano que merece emplear mi gloria!*". El Rabí podrá entonces nombrar YHVH, "*es decir, manipularlo*"[44]. Desde un punto de vista cabalístico, aspecto que interesa a Martines de Pasqually, las cosas sólo pueden existir en función de su participación en el nombre de Dios, que constituye el origen de todas las cosas, ya que toda la creación es el resultado de las combinaciones del alfabeto divino. Las diferentes permutaciones de las letras proporcionan nombres diferentes para cada cosa. Cuando Dios "dice", nombrándolo, salen los elementos de la nada, de lo increado. La potencia de la creación reside pues esencialmente en el acto de nombrar, siendo la potencia del nombre de Dios atemporal y sin límites. Según un informe de Clemente de Alejandría recogido por Voltaire en su "*Diccionario Filosófico*", sobre la palabra "Jehovah": "*Tomando la auténtica pronunciación de este nombre se podría dar muerte a un hombre*".

Incluso entre los detractores de la magia esta idea subsiste, sin duda porque está totalmente de acuerdo con la Biblia. Así, Roger Bacon (1214-1294), contemporáneo de Alberto el Grande y de Santo Tomás de Aquino, se anticipa sobre la filosofía natural de Paracelso y de H. C. Agrippa. En su tratado "*Epístola Fratris Rogereii Baconis: De secretis operibus artis et Naturae et nullitate magiae*"[45], en la que combate la magia, expone que toda idea y toda palabra "existe"

---

[40] Cf. *Catecismo…*, § 2158 y TOB: Is. 43, Jn 10:3.
[41] H.C. Agrippa, Libro primero, capítulo LXIX, pp. 192/193.
[42] Pero *"(...) Los nombres de los espíritus no sólo se toman de letras hebreas sino también caldeas, arábigas, egipcias, griegas, latinas y muchas otras (...)*". "*El Mago*", de Francis Barrett, libro II, p. 63 (parte I).
[43] Tratado *Haguiga* 14-b, 15-a.
[44] A propósito de Armand Abecassis en su conferencia "*La aventura de los cuatro Rabinos en el Pardes*" (Paraíso) en las Jornadas de estudio de los días 10, 11 y 12 de junio de 1983, en la Universidad de San Juan de Jerusalén fundada por Henri Corbin.
[45] Hamburgo 1618 in-12. Ver traducción y notas de Albert Poisson en "Carta sobre los Prodigios de la Naturaleza y del Arte", París, ed. de 1'Echelle, 1977 (1893), p. 16. Bacon es alumno de Robert Grosseteste, ese gran representante de la escuela de Oxford.

en razón de las leyes naturales y que el Verbo se encuentra unido inseparablemente, incluso asimilado, a una fuerza. Como toda fuerza engendra una modificación a su alrededor, produce un resultado. El más bello ejemplo, y el más mágico, es con toda seguridad el primer capítulo del Génesis.

Siguiendo la misma interpretación, la unión que se puede establecer entre magia y Eucaristía es delicada, pero importante, porque la Transubstanciación es uno de los componentes importantes de la magia de la Edad Media y del Renacimiento[46]. Marsilio Ficino cita a este propósito la fórmula de consagración[47] como una demostración evidente de la potencia mágica de las palabras según el sendero del proceso teúrgico. Así, la teúrgia, en tanto que punto de contacto y de comunicación con el mesocosmos, permite penetrar los arcanos de lo real para entender lo sutil. La clave del sistema teúrgico reside en las "escrituras" fundamentadas en la magia del verbo, teniendo que ser el verbo pronunciado o escrito, como en el caso del talismán o del pentáculo, y como lo demuestra Paracelso (1493-1541) en su "*Astronomia Magna*": los signos y caracteres grabados poseen el mismo poder que la palabra.

LOS MEDIOS PUESTOS EN ACCIÓN: LA UNIÓN ENTRE EL SIGNO Y EL OBJETO QUE DESIGNA

> *"…de la misma manera, con un cierto género de divinidad, sólo podemos obtener cambios por ciertos signos, sellos, figuras, caracteres, gestos y otros rituales. Y un mago, sobre todo si practica este tipo particular de magia como es la teúrgia, difícilmente podrá obtener un resultado sin recurrir ampliamente a las palabras y escrituras de dicha magia*".

En este tratado, próximo a su recuerdo de las lecturas de Agrippa y de Trithemio, como es "*De Magia*"[48], Giordano Bruno (1548-1600) nos deja algunas imágenes muy bellas:

> *"Igualmente, todas las escrituras no son tan influyentes como los caracteres que, por un dibujo o una representación determinados revelan las cosas mismas: así, ciertos signos inclinados los unos hacia los otros, que se miran mutuamente, se abrazan y obligan al amor; otros, por el contrario, opuestos, disociados, suscitan el odio y el divorcio; amputados, estropeados, rotos que recuerdan la ruina; nudos para formar vínculos, caracteres desligados para deshacerlos. Estos caracteres no son de una forma precisa y definida, pero no importa que bajo el dictado imperioso de su furor (...) designe un objeto en sí mismo y a la potencia divina: (…) pone en movimiento ciertas fuerzas que ninguna elocuencia, ningún sermón maduro ni ningún discurso bien escrito hubieran podido mover. Tales eran las letras, definidas de manera más adecuada entre los Egipcios por el término hieroglifos o caracteres sagrados, que tomaban para designar objetos particulares de figuras tomadas de la naturaleza o de partes de cosas. Tales escrituras, tales lenguajes servían a los Egipcios para entrar en conversación con los dioses para el cumplimiento de efectos maravillosos".*

[46] No vamos a debatir aquí, ya que no es el lugar apropiado, sobre la oposición entre la transubstanciación y la consubstanciación que ha generado tantos y tantos debates entre católicos y protestantes.
[47] "*Si fas est*", en "De Vita coelitus comparanda" (1584), p. 158.
[48] *De Magia*, p. 30, después pp. 28-29.

Hemos visto que nombrar, llamar a alguien por su nombre, es saber quién es o lo que es[49]. Después de haber identificado el objeto mismo del acto mágico, la fuerza de una luminaria o la intercesión de un ángel, se está en condiciones, requisito indispensable, de nombrarlo. Para atraer, para hacer descender las influencias del cielo, se puede actuar directamente con un talismán y la cosa se hace sola, o bien comunicarse con los espíritus intermediarios con la ayuda de un ritual. No obstante, en todos los casos que se actúe con rituales, talismanes o amuletos, nombrar necesitará de la utilización de la escritura, puesto que al haberlo evocado existe una relación mágica entre la cosa invocada y los caracteres empleados para escribirlo. Desde este punto de vista, la Cábala, cuyo Ángel Guardián de los misterios es Raziel[50], resulta una forma de expresión de dicho pensamiento. Es esta constatación lo que le lleva a escribir a Don Juan Albert Belin en su *Tratado de los Talismanes* de 1671 (p. 60) que "*Los demonios y los ángeles, (…) todas las cosas del mundo tienen sus figuras y sus caracteres, cualidad inseparable de la materia por muy pura que ésta sea*".

Los signos, siendo la representación de las cosas divinas, contribuyen a unir los agentes espirituales con el soporte material empleado. Las letras, signos o caracteres mágicos, representan en cualquier forma la grafía del verbo, siendo su primera proyección en la materia. En la imagen de las concepciones de la magia natural, proceden siempre del mismo sistema de referencia, de la teoría de las firmas y correspondencias. Es lo que aclara Agrippa al precisar que: "*Cada cosa, por su armonía interna y por la estrella que la rige, porta un signo o carácter*"[51]. Anotemos que Paracelso, cuando desarrolla su tercera magia, la *magia caracterialis*, precisa que los signos o caracteres grabados o escritos tienen el mismo poder que la palabra[52].

La relación mágica que evocamos es intensa. Los nombres y palabras formadas por esos signos son significativos; son por ellos mismos y de manera indisociable portadores de la esencia misma de las cosas que designan. El desarrollo resulta evidentemente idéntico para los signos que corresponden a las estrellas, planetas o constelaciones, con las virtudes y propiedades que retienen. Si se les graba o escribe en un soporte elegido, esos signos por su sola presencia provocan el influjo de los objetos de los cuales son la marca. De hecho, el signo contiene e implica la esencia misma de lo que simboliza, y el mundo de lo alto y lo bajo se compenetran por intermediación de los grafismos. La importancia de las fuerzas puestas en juego obliga a los magos a una gran atención y una precisión en la utilización de los nombres. "*El sentido profundo de las cosas, los nombres sagrados, quedan atados a los caracteres que los forman, a su trazado, a su número, a su lugar, a su orden, a su mutación*"[53], precisa Agrippa, que efectivamente no dejaba nada al azar.

Hemos visto que John Dee utilizaba un alfabeto enoquiano para escribir las tablillas que le abrieron el mundo de la comunicación angélica. Sin embargo, la potencia del verbo, nombres de Ángeles o invocaciones, es tan grande que el espíritu debía dictar las palabras y letras al revés, a fin de no correr ningún riesgo. Así mismo, la utilización de prefijos extraídos de otras

[49] Isaías 45:3-4: "… *Yo te he llamado por tu nombre, te he calificado, sin que me conozcas*". Cf. También Apocalipsis 3:5.
[50] Zohar I, 40, 41, 55, 146. Traducción de Jean de Pauly. Se dice que Raziel fue el maestro de Adán, y había traído de Dios un libro de una sabiduría muy alta.
[51] Cf. *Magia Natural* (1529), cap. XXXIII, p. 107.
[52] *De la Magia*, p. 38.
[53] *Ibíd*., cap. LXXIV, p. 201.

tablillas llamadas "*Tablillas de la unión*"[54], permite no vehicular la palabra completa, rompiendo el prefijo la fuerza mágica de aquélla. Este ejemplo bien conocido nos permite aprovechar toda la importancia que revisten las palabras en el contexto mágico.

Otra aproximación importante del signo, cuando éste proviene de la naturaleza misma y se ofrece a nuestros ojos, no sobre la petición de un ángel o un mago, sino sobre el origen del mundo, por la creación. Las Luminarias no escapan a este concepto y el alemán Johamm Wilhem Ritter (1776-1810), inventor de una pila recargable, sitúa el galvanismo, por ejemplo, en el rango de una "física superior". El obró en los tiempos del descubrimiento de la electricidad, en una época en la que algunos salones cultos y a de moda, bajo la cobertura de una física científica y divertida, demostraban la existencia de aquello mediante la producción de destellos. Pero en esa chispa eléctrica que todavía no se había podido fotografiar, Ritter ve un glifo fundamental para la comprensión del universo[55]. Descubre un jeroglífico del mundo y de la naturaleza, un signo que aún nos falta desencriptar, incluso si, al ser tan fugaz, escapa a todo análisis. La interpretación de este fenómeno eléctrico como actuación de un signo, de una manifestación espontánea y codificada de la naturaleza, participa de ese concepto de los intermediarios entre el mundo de arriba y nosotros. Siempre, por tanto, a comienzos del siglo XIX, los *Naturofilósofos,* como el físico romántico J.W. Ritter, trataron de comprender aquello que unifica el universo, como lo expresara L.C. de Saint-Martín, manteniendo la coherencia entre Dios, el hombre y la naturaleza. Esta clave, si explica el universo, lo consolida todo, lo mismo que la construcción y la justificación de la magia de los signos y su contexto.

MAGOS Y TEÚRGOS: FUENTES ANTERIORES A MARTINES DE PASQUALLY

Anterior al *Registro de los 2400 nombres*, los signos de todo orden, firmas o "*caracteres hechos a semejanza de las cosas celestes*"[56], figuran en gran número en los escritos mágicos. A menudo son dados y explicados en exposiciones sobre las recetas de creación de pentáculos. Sólo hay que echar una mirada para constatar rápidamente que algunos de estos signos presentan similitudes claras con los caracteres y jeroglíficos del *Registro de los 2400* nombres, y con la llamada escritura *"de los ángeles*" en general. Las posibles fuentes propias para alimentar el contenido del *Registro*, y anteriores al siglo XVIIIº son, por lo tanto, numerosas. Presentan felizmente una cierta homogeneidad, sin duda debido también al plagio generalizado y natural, entre lagunas, tanto en lo que concierne a los ángeles como en lo que concierne a los planetas[57]. Conciernen igualmente los numerosos grafismos que se muestran en la concepción de estiletes, cuchillos y objetos diversos de magia práctica[58] confundidos en todas las épocas. Aquí, además, los caracteres son, en numerosas ocasiones, simplemente duplicados, sin el socorro, el

[54] Manuscrito Ashmole 422 de la Librería Bodheliana de Oxford; y manuscrito Sloane 3188 del Museo Británico. Ref. de G. Heym en *El Sistema Mágico de John Dee*, y plancha III, 1.
[55] Antoine Faivre, "*Filosofía de la Naturaleza*", p. 291 ss.
[56] H.C. Agrippa, en "*Magia celeste*" (1533), p. 199 e *infra* plancha IV, I.
[57] Cf. Sobre todo H.C. Agrippa; entre las obras clásicas y más tardías, Francis Barrett: *The Magus or Celestial intelligencer*, libro II, p. 141 (anges), planchas I y III; S.L. McGregor Mathers: *Key of Salomon the King* (1889), pp. 58-88; Eliphas Levi: *Dogma y Ritual de Alta Magia*, tomo II, p. 231; Andreas Luppius: *Claviculae Salomonis et theosophia pneumática* (1686) y *Arbatel de Magia veterum* (1575); los textos de Das Kloster vol. III, pp. 209-214, reeditados por J. Scheible, Vol. V, p. 1124 ss; y naturalmente todo lo que concierne a las "clavículas" como "*Las Clavículas de Salomón*" (1641, anónimo) o los manuscritos BnF: Fr. 14.787 /XVIIº), Fr. 24.244 (XVIIIº), Fr. 24.245 (XVIIIº)...
[58] Como por ejemplo: *Das Kloster*, vol. III, pp. 810-811, 858-897 y todas las Clavículas.

saber y la plegaria del mago. Se trata, por tanto, de una práctica mágica o religiosa en el sentido restrictivo del término, puramente mecánica, que no necesita ni fe ni conocimiento, por lo que no retendrá nuestra atención.

Un Tratado detallado, situado a últimos de la Edad Media, ha sido señalado por François Secret: "*De propio angelo in sommiis apparente cum revelatione ad Marcellum presbyterum*"[59]. En él se encuentra una receta mágica que, acompañada de oraciones, comporta la constitución de un círculo de cirios bendecidos donde se situará el asiento del orante y las sentencias son inscritas sobre pergaminos en grandes caracteres, con azafrán, cinabrio y sangre de paloma. "*Vienen a continuación los nombres con sus caracteres del buen ángel del orante, del ángel de su concepción y de su muerte. Queda por escribir sobre un brevete, situado bajo la almohada, los caracteres de esos ángeles, como se encuentra en escritura embolillada*[60] *en el Picatrix entre otros*"[61]. Es bajo el reinado del califa Al-Hakam II, desde 961 a 976 en España, que el erudito Maslama ibn Ahamad redactó diferentes tratados consagrados al astrolabio, la alquimia y la astrología. Sobre este último tema, "*El objeto de la sabiduría*" fue traducido en 1256 al español. Es una de esas numerosas versiones que más tarde será conocida bajo el nombre de Picatrix[62]. Esta última se trata de una obra técnica de astrología mágica, que asocia signos y metales a los planetas para la constitución de amuletos y de talismanes; constituye un destacado "*compendium*" de magia práctica a finales de la Edad Media, siendo la fuente de textos más tardíos. Otro ejemplo: una soberbia fórmula escrita en signos figura en la segunda versión de dicho texto, la cual nos encontramos en la Biblioteca Nacional[63]. Observando este manuscrito se comprueba que el separador utilizado entre cada palabra es un signo compuesto por tres puntos verticales, como en el amuleto sabatiano señalado por A. Darnon[64] y sobre el que volveremos.

Los pentáculos o amuletos que utilizan las escrituras microscópicas no son raros, como los de H. C. Agrippa y Don Jean Albert Bonn, así como otras pequeñas obras de este tipo que han jalonado la historia. Por otra parte, tratados bastante numerosos son atribuidos a Honorius, a menudo de muy pequeñas dimensiones, con el fin de circular de forma solapada, y que con frecuencia comportan informaciones destinadas a acreditarlos entre las gentes simples. El autor exhibido puede ser mítico, así como el lugar de edición, que puede resultar fantasioso, pero aporta credibilidad al texto, como "Roma"[65] por ejemplo. Por otro lado, textos como el *Enchiridion*, que pudiera decirse que fue "cristianizado" debido a la atribución a León III[66]; las célebres *Clavículas de Salomón*[67] y finalmente los Pequeños y Grandes Albertos de cualquier

[59] Ms. recopilado en mayo de 1504, Nº DCCXXXI de la Biblioteca de Leipzig ou Lat. 7486 en la BnF. Cf. Artículo de Françoise Secret, "*Historia del esoterismo cristiano*".
[60] El término francés es "bouleté", y no hemos encontrado una traducción exacta para el mismo. Dado que se refiere a las escrituras mágicas que se caracterizan por tener pequeñas bolas o círculos en los extremos, lo hemos traducido por "enbolillada" (N. del T.).
[61] Compendio de François Secret sobre sus conferencias en el EPHE, año universitario 1977-78, p. 413. Extracto del Ms. 3317, fol. 113, están unidos los principales signos del *Picatrix* medieval. Plancha IV,6.
[62] Cf. La edición de la versión latina por David Pingree, *infra* Principales obras consultadas en los Anónimos.
[63] En el folio 86, v. BnF, Lat. 7869 y plancha IV, 5.
[64] Cf. *Infra*, plancha V, III.
[65] Honorius: Grimorio del Papa Honorius, con el recuento de los más grandes y raros secretos, Roma, 1670 (primera edición a comienzos del siglo XVI). Se trata del papa Honorio III. A destacar los tres pentáculos de la pág. 15.
[66] Recopilado o editado desde 1584 hasta el siglo XVIIIº (ARS 2494, ARS 2795, Maz 2681…).
[67] Andreas Luppius: *Claviculae Salomonis et teosophia pneumatica* (1686); *Las Clavículas de Salomón* (1641), anónimo; Jean-Marques Riviere: *Amuletos, Talismanes…* (1938), p. 339; el trabajo de Idries Shah en "*La Magia Oriental*" (1980) pp. 38-39,

género que son, como es sabido, apócrifos[68], pero cuyo éxito prosigue hasta nuestros días. Por último faltan por señalar las numerosas escrituras embolilladas que se desprenden de la Cábala.

Estos documentos son muy numerosos, y ciertas épocas, como a finales del siglo XVº en el medio florentino, conocen un vivo recrudecimiento con las planchas talismánicas. Un estudio sintético de estos documentos libraría sin duda numerosas informaciones. Esto podría constituir una posible y deseada prolongación del presente trabajo[69].

Un gran número de medallas o medallones ornados con signos mágicos en miniatura se reproducen en la segunda parte de la documentación recogida por Nowotny en "*H. C. Arippa ab Nettesheym De Occulta philosophia*". De plata o bronce, dedicados a la Luna o a Júpiter, una decena de entre ellos son repertorios pertenecientes al siglo XVº o al siglo XVIº[70]. Se corresponden a la plancha IV,4 que contiene la reproducción de una medalla descubierta por R. Mouterde.

También se encuentran signos redondeados en al algunos tarots antiguos y a veces también modernos en algunos países. Un ejemplo muy bello figura en "*The Enciclopedia of Tarot*", obra de Stuart R. Kaplan[71] bajo el nombre de *Egipsios Tarot*. En este libro están representadas veinte láminas portando cada una un carácter con relieves. Otras veces se trata de caracteres utilizados como tales por otros autores[72]. Otras se tratan, sin ningún género de duda, de símbolos planetarios (Saturno, etc.) esféricos que conocemos bien a través de numerosos escritos de la Edad Media y más aún, desde la época que va desde Agrippa hasta Martines de Pasqually. Cada lámina se encuentra naturalmente acompañada de una letra del alfabeto hebreo, lo que toma cierto relieve particular estableciendo un alfabeto al borde de las cartas. ¿Existen otros casos de ejecución más antigua?

PRINCIPALES ACTORES

La teúrgia que se ha practicado en los tiempos modernos es fruto de una larga evolución y del trabajo y los escritos de algunos hombres que la han marcado profundamente. Referencias obligadas, tras el paso de cada uno de ellos nada volverá ya a ser como antes. Sin pretender ninguna exclusividad, intentaremos presentar cronológicamente a algunos magos y textos ineludibles, etapas notables que conducen a la forma exitosa de la teúrgia de Martines de Pasqually.

---

finalmente Mss que hemos descubierto en la British Library: BRI. Landsdowne 1202, 1203; Harley 3981; Sloane 307, 309, 1307, 3091, 36674, 39666; o King's 288.

[68] *Grandes y Pequeños Albertos*, 1702… (ARS 1702, Clavículas MAS 2681, etc.), ver *supra* nota 68 para los Mss de la BnF. Finalmente falta aún por recordar los numerosos Mss de todos los países citados por Lynn Thorndike en *A Story of Magic and Sperimental Science*; cf. notas a pie de página del capítulo XLIX; *Salomon and the Ars Notaria*, Vol II, p. 279 ss.

[69] Cf. Por ejemplo Enel, Trilogía de la Rota, pp. 259-282, la descripción de los 22 símbolos que "*contienen todos los elementos de la creación representados jeroglíficamente*" (p. 283), si de todas formas las fuentes pueden ser fiables.

[70] Ob. cit., p 719 ss.

[71] Vol. I, pag. 249. Este juego ha sido recientemente reeditado en Argentina por la Editorial Kier, y está basado en los escritos del profesor J. Iglesias Janeiro (*La Kábala de predicción*). Gracias a M. Nicolás Tereschenko por habérnoslo indicado.

[72] El Kuff o el samech que examinaremos *infra* a propósito del Ms. Harley 6461 de la British Library.

La antigüedad ya había procedido muy temprano a la puesta en forma de diferentes elementos que trataron el camino de las relaciones entre el macrocosmos y el microcosmos. Se desprenden tres nombres importantes. En primer lugar el del Pseudo-Dionisio que, a comienzos del siglo VI, introduce la jerarquía celeste utilizada siempre con algunas pequeñas diferencias: Ángeles, Arcángeles, Querubines... Convirtiéndose de hecho en la primera angelología del cristianismo, pero es con Plotino (205-270) que comienza verdaderamente el amplio linaje de las teúrgias purificadoras que terminan en Martines de Pasqually.

Hacia el 330 desaparecía aquél que es sin duda el primer gran teúrgo de Occidente, y del que se puede afirmar con más probabilidad su historicidad. Neoplatónico y maestro de la escuela de Alejandría, Jámblico dejará la primera obra del género, el "*De Mysteriis Aegyptiorum*". Es una obra completa y metódica que se presenta como una exposición general sobre la verdadera teúrgia a la que llama "*mystagogía sagrada*" (I,1-2, p. 40; I,11, p. 60…), los mundos en los que interviene y la con-naturalidad del alma con los géneros superiores o "*intelectos puros*". Este texto es un preámbulo necesario sobre la obra fundacional. En efecto, Jámblico, como más tarde lo hará Martines de Pasqually, enseña ya una teúrgia ceremonial. Su análisis, y la naturaleza misma de su propósito como la respuesta a una carta de Porfirio, le hacen discurrir acerca de la "*incorporeidad de los dioses*", sobre la "*causalidad sacrificial*" y sobre los "*Hermética*"[73]. Si "*Los Misterios de Egipto*" reservan de hecho un lugar bastaste pequeño del saber egipcio, se inscriben en la esfera de influencia de los "*Oráculos Caldeos*"[74] que enseñan que por la teúrgia se puede alcanzar la "*visión corporal*" de los dioses inferiores. Nuestro autor copia de Plotino y Porfirio, con los cuales comienza la angelología propiamente dicha, ambos buscan en la filosofía el único medio de comunicar con las entidades celestes.

Cuando Jámblico trata de las artes adivinatorias es para explicar que son, si los resultados son buenos, fruto de intervenciones de seres superiores, es decir, de los dioses, de los ángeles o de los demonios, la atribución del éxito de la operación depende de la calidad del resultado (III,18 p. 124). Prefiere, en efecto, hablando de la mantica, insistir sobre la "*generosidad divina*", contra toda forma de presciencia humana en el sentido estricto de la palabra. Proclus (412-496), será uno de los hijos espirituales de esta escuela. Sin embargo, Jámblico será olvidado en los siglos siguientes, para volver a aparecer en 1497 gracias a los trabajos de Marsilio Ficino[75]. Todo hace pensar que Martines de Pasqually llegó probablemente a conocer esta obra. Al nombre de Jámblico hay que añadir el de Hermes Trimegistro, el autor mítico del *Corpus Hermeticum* (siglos II y III), un destacado compendio que será el origen de una cierta "Tradición" con T mayúscula para bien de los esoteristas. El Corpus gozará de una fama que irá creciendo con el tiempo y el curso de los siglos.

Desde antes del Renacimiento, pero sobre todo en el Renacimiento, magos y teúrgos fueron denominados adeptos de la "*prisca philosophia*", sobre la que volveremos, como Proclus,

[73] Las *Hermetica* están constituidas por un Conjunto de textos que tratan de alquimia, teología, astrología o filosofía, que casi siempre recogen una literatura de "*revelación*" a imagen de la *Tabla de Esmeralda*. Esas obras son atribuidas a Hermes y también son conocidas bajo la apelación de "*Corpus hermeticum*".
[74] "La Sabiduría de los Caldeos"; obra de referencia del neo-platonismo y del helenismo en el amplio sentido de la palabra, cf. *infra*. Principales obras consultadas a los "Anónimos".
[75] Traducción y comentarios aparecidos en Venecia. La primera edición del texto griego aparecerá en 1678. Cf. Jámblico, *Los misterios de Egipto*, reseña p. 27.

Orfeo, Zoroastro, Jesús, Hermes (*Corpus Hermeticum*), Pitágoras, Porfirio, Platón o los *Oráculos Caldeos*.

Johamm Trithemius (1462-1516), benedictino, procede de un círculo de eruditos próximos al emperador Maximiliano 1º. Trithemius no niega la existencia y el poder de los magos y los brujos, los cuáles han sido creados por Dios, porque Dios ha querido que el mal exista... Esto es, en resumen, una de las figuras de estilo que maneja, sin separarse jamás del pensamiento de la Iglesia[76], y desde 1508 redacta estudios tratando del culto de los hechiceros, de las enfermedades causadas por los demonios, de la magia y la astrología, de la forma de combatir supersticiones, demonios, astrólogos y magos (*De Daemonibus*). Hace suyas las teorías de Pedro de Abano[77], según las cuales Dios creó el mundo con la ayuda de siete espíritus que condicionan la vida de los planetas. Es sospechoso de magia desde 1499 y las referencias a su *Steganographia*[78]*,* que trataba de procedimientos secretos y mágicos, desacreditaron a aquéllos que los utilizaron. Su *Poligraphia* expone su genio inventivo en materia lingüística tanto como su obra siguiente, *Steganographia*, escrita en 1500 pero editada solamente en 1606, deja todo lugar a las escrituras secretas. *Poligraphia* (1518) se compone de seis libros consagrados a la creación de palabras y de sistemas de códigos. Más tarde será Atanasio Kircher quien primero estudiará la posibilidad de utilizar la poligrafía en la comunicación de varias lenguas.

Los dos primeros libros de su Estenografía son los de un adepto de la "*magia naturalis*", aunque de su tiempo, mientras que el tercer volumen, inacabado, se parece y confunde con un tratado de magia. No aparece ni un sólo mensaje cifrado, a diferencia del resto de sus libros. Las tentativas de Tritemius para afirmar que se queda en el marco de la ortodoxia católica no fueron suficientes para disipar la impresión de herejía que aún hoy en día se desprende de él.

Con la Edad Media extinguiéndose, los nombres de Jámblico, Roger Bacon, Trithemius y otros van a formar un *corpus* referencial y, supremo honor, es aún en vida que H. C. Agrippa ve su nombre completar esa lista. Después será el turno de Guillermo Postel, John Dee, Atanasio Kircher o Jacques Gaffarel que servirán también de referencia indiscutible. Lo mismo que se citaba a Marsilio Ficino para apoyar la noción de *prisca theologica* y la justificación que la misma procura[79], es de uso por aquella época el encomendarse a alguno de sus ilustres predecesores. Así cuando Blaise de Vigenère, que fue discípulo de Guillermo Postel, presenta en "*El Tratado de las Cifras*" (...) de 1586, su alfabeto de "Salomón"[80], precisa que: *"... se ha supuesto el nombre de Apolonio de Tyana como su intérprete y comentador*".

En estos tiempos unificadores, Paracelso (1493-1541) funda una nueva teoría de la naturaleza, predicando el uso de la Alquimia para sanar. Su medicina curaba, por los semejantes, en oposición al Galenismo (Galeno, AD 131-201), que resurgirá en el Renacimiento.

---

[76] Se consultarán con interés la obra de Gerhard F. Strasser, *Lingua Universalis: Kryptologie und Theorie der Universals-prachen…*, p. 26 ss.
[77] *De septem secundeis, id est, intelligentis*, Colonia, 1522 (reed. 1617), donde también señala su aversión hacia la astrología.
[78] Recordemos que en los siglos XVI y XVII, estenografía y criptografía son términos equivalentes. Cf. Gerahrd F. Strasser, *Kryptologie und Theorie der Universalsprachen* en 16.., p. 36 ss. para el descrédito evocado.
[79] Cf. infra, Julius Reichelti: *Exercitatio de Amuletis Aenus Figuris*… (1676).
[80] Página 328, Alfabeto que se encuentra sobre ms. Harley en 1921, con el mismo nombre, ídem, Harley 6461 (misma época) bajo el nombre de "Soto".

Este debate, que hará correr mucha tinta, tiene lugar paralelamente al que se enfrentan la astrología antigua y moderna con las estructuras centrales del heliocentrismo y el geocentrismo. Paracelso es, junto con Agrippa, uno de los representantes de esa corriente, donde la cábala, la magia, la alquimia y la astrología forman todo un conjunto que por entonces se denomina la "*filosofía oculta*". Su magia se compone de un grupo llamado "*artes sapientae*" y comprende seis especies: los signos, las transformaciones, los caracteres, las imágenes, los talismanes y la cábala. Para él, "*la distinción entre Sanctus y Magus es que el Santo completa su obra por Dios y el Mago por la naturaleza*", señala en su "*De la Magia*" (p. 81). Paracelso conocía al humanista alemán Johamm Reuchlin (1.455-1.522), a Agrippa y a Trithemius, pero curiosamente refuta en su discurso sobre la magia toda la jerarquía intermediaria, oponiéndose por completo a sus contemporáneos. El astro es pues hecho típicamente paracelsiano, directamente en relación con el mago, y todo saber verídico proviene de esa potencia sideral, excepto, naturalmente, lo que transmite un mago a su discípulo.

Henricus Cornelius Agrippa (1.486-1.534/35), nacido en Colonia, es un personaje de primer plano en el dominio de la Magia ceremonial. Pasado maestro en talismánica y en geomancia, recorrió todas las cortes de Europa dejando en su camino vestigios de maravillas y milagros. Cabalista cristiano bajo la influencia de Johannes Reuchlin[81], de una prodigiosa erudición, es también un representante firme de la "*philosophia perennis*"[82]. Por lo tanto, se refiere a Plotino, Porfirio, Jámblico, Proclus, Hermes, Geber o Roger Bacon. Estudió en Colonia y en París derecho y medicina. Recorre España, las Baleares e Inglaterra, enseña Cábala en Dôle, platonismo y hermetismo, discute sobre arquitectura, profesa la teología en Turín y en Pavia, es orador en Metz, practica la medicina en Ginebra y la Alquimia en Anvers, trata de piromaquia y máquinas de guerra en Lyon, y es adivino y astrólogo de la reina madre. Enviudó dos veces y repudió a su tercera esposa, pero trata "*De la superioridad de las mujeres*" (1.509), prueba la prisión en Bruselas para fallecer en Grenoble poco antes de los cincuenta años. Su vida es la de un hombre de envergadura internacional, un verdadero fuego de artificio, de saber y experiencia en todos los dominios que preocupaban en dicha época. Agrippa es un humanista cuya reputación de erudición es universal, pero es ante todo un señalado divulgador del espíritu enciclopédico, donde la iconografía es tan rica como las obras que le han sido consagradas.

Tiene una relación epistolar con Trithemius, frecuenta a Maximiliano Iº, Francisco Iº y [a] Carlos Vº con la misma soltura y fidelidad. Agrippa se convirtió en un puntal esencial en la transmisión de conocimientos mágicos y tanto su vida como su obra son estudiadas por numerosos teólogos y teúrgos.

Hacia el final de su vida, sin embargo, se retractó de esas "*vanidades*" y "*estudios perniciosos*"[83] a los que consagró tanto tiempo, dictados por una "*juventud llena de curiosidad*". La ciencia planetaria y la magia demoníaca se combinan en su "*Occulta philosophia*" que dedica a Trithemius en 1.510, y constituye un florilegio y una antología de las prácticas mágicas de la

[81] 1455-1522. Especialista en literatura hebraica, publicó "*De Verbo Mirifico*" en 1.494, y después "*De Rudimentis Hebraicis*" en 1.506. Constituye una de las fuentes importantes de la obra de Agrippa.
[82] Por ejemplo *La Magia Natural*, cap. XXXVIII, p. 116.
[83] Final de "*Filosofía Oculta*" en el año 1.533, en "*Magia Ceremonial*" p. 248 y *De incertitudine & Vanitate scientarù & articum…* (1.531).

época. Es sin duda la obra más popular e importante en su dominio. En el Renacimiento Agrippa es un fiero defensor de la Magia, a la que tiene en muy alta estima, batiéndose contra sus detractores como Roger Bacon y Alberto el Grande[84]; busca unir la mística judía y el pensamiento cristiano[85], lo que le induce naturalmente a examinar las escrituras mágicas con lupa.

Dejó una serie de alfabetos; uno llamado: "*De la escritura de los Ángeles*" (*Scriptura Malachie*), otro llamado "*Escritura celeste*" (*Sculptura Celestis* -sic-) y, por último, en lo que nos concierne directamente: La escritura "*del paso del río*" (*De transitu fluminis*)[86]. Los tres son redondeados y figuran en su "*Magia Ceremonial*"[87]. Estos fueron encontrados de nuevo pocos años después por Guillermo Postel[88] en 1.538, un siglo más tarde en la "*Virga Aurea LXXII encomiis B.V. Mariae caelata*" del Hermano Hepburn, que Moisés Schwab[89] conoció por François de Mely[90]. De la misma manera nos encontraremos la escritura "celeste" en numerosos autores como J. Gaffarel en sus "*Curiosidades inauditas*" de 1.629[91].

Agrippa de Nettesheim es una figura realmente notable en el Mundo Medieval. Padre espiritual, inspirador de numerosas obras desde el siglo XVI hasta nuestros días es, en el umbral del Renacimiento, el hombre al que debemos una parte de nuestros conocimientos sobre su época. Será caricaturizado bajo los trazos de "*Her Trippa*" por Rabelais en su Tercer Libro (Cp. XXV), pero sin este alumno del abad Trithemius, los trabajos de John Dee, Robert Fludd o Michel de Nostredame (Nostradamus, 1.503-1.566), por citar sólo tres nombres, no hubieran sido lo que son.

Poco después de H.C. Agrippa, Guillermo Postel (1.510-1.581) efectúa el primer estudio comparativo de las lenguas en su "*Hebraïcae Linguae et gentis antiquitate*", donde explica, en sesenta páginas, que el hebreo es la lengua original del hombre. La compara, a fin de demostrarlo, con el árabe, el latín, el francés o incluso el griego. Sus estudios le conducen a examinar una multitud de alfabetos y sus conclusiones sobre la lengua hebraica están, como veremos, muy próximos a las conclusiones a las que llegaremos en lo que concierne a los orígenes probables de las escrituras embolilladas. Tenemos que anotar que Postel, que no es un mago, está muy influenciado por las Escrituras, y a menudo explica los fenómenos curiosos de la naturaleza mediante los milagros del Cristo. Tendrá a su lado a un discípulo célebre en la historia de la criptografía, y del que hablaremos frecuentemente, en la persona de Blaise de

---

[84] Cf. infra. sobre todo su carta de 1.510: "*Al Honorable Padre Juan Trithemio, abad de Saint Jacques*", reproducida en *Henri Cornelius Agrippa* (1.911), pp. 57 y 58 de J. Orsier.
[85] Se puede consultar a Frances A. Yates en su "*Filosofía Oculta en la época isabelina*", pp. 61 ss.
[86] Wailis Budge tradujo por: "*of the crossing of river*", pero parece que después H.A. Winkler, que estudió el texto hebreo de la gramática de Balmis, lo hace traducir por "*más allá del río*", cf. Winkler: *Siegel und Charaktere in der Muhammedanischen Zauberei*. Esta escritura aún toma el nombre de *passing the river*, bastante a menudo.
[87] Pp. 111-112.
[88] *Linguarum duodecim characteribus differentium alphabetum* (1:538), p. 7 ss, hoja B.
[89] Ms 1.380 de los fondos hebreos en BnF, p. 50.
[90] Bajo el título en hebreo: Mateh hazahab (Verga de Oro). Obra a veces citada como Virgo aurea (Virgen de Oro). Ver infra. J. B. Hepburn y principales obras consultadas
[91] Fuera de texto, p. 80; y cita a Agrippa p. 595. Faltan por anotar igualmente otras obras como: *De incertitudine & Vanitate scientiarù & articum…* (1.531); ídem, Estrasburgo, 1.622, BRI 84909.a.2; o 1.603 en francés; BRI 8405.aa.I; 1.630 : BRI 721.b.8; *Tratado agradable y curioso de la nobleza* (La Haya, 1.686) : BRI 8416.aa.62, etc.

Vigenère (1.523-1.596). En esta corriente de los siglos XVI y XVII que sitúa el hebreo en el status de lengua-madre, Claude Duret (¿?-1.611) edita en 1.613 su "*Tesoro de las Lenguas*", fruto, entre otros, del plagio del "*Tratado de las cifras*" de su primo Blaise de Vigenère. Este plagio no es señalado por Gaffarel curiosamente, que hace la crítica de los dos trabajos. Para Claude Duret las palabras son mágicas, porque son el reflejo de la esencia de las cosas; felizmente el hebreo que él estudió, en tanto que lengua original, ha sido salvaguardado de las corrupciones del tiempo.

En esta misma época, pero viniendo de Inglaterra, John Dee (1.527-1.608), es un adepto de la "*magia naturalis*" que se hace conocer en Francia a través de conferencias públicas[92]. Es un asiduo alumno de la filosofía oculta de Agrippa que utiliza tablas numéricas para ponerse en contacto con los ángeles, tablas semejantes a las del tercer libro de Agrippa de título "*Tablas de Ziruph*". Astrólogo de la reina Elisabeth, John Dee, que dedica su mayor obra, "*Monas Hieroglyfica*", "*Al rey Maximiliano. Rey de los romanos, de Bohemia y de Hungría*" en Anvers, es uno de los raros personajes en haber recibido objetos materiales directamente del mesocosmos, como por ejemplo un anillo en el curso de sus "*relaciones*", tal y como lo cuenta I. Casaubon. De cualquier forma, sus "*relaciones*" equivalen en cierto modo a los "*pases*" de Martines de Pasqually, que más adelante describiremos.

A la manera de "*De Oculta Philosophia*" de H.C. Agrippa, divide el universo en tres esferas: física, celeste y supraceleste. John Dee publica un "*Diarium spirituale*"[93] y difunde una enseñanza de los Arcángeles sobre caracteres que permiten descifrar las "*Tablillas enoquianas*". Para ello utiliza tablas formadas de pequeñas casillas (49 x 49 o 12 x 13) donde se inscriben letras del alfabeto enoquiano[94]. A través de un médium el espíritu designa una casilla para una letra, y repite la operación hasta formar las palabras. La comunicación con los espíritus se efectuada así gracias a una forma de escritura específicamente reservada para este uso. Cabalista cristiano, "*sin duda fue discípulo de Cornelius Agrippa e [...] intentó durante toda su vida y en toda su obra aplicar la filosofía oculta*", precisa Frances A. Yates en su "*Filosofa oculta en la época isabelina*" (p. 122). Trabajaría largo tiempo en sus comunicaciones angélicas con un dudoso alquimista, Edward Kelly (1.555-1.595). Ambos compartieron los frutos del alfabeto enoquiano que proseguiría su ruta hasta el también dudoso Aleister Crowley en el siglo XX. Nuestra magia inglesa intentará sintetizar el universo en un alfabeto perfecto que verá su apogeo en un signo particular, una figura que concentra en sí misma todas las concepciones humanas y divinas, pereciéndose a una especie de piedra filosofal de la lengua universal: la Mónada Jeroglífica. Para John Dee es la manifestación o la representación de lo Uno, entidad autora alrededor de la cual se articulan los mundos angélicos y macroscópicos.

Jacques Bonaventure Hepburn Scot, un orientalista escocés, vio la luz en 1.573 en Hamstocks y fallecerá hacia 1.621. Discípulo de Jean Knox, provenía de la Orden de los Mínimos

---

[92] Especialmente sobre Euclides en el Colegio de Reims. Cf. Gérard Heym en *La Tour de St. Jacques*, pp. 81-95.

[93] Del que sólo está publicada una parte por Merice Casaubon: *A True and Faithful Relation of What Passed for Many Years Between Dr. John Dee and Some Spirits* (1.659). Podemos igualmente dirigirnos a los manuscritos: BRI Sloane 118: "*Compendium heptarchide Mysticae"* (XVIº); BRI Sloane 5002: *A True* Relations… a BRI Sloane 5007: *A quantity of folio, papers-book of his own hand-writing: Mysteriorum Libri*.... Igualmente BRI Sloane 3188 (XVIº), 3190, 3191, 3624, 3677, 3678.

[94] Ver *infra*. Plancha III,1.

[sic], y según se dice conocía 72 lenguas[95]. Pablo V le nombró bibliotecario de Manuscritos orientales del Vaticano. Fue muy reputado en vida, y sus escritos sirvieron de ayuda-recordatorio a ciertos magos de su época[96]. Sacó un *Diccionario hebraico y caldeo, con gramática árabe*[97], y la "*Virga Aurea*", una pequeña selección de alfabetos que nos concierne directamente, así como otras numerosas obras, diccionarios, gramáticas, comentarios o críticas. La *Virga* se presenta como un resumen del *Libro de las Cyranides*, "*monumento mágico que pasó de Caldea a Egipto y que, dos mil años antes de Cristo era El Libro de los Hechizos de los sacerdotes de Tebas*" (Cuadro de las correspondencias analógicas). La *Virga Aurea* fue reproducida con una introducción de M. de Mély[98], y el Ms. será consultado con interés por Moisés Schwab[99]. Se ha convertido en referencia obligada para una generación de investigadores como Jacques Gaffarel en sus *Curiosidades inéditas*... donde, a propósito de los alfabetos celestes, ha escrito: "*Los caracteres de las dos tablas siguientes son algo diferentes de los que Bonaventura Hepburnus Escossois grabó sobre una plancha en talla suave, y de los que Duret ha insertado en su Historia de las Lenguas*" (p. 644), y añade: "*Le siguen los trazados por R. Chomer, más escasos en esta materia por ser un hebreo más de nuestro tiempo....*"

El provenzal Jacques Gaffarel (1.601-?) fue doctor en derecho canónico y bibliotecario del cardenal Richelieu, antes de convertirse en capellán del Rey. Se ocupa de la Cábala a través de algunas obras como "*De fine mundi*" de 1.629 o "*Abdita divinae cabalae mysteria*" (Misterios profundos de la Cábala divina) en 1.625, redactando después un "*Nihil fere nihil*" en 1.635; más tarde escribe un repertorio del Zohar con el título de "*Index codicum Pici Mirandulae*" en 1.651. Hombre de evidente erudición, cabalista más que mago, ya que tiene una posición muy ambigua frente a la magia, con poder de convicción. Es combativo en la defensa de sus ideas y presto a la controversia. Fiel a la tradición de la "*philosphia perennis*", utiliza a Plinio, Platón, Apolonio de Tyana, Pitágoras, Hermes, Orfeo, Plotino, Jámblico, Porfirio, Zoroastro, citando entre los "*modernos*" a Agrippa, Guillermo Postel o Robert Fludd. "*Curiosidades inéditas sobre la Talla Talismánica…*" apareció en 1.629, siendo condenada ese mismo año por la Facultad de Teología de París.

Miembro del Colegio Romano, el jesuita Atanasio Kircher (1.601-1.680) es encargado en 1.635 de estudiar los jeroglíficos. Por lo que sabemos hoy día, solo encontraba en las largas y farragosas listas de nombres sublimes misterios ocultos por signos indescifrables. Aunque los pasos dados sean diferentes, la visión que poseía de Egipto es próxima a la de los neo-platónicos evocados con anterioridad. Provisto de medios importantes y de una insaciable curiosidad, si no llegó a ser el responsable de la egiptomanía de su época, sí lo fue en algún modo de su organización. La civilización egipcia fue, a sus ojos, la cuna de nuestro saber, a la manera, *mutatis mutandis*, de la "*philosophia perennis*"[100]; esta concepción aparece bajo su primera forma de "*prisca theologia*" con Marsilio Ficino en 1.471, el hombre que tradujo el *Corpus*

[95] *Nueva Bibliografía general*... (1.877) de Hoefer; Hepburn, BnF, Mss. Occidentales.
[96] *Manual de Magia práctica* (1.941) por J.B., y nota a propósito de la Virga Aurea.
[97] *In*. 4º, Roma 1.591.
[98] Ediciones Ernest Leroux, 1.922. Felizmente reproducida por las Ediciones Arché en 1.984; la edición original se encuentra perdida, incluida en la BnF, aunque un ejemplar esté en la Sorbona como donación de J.F. Fillizat. Ver extracto *infra* Documentos plancha V,7.
[99] Op. cit. *Ms. Nº 1.330 de los fonos hebreos* en la BnF, p. 50.
[100] Se puede consultar a D.P. Walker en "*La Magia espiritual y angélica*", p. 41 ss. Esta obra expone un notable análisis de las objeciones teológicas a la magia del Renacimiento.

Hermeticum. Ayudado por una cultura rigurosa y universal, considera que todas las ciencias se encuentran regidas por las mismas leyes y fuerzas, que permiten análisis analógicos y combinatorios. Ve en los jeroglíficos, no una forma particular de escritura, sino un sistema de símbolos utilizados por los teólogos egipcios. Kircher intentó hacer traducciones que hoy en día se sabe que eran erróneas, porque pensaba que todos los signos jeroglíficos tenían un valor ideográfico, siendo algunos de ellos signos fonéticos, lo cual descubriría Champollion (1.790-1.832) un siglo más tarde. Estudia los aspectos filosóficos de las matemáticas, así como del arte combinatorio, a partir de los trabajos de Trithemius. Atanasio Kircher es naturalmente receloso con el mundo de la magia (H.C. Agrippa, Robert Fludd…) y en su obra *"OEdipus AEgyptiacus hoc est Universalis Hieroglyficae…"* (1.652-1.654) toma en consideración a los *Oráculos Caldeos* y al *Corpus Hermeticum*. Su *OEdipus* resulta ser un tratado completo pero ambiguo, que curiosamente ignora los trabajos de Isaac Casaubon, quien en 1.614 dio una nueva datación al *Corpus Hermeticum*, situándolo en los siglos IIº o IIIº, y no en la época de Moisés. Es por tanto muy crítico con las corrientes esotéricas de su tiempo. Traduce o desencripta los jeroglíficos asociando a cada uno de ellos un concepto a modo de ideogramas, lo que le inspira traducciones que, aun estando lejos de la realidad, no resultan menos poéticas. ¿Se le podría considerar como esoterista? Posiblemente. Este jesuita barroco es probablemente un ecléctico genial y un humanista. A despecho de su participación, involuntaria puede decirse, de las corrientes esotéricas, es ante todo un sabio que persigue y denuncia la superchería. Hace reproducir, por ejemplo, el altar de Artemisa, donde según la tradición popular una estatua "milagrosa" dejaba escapar leche después de encender las lámparas y de algunas plegarias de los sacerdotes. Denunció ese truco, que se sustenta sobre algunas reglas simples de física. La obra de A. Kircher está marcada, como la de H.C. Agrippa, por el hermetismo alejandrino y particularmente por el *Corpus Hermeticum*. Espíritu airoso y enciclopédico, estudia finalmente la fuente de lo que concierne a nuestro propósito, los amuletos y cuadrados mágicos, y como ya hizo Robert Fludd, queda ligado al hermetismo *ficiniano* del Renacimiento.

Martines de Pasqually (1.710-1.774), de confesión católica, parece que fue un hombre cuyo origen sigue siendo discutido, y que vivió poco antes de la Revolución. Se le ha tomado por judío, lo cual fue contestado vivamente por algunos como Jean Baptiste Willermoz[101], que lo conoció bien, y fue de origen español o portugués. Murió en Puerto Príncipe, pero su sepultura aún sigue sin encontrarse. Su nombre completo habría sido (y pocas cosas son tan ciertas en cuanto a sus orígenes): Jacque [sic] Delyoron (o de Livron) Joachim Latour de la Case Martinès Depasqually. Es un señalado teúrgo cuya enseñanza se extenderá durante largo tiempo tras su muerte, especialmente en el seno de la Franc-Masonería[102]. La teúrgia de Martines de Pasqually se distingue de las que le han precedido, como la de H.C. Agrippa, en que se presenta como enteramente despojada y desinteresada por el plano material. Sólo la salvación del Mago, su "*reconciliación*"[103] con el más allá, justifica los "*pases*"[104] en un ritual muy preciso. Estos *pases*

---

[101] En Van Rijnberk, T. I, p. 130. La correspondencia entre Willermoz y Martines está en parte editada en Lyon en Van Rijnberk, ob. cit., T. II. También se puede consultar el artículo de Michel Rubersac: "Martines de Pasqually", p. 13.

[102] Cf. Antoine Faivre, *El esoterismo en el siglo XVIII*, p. 153, pero para trabajos más actuales se puede acudir al notable "*Boletín de la Sociedad Martines de Pasqually*", Librería "*Au vieux grimoire*", Burdeos, o a los preciosos "*Cuadernos de Saint-Martin*" de las ediciones Bellisane en Niza.

[103] Se trata de la reintegración universal, del mago y de los demás hombres, mediante un retorno al seno de Dios, de donde han sido emanados.

[104] Ver las diferentes correspondencias entre él y sus discípulos y a René le Forestier, p. 98.

son operaciones mágicas destinadas al contacto con las entidades angélicas, en el vocabulario de los Élus Cohen, y estaban reservados a los adeptos superiores, los *Réaux-Croix*. Martines de Pasqually denominaba misteriosamente a su teúrgia "la Cosa"[105]. En sus rituales utiliza una escritura enbolillada llamada de "los Ángeles" con el fin de invocar a cada ángel por su nombre, signo, o jeroglífico. Prendado de la Cábala, poseía un conocimiento muy vacilante del hebreo. Compone su rito de los *Élus Cohen* hacia 1.754 y después se afilia a la Franc-Masonería en 1.761 para instalar sus Templos Cohen[106] donde se practican sus rituales[107]. La Logia "La Francesa", que se convertirá en "La Francesa Élu Escocesa" en 1.764, poseerá un capítulo secreto de grados superiores denominado "Templo Cohen". El año 1.766 verá la abolición de sus templos y de sus grados superiores a los tres grados simbólicos por la Gran Logia de Francia. Más tarde fue Jean-Baptiste Willermoz quién intentó reintroducir la influencia de Martines de Pasqually imaginando un sistema masónico que "rectifica" la Estricta Observancia Templaria. Esencialmente cristiano, este sistema se dividía en tres clases o círculos concéntricos, cuyo centro era la *Orden de los Caballeros Élus Cohen del Universo*[108] [*sic*, es evidente que el autor confunde en esta tercera clase del RER la *Orden de los Élus Cohen* con la *Clase Secreta de la Profesión*], pero sólo los dos primeros círculos son aceptados en el famoso Convento de Wilhemsbad en 1.783, lo que daría nacimiento al Rito Escocés Rectificado. Se casa en 1.767[109], teniendo como principales discípulos a Bacon de la Chevalerie, Jean-Baptiste Willermoz y, ciertamente, a Louis-Claude de Saint-Martin, el teósofo y esoterista cristiano que firmará más tarde como el "*Filósofo Desconocido*" y al que conoció en 1.768.

Impone a sus Élus Cohen una disciplina muy dura: lectura de oficios, del *Miserere mei*, del *De Profundis*, ayunos, etc.[110] Esas plegarias, que realmente no son una réplica exacta de la liturgia católica entonces en vigor[111], consagran a los ángeles un lugar importante, pero sin duda conforme a la ortodoxia católica. La celebración del Ángel Guardián, por ejemplo, concluye con cada tiempo de plegaria. La unión a los ángeles, en participación con la liturgia celeste, es evocada algunas veces en el lugar en el que la Iglesia Católica propone una oración de unión al Cristo.

En sus catecismos Cohen, consideran a los Francmasones no Cohen como "*Masones apócrifos*"[112] y ve en sus propios templos el resultado del paso simbólico masónico. Su contribución a la historia del esoterismo será grande, tanto por su obra en general como por la de sus numerosos émulos.

---

[105] El conjunto que designa *La Cosa*, recoge también la presencia de Jesucristo, no del mismo Cristo. Este puede que sea el reto final esperado en sus rituales.
[106] Cohen (en hebreo): sacerdote, pero también anagramáticamente "Henoc".
[107] De hecho parece que Martines de Pasqually ya había introducido sus ritos en 1.754; después solo en París en 1.767; cf. F.T. Bègue Clavel en "*Historia pintoresca de la Francmasonería*", pp. 181-182.
[108] Según los documentos consultados (Bibliotecas, Manuscrito de Alger, etc.) se encuentran dos ortografías diferentes, que son esencialmente: Élus Cohen y Élus Coëns.
[109] En el mes de septiembre con Marguerite-Angélique de Colas de Saint-Michel.
[110] Cf. Cartas de Martines de Pasqually, especialmente a Willermoz (Burdeos: 13 de agosto de 1.768, 2 de septiembre de 1.768), reproducidas por Ambelain, p. 87 ss.
[111] Los Cohen tuteaban a Dios, por ejemplo, y le hablaban en primera persona del singular, lo que no era costumbre en el siglo XVIIIº. Cf. Manuscrito 5526 (1.770-1.780) de los fondos Willermoz de la Biblioteca Municipal de Lyon.
[112] Cf. Robert Amadou, *La Magia de los Élus Cohen, Francmasonería*, los catecismos y ceremonias, o entre otras publicaciones, "*El Iluminismo en Francia*" del Dr. Encausse, p. 228, con algunas reproducciones de catecismos.

La teúrgia de Martines de Pasqually es una auténtica gnosis salvífica, en la línea de Plotino o Proclus[113]; es purificante y con seguridad mágica en el sentido de que *"el rito transforma todo acto cultual en un acto mágico"*[114]. Los "*Pases*" de los Élus Cohen consisten en la aparición de glyfos luminosos que son recuerdos de las apariciones luminosas de los *Oráculos Caldeos*[115].

Ellos son el signo de la manifestación directa de la entidad celeste, o el pentáculo surgiendo del fondo del despacho del *Doctor Fausto*, sobre el grabado que pintó Rembrandt en 1.652. Esas respuestas angélicas tienen pues la particularidad de trazarse en el éter del lugar de las operaciones, es decir, sin ningún intermediario y sin ningún soporte material que en algún momento pueda alterar la pureza del signo. Tal fenómeno depende de la puesta en práctica de un ritual preciso: Se trazan en el suelo círculos y diversas figuras geométricas, componiendo caracteres o hieroglíficos[116], éstos mismos, consignados en un *Cuaderno de los 2.400 nombres*. La interpretación de los glyfos luminosos re realiza con la ayuda de dicho cuaderno, y los caracteres simples no reconocidos son puestos en correspondencia con las letras del alfabeto hebreo. Las cartas conservadas de Martines de Pasqually nos proporcionan algunas indicaciones acerca de "*la Cosa*" y los efectos que produce, especialmente en la correspondencia del 16 de febrero de 1.770 con Willermoz[117]: *"… veréis un destello rojo; sentiréis sobre vuestro cuerpo la piel de gallina, ello anuncia el principio de la atracción que realiza la Cosa hacia el que trabaja...."* Naturalmente se piensa en Jámblico que en varias ocasiones designa a los teúrgos por la expresión "*Atletas del fuego*" en "*Los Misterios de Egipto*"[118].

Por último falta citar la obra en donde Martines de Pasqually expone el sistema metafísico que edificó sobre una exégesis esotérica de la Biblia, en particular de los primeros libros del Pentateuco, del Génesis y del Éxodo, a saber: su *Tratado de la Reintegración*. Esta obra capital, pero de estilo difícil, aborda la aritmosofía, el simbolismo, traza una antropología esotérica con la historia de los Patriarcas y la geometría mística en una serie de ideas verdaderamente laberínticas. Desgraciadamente, Pasqually es extremadamente discreto sobre sus fuentes y escribe eso de que "*le ha sido dicho*", se refiere a "*los fieles amigos*", a "*ellos*" y a "*uno*". El mejor estudio de esta obra, de nuestro conocimiento, aunque antiguo, sigue siendo el de René Le Forestier.

Nacido en 1.741, Leonard-Joseph Prunelle de Lière, alcalde de Grenoble en 1.791/92 y diputado de la Convención, no destaca mucho en la historia de la teúrgia como Élu Cohen adepto de Martines de Pasqually, pero sí como conservador de una parte de sus archivos. Le debemos, por supuesto, el haber preservado del tiempo los manuscritos GRE T4188 y T4189, que incluyen la única versión del *Manuscrito de los 2.400 nombres* y que son el punto de partida de nuestra tesis[119]. Aparte de su rol en la memoria colectiva, Prunelle de Lière, después de

---

113 *"Material es la envidia… sin envidia es la persona teúrga", Cf. "Comentarios sobre la filosofía caldea" en "La Sabiduría de los Caldeos", pag. 60.*
114 Plotino, *Enéadas*, cap. 4,4.
115 *La Sabiduría de los Caldeos, ob cit, p. 153.*
116 Cf. Especialmente la carta de Saint-Martin del 27 de enero de 1.772, reproducida por Robert Ambelain, p. 88 ss.
117 Reproducida en p. 130 ss. por Van Rijnberk en "*Un taumaturgo del siglo XVIII*", t. II.
118 II 10, p. 93, por ejemplo.
119 Robert Amadou publicó ese Registro en su *Magia de los Élus Cohen. Angéliques*. Cf, las principales obras consultadas en anexos.

haber dejado algunos escritos y observaciones sobre Luis XVI y sobre las *Profecías de Isaías*, murió el 12 de marzo de 1.828.

Desgraciadamente, en los manuscritos que conservó no se cita ninguna de las fuentes posibles de Martines de Pasqually, por lo que nuestros conocimientos en esta materia[120] están próximos a la nada. De la misma forma, en los fondos en cuestión encontramos muy poco acerca de las enseñanzas prácticas sobre las operaciones teúrgicas, y las instrucciones detalladas sobre la utilización de los rituales son casi inexistentes.

caractères — hiéroglyphes

A
B
C
D
E
F
G
H
I
K
L
M
N
O
(1) (2) (3) (4) (5) (6) (7) (8) (9) (10) (11) (12) (13) (14) (15) (16) (17) (18) (19) (20) (21) (22) (23) (24) (25) (26)

Cuadro incluido en la obra como Plancha VII,8:
Extracto del Registro de los 2.400 nombres, principales caracteres e hieroglifos embolillados.

[120] Cf. Artículo de Michel Rubersac, "*Martines de Pasqually y la cosmogonía cristiana*", p. 13. Cf. igualmente René Le Forestier en "*La Franc-Masonería ocultista del siglo XVIII*", p. 72 ss.

LA ORDEN DE LOS CABALLEROS BIENHECHORES DE LA CIUDAD SANTA Y SU FUNCIÓN MÍSTICA[121]



Si el Convento de las Galias en 1778 tuvo trece sesiones, fue en la primera donde Jean de Turkheim y Jean-Baptiste Willermoz presentaron para su aprobación por los votos de la asamblea de los Hermanos el nuevo nombre de "Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa".

Alice Joly precisa, basándose en un documento sobre el estado de las deliberaciones [*BM Lyon, ms. 5479*] :

> *"¿Cuál es la idea de este nombre? Hay una cosa cierta, y es que ya fue elegido y aceptado antes de la apertura de los debates por los promotores de la reforma. (…) La Logia de Willermoz se llamaba "la Bienhechora", pero señalemos que un grado de Caballero Bienhechor existía ya en la logia de Saint-Théodore de Metz, y existía en Suiza un sistema Escocés que tenía como patrón a Saint-Martin, soldado romano de corazón caritativo. Si creemos los recuerdos de Paganucci, probablemente serían estas influencias, representadas por Saltzman, las que habrían hecho elegir este nuevo título.*
>
> *También se hizo para satisfacer los deseos de Willermoz, pues evoca a los Templarios sin nombrarlos, y otorgaba a los Caballeros una sugerente e ideal patria, que podría ser también Roma, centro de la cristiandad, Jerusalén, donde*

[121] Publicado por **[Directoire National Rectifié de France](#)**, el lunes 14 de enero de 2013.

fue elevado el Templo de Salomón y donde Jesús-Cristo fue crucificado, esperanza y fin supremo de todo esfuerzo místico".

(A. Joly, *Un mystique lyonnais et les secrets de la franc-maçonnerie*, Protat frères, 1938, pp. 110-111).

El Régimen Escocés Rectificado, en tanto que Orden de los C.B.C.S., nació así en 1778 en Lyon, tras el Convento general de la Estricta Observancia que tenía por propósito adoptar una posición firme ante los puntos problemáticos que aparecían como factor de numerosos errores y de interpretaciones discutibles entre los Hermanos de las Provincias alemanas y francesas.

Jean-Baptiste Willermoz, que había encontrado en la Estricta Observancia una estructura muy sólida, ciertamente organizada e incomparablemente más estable que la de la Orden de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo, en cuyo interior tenía responsabilidades, pero donde nunca dejaba de lamentarse después de 1767 del desorden que reinaba en ella, sentía no obstante como un vacío, un límite donde ilusorias pretensiones presentadas como siendo los objetivos secretos y últimos de la masonería y, en particular, entre otros, la reedificación de la Orden del Temple, le parecían como extremadamente ridículos y muy pobres desde el punto de vista iniciático.

El objeto, clara y explícitamente confiado a la Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa, fue pues conservar y preservar, desde el momento en que los Élus Cohen desaparecieran de la escena de la Historia, la doctrina de la reintegración, pero cristianizada y corregida en sus errores trinitarios y cristológicos.

En este sentido, y podemos entender fácilmente la razón, la constitución de una "Orden", portadora y heredera de la auténtica tradición, es impuesta por Jean-Baptiste Willermoz con el fin de que sea ofrecida a los hombres, y en particular a los masones poseedores de una sincera nobleza de corazón, pero aún desorientados en medio de tiempos incrédulos y corrompidos, de participar en la obra saludable de rearme espiritual y religioso, en la reconstrucción de los fundamentos del verdadero Templo que no es hecho por la mano del hombre y cumplir, por ello mismo, el imperioso deber impuesto a aquellos que no pueden aceptar, o que sufren su corrupción, el marasmo existencial sin tratar de escapar de los hierros de la prisión material en la cual fueron encerrados en su venida a este mundo; lugar inquietante dominado por aquel que es su príncipe, y que detenta sobre estos dominios peligrosos la gloria y la autoridad (Luc. 4:6).

Pero esta transformación "operada" por la fe en la Palabra de la Verdad, y cuya responsabilidad es confiada a la Orden, en la medida en que esta "Orden" esté en condiciones de cumplirla, o al menos intente hacer lo posible, sólo puede ser realizada si se conserva intacta la fidelidad a los principios del Régimen, fijados y decretados por el Convento de las Galias en 1778.

SOBRE LA FILIACIÓN DE LOS ÉLUS COHEN Y *LA CHOSE*

Notas de Robert Amadou
(1924 - 2006)

"Martines había designado como sucesor a Armand-Robert Caignet de Lester, o Lestère (1774-1778). Tras él, Sebastian de Las Casas (1778-1781) fue puesto en tela de juicio por Willermoz y sus amigos, así como por Jean-Jacques Du Roy d'Hauterive. Éste actuó como un Gran Soberano sin ostentar el título.

Durmiente en 1807, en sueños después, la Orden,* escribe J.-B. Willermoz, *perdió a todos sus Réaux-Croix en 1822. Esto se dijo apresuradamente. Sin embargo, el T.P.M. Destigny, quien falleció en 1868 o 1869, conservaba los archivos Cohen desde 1809; no fue Gran Soberano de la Orden, ni fue encargado de su mantenimiento bajo ninguna forma, salvo en la leyenda. En el siglo XX, las pretendidas filiaciones rituales son falaces; muestran a menudo gran confusión de hecho entre el Régimen Escocés Rectificado y los Élus Cohen. La Orden de los Élus Cohen fue despertada por la gracia de una filiación espiritual comprobada, en 1942-1943; Georges Lagrèze (1943-1946), luego Robert Ambelain (1946-1967), fueron Grandes Maestros; Iván Mosca, fue Gran Soberano a partir de 1967. Los hermanos operan, solos o en grupos, con autonomía, todos procedentes de la misma resurgencia"

(R. Amadou, *Encyclopédie de la F.M.*, edition 2000)

Referente a esta "resurgencia" de la cual descienden, en el mejor de los casos, todas las "Órdenes Cohen" actuales, nos remitiremos al folleto publicado por el CIREM que Robert Amadou firmó con su *nomen* iniciático: *Ignifer*, que aporta la luz más completa sobre los datos de su problema, y cuya conclusión es la siguiente, tras haber mostrado que el sueño de una continuidad entre la Orden de los Élus Cohen y la Gran Profesión, detentada por Georges Lagrèze (1882-1946), que algunos pretendieron establecer, es una fantasía piadosa, sabiendo que[122]:

"Prestando contra toda evidencia la cualidad de Gran Profeso a Lagrèze, éste no podía transmitir su eventual "iniciación de Gran Profeso", porque uno no se convierte en Gran Profeso en virtud de una iniciación individual, sino por la admisión a un colegio de Grandes Profesos decidida con la unanimidad de sus miembros. La filiación ritual de los Élus Cohen no puede confundirse con la filiación imaginaria de los Grandes Profesos, ni con ninguna otra filiación iniciática de naturaleza ritualística. Hay ausencia de toda filiación ritual, referente a los Élus Cohen, en la época contemporánea, más allá de esta resurgencia" **[El único**

[122] Nota de Jean-Marc Vivenza en su obra "Los Élus Cohen y el RER".

elemento tangible sobre el cual puede apoyarse de manera válida esta "resurgencia" está por tanto únicamente basado sobre un elemento puro de "deseo", fuera de todo vínculo histórico[123]]... *La validez de la resurgencia Cohen que podemos, a la vista de la cronología anterior, fechar en 1942/1943, fue verificada sin ambages, e incluso antes de la carta, en 1942, por la gracia de la Chose, lo cual no llegó a desmentirse después. La filiación ritual salida de esta resurgencia saca de ello su propia validez"*.

(R. Amadou, *La Résurgence, notice historique* CIREM, Carnet d'un élu coen, 3, 2001, p. 6)

"La Chose es, para Martines de Pasqually y sus discípulos, el unum necessarium *fuente de todo y hacia donde todo se orienta. A quien y a qué. La Chose es la Orden de los Élus Cohen, es el Templo y todos los símbolos asociados, por metonimia. La Chose es, en efecto, para recapitular, la presencia de Dios, su omnipresencia, cuando se siguen las reglas bajo especies jerarquizadas. La Chose es la Gloria, o la* Chekhinah, *La Sabiduría, la* Sophia, *su nombre técnico: el espíritu buen compañero, el Logos locuaz y el Espíritu Santo vivificador que procede del Padre y que es enviado por el Hijo"*

(Introducción a los *Angélicos,* CIREM, 2001)

"¿Qué es la Chose? Podríamos creer que se trata de Cristo y algunos historiadores pensaron que el objetivo último de la Orden de los Élus Cohen era invocar al Reparador, como le llamaban, es decir, al mismo Cristo en persona. Creo que es caer en una confusión a la cual puede incitar la articulación un poco coja de la pertenencia a la Iglesia católica romana y la pertenencia a la Orden de los Élus Cohen. La Chose no es la persona de Cristo, la Chose no es un ángel de una clase por muy elevada que esta sea y, de todas maneras, el hombre no puede convocar a los ángeles de las clases más elevadas. La Chose no es Cristo, es la presencia de Cristo. Vieja noción, presencia real, que volvemos a encontrar en la tradición hebraica, la Chekhina, *y que, en la tradición heleno-judía o heleno-cristiana toma el nombre de* Sophia *o* Sophie, *la Sabiduría. Identifico la Chose - La Chose que es la Causa - con la presencia de Dios, presencia de Dios en Cristo, que se vuelve sensible porque con Cristo está particularmente la Sabiduría; La Sabiduría de Dios siendo a la vez el mismo Verbo, pero también como la paredra de Cristo, el verbo encarnado, no su mitad ni una cuarta persona, sino como su doble, o mejor su envoltura, a veces sola, suficiente para la necesidad o precursor, a veces concomitante. Esta Chose se manifiesta por signos específicos. No es siempre fácil reconocerla... No siempre es fácil reconocer la presencia, ni su naturaleza"*

("Los vivos y los dioses, símbolos y religiones", programa de Michel Cazenave, France-Culture, 4 de marzo de 2000, en Boletín Martines de Pasqually, nº 10, p. 9)

[123] Íden.





"Es el interior o el centro el que es el principio de todo (…). Si nuestro corazón está en Dios, si es divinizado realmente por el amor, la fe y el ardor de la oración, ninguna ilusión nos sorprenderá. Si Dios está con nosotros, ¿quién estará en contra de nosotros? (…) Ya no hay iniciación sino la de Dios y de su Verbo eterno que está en nosotros, y que debe manifestarlo todo en nosotros y por nosotros, según su voluntad".

Louis-Claude de Saint-Martin,
Carta a Kirchberger de 6 de marzo de 1793.

G.E.I.M.M.E.
Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas & Martinezistas de España

www.geimme.es
www.facebook.com/geimme
geimme.blogspot.com.es/

geimme@movistar.es